

Ramos, Gerardo Daniel

*Hacia una Argentina con futuro
Ensayo teológico-pastoral en diálogo interdisci-
plinar*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ramos, Gerardo D. Hacia una argentina con futuro : ensayo teológico-pastoral en diálogo interdisciplinar [en línea]. Saarbrücken : Dictus Publishing, 2013. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/hacia-una-argentina-futuro.pdf> [Fecha de consulta:.....]

Gerardo Daniel Ramos

Hacia una Argentina con futuro

Ensayo teológico-pastoral en diálogo interdisciplinar

Dictus Publishing

Impressum / Aviso legal

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: www.ingimage.com

Verlag / Editorial:

Dictus Publishing

ist ein Imprint der / es una marca de

OmniScriptum GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: info@dictus-publishing.eu

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

ISBN: 978-3-8473-8825-8

Copyright / Propiedad literaria © 2013 OmniScriptum GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

Pinceladas iniciales en tiempos de incertidumbre

Tenemos un país difícil. O para decirlo de un modo más claro y directo, me parece que los argentinos somos complicados. Acostumbramos pensar que, por no sabemos bien qué razones del destino, las cosas siempre acaban marchando por caminos bien diferentes a los que soñamos. Tal vez por eso -especialmente en el área rioplatense desde la cual escribo- nos caracterice un espíritu un tanto quejoso y melancólico: tenemos una consolidada impresión de que, por momentos, los vientos nos son contrarios y los dioses del Olimpo adversos. De hecho hubiéramos querido entrar en el primer mundo y sin embargo continuamos en Sudamérica; ganar el último mundial de fútbol pero lamentablemente quedamos afuera; ser una nación de hermanos, todos partícipes de la argentinidad, y el presente nos encuentra nuevamente divididos, en una especie de ya casi congénita e infausta conflictividad social.

Sin embargo no desistimos. Los argentinos somos también empecinados: diría que obsesivamente recurrentes y ocurrentes, al menos lo suficiente como para no darnos fácilmente por vencidos. Somos “derrotistas” pero nunca aceptaríamos sentirnos “derrotados”. Y la prueba está en que también en relación a un designio de país retomamos la búsqueda con un horizonte de utopía, anhelando a lo grande, incluso a lo “exagerado”. Es cierto, y cabe reconocerlo: nuestro espíritu quijotesco denota generalmente un trasfondo más romántico y poético que realista y pragmático. Fácilmente confundimos “sueños” con “vigilias”...

Retomando y evaluando, profundizando y proyectando lo dicho hace diez años en la versión predecesora de este libro, que tuvo por nombre: *Hacia una nueva Argentina*, escrito cuando nos concentrábamos en la búsqueda colectiva post-crisis de “ser nación” (2003-2004), en las páginas que siguen, y ante la cercana conclusión de un nuevo ciclo político en la vida institucional de nuestro país (2015), intento estimular nuevamente la reflexión sobre lo que podríamos denominar un “proyecto de país”.

Procuraré no olvidar que para hacerlo es preciso poner los pies sobre la tierra. Por eso los abordajes que iré proponiendo y desarrollando en los sucesivos capítulos procuran incursionar por el respetuoso camino de lo real abriendo el difícil abanico de la multidisciplinariedad. Porque como decía el General -a quien a lo largo del ensayo no siempre citaré como “autoridad” indiscutida-, “no hay otra verdad sino la realidad”. Y la realidad es compleja y tiene muchos pliegues y aspectos no fácilmente reductibles a los conceptos “claros y distintos” de un solo enfoque o disciplina.

En efecto, a la complejidad de variables y factores que hoy interactúan y entretajan el devenir de nuestra vida nacional, no le alcanzan los abordajes con perspectivas únicas y simplistas. Es más: este tipo de análisis ingenuos nos han conducido sistemáticamente a enfrentamientos de tipo ideológicos, exclusiones y estigmatizaciones recíprocas, interminables discusiones mediáticas, ensayísticas o domingueras *on-line*, en bares y universidades, o al menos a parapetarnos en las propias y estériles trincheras del prejuicio.

Esta convicción acerca de la insuficiencia de una mirada monocromática de las cosas nos invita a adentrarnos, por momentos más “profesionalmente” y en otros de manera más

modesta, pero en todo caso siempre de un modo necesariamente inevitable, por los caminos de la fenomenología, la historia y la antropología cultural, la psicología social y la sociología, la política y la economía, la religión y la teología.

La pretensión de una tan amplia perspectiva epistemológica podría hacer dudar de la seriedad del intento, ya que como bien sabemos “el que mucho abarca poco aprieta”. Y tal vez si lo que siguiese a continuación fuese un trabajo científico se estaría en el derecho de pensar así, e incluso yo mismo dudaría de que en estos tiempos de especialización a ultranza puedan manejarse con una cierta profundidad tantas disciplinas, incluso en el ámbito común de las ciencias sociales. Sin embargo, lo que encontramos en las páginas que siguen es un sencillo ensayo de un argentino para argentinos. El propósito es tratar de integrar armónica y creativamente diferentes puntos de vista y enfoques de un modo orgánico y sistemático, tal vez corriendo el riesgo de perder profundidad en cuestiones técnicas, pero intentando no renunciar a una visión de conjunto ni a la fluidez amena de la conversación diaria y coloquial.

Con las variadas aproximaciones, cuya articulación intrínseca quedará puesta de manifiesto al comenzar cada una de las tres partes en que divido mi ensayo, lo que intento es siempre diagnosticar, discernir y proyectar. Para no caer en los correspondientes vicios opuestos que nos caracterizan, y que a mi criterio son la mitificación del pasado, el oportunismo en el presente y la miopía estratégica para el futuro. Es decir, evitar caer en una rápida aceptación del “cuento” de por qué somos como somos y estamos, procurar no navegar en la actual coyuntura a golpes de timón o espurias corazonadas, y no dejarnos seducir por la cómoda

candidez de pensar que, porque “a cada día le basta su afán”, nos podemos desentender tranquilamente del mañana.

En función de este intento voy a seguir un método fenomenológico (a partir de lo que va apareciendo y aconteciendo), hermenéutico (procurando una interpretación que vaya a las causas profundas de las cosas) y proyectual (previendo objetivos y estrategias consecuentes, apropiadas y viables). La articulación integrada y ejercicio práctico de este método los fui madurando a lo largo de varios años de docencia e investigación en diferentes campos epistemológicos. Sobre todo los contenidos en *Doctrina Social de la Iglesia*, desarrollados en diferentes universidades y centros de estudio del país, especialmente en la Pontificia Universidad Católica Argentina, y a partir de los cuales he podido ir confrontando con colegas y alumnos panoramas, percepciones, criterios y propuestas.

En este marco incorporo no solamente aportes teóricos provenientes de variados sectores de la intelectualidad nacional y de “curiosos” observadores extranjeros que se nos constituyen en buenos espejos de nuestra idiosincrasia, sino sobre todo un rico bagaje de experiencia acrisolado en numerosas conversaciones, actividades pastorales, viajes, cursos, horas de escucha y reflexión personal. Mis principales observatorios -objetivados además por algunos períodos de trabajo y estudio fuera del país en Montevideo, San Pablo, Roma e India- son las ciudades de Santiago del Estero, Córdoba (más modestamente) y Buenos Aires (sobre todo): la capital (en la que vivo desde hace más de diez años) y el conurbano (sur, oeste y noroeste), ámbitos en los que crecí, me desempeñé pastoralmente, estudié e investigué. De un modo particular, en estos últimos tres años, el Santuario Basílica Nacional

de Luján, donde pude escuchar a unos 15.000 peregrinos no solo de origen argentino, sino también paraguayo, boliviano, peruano, uruguayo, etc. Parte no menor de este “haber” -materia prima de mi ensayo- se fue configurando en medio de numerosos encuentros y eventos nacionales y regionales, en los cuales pude ir compartiendo puntos de vista con numerosas personas y tomándole un poco el pulso a la vida de nuestro país.

En las páginas que siguen, intento volcar una síntesis con tono propositivo y coloquial. La intención de este ejercicio integrador de posiciones, perspectivas y proyectos diversos, diferentes y en muchos casos opuestos, es la de invitar a pensarnos y proyectarnos sistemáticamente como nación, profundizando un debate que en estos últimos años pareció consolidarse, como lo han ido revelando las numerosas publicaciones que fueron surgiendo sobre el tema, no sin altos niveles de creciente conflictividad. Por eso he buscado un lenguaje, a la vez que diversificado, accesible a todos los que procuramos construir, de algún modo y en el día a día, una Argentina con futuro.

Dicho todo esto, se comprende el por qué del título de este ensayo: *Hacia una Argentina con futuro. Ensayo teológico-pastoral transdisciplinar*. Intento desarrollarlo en un marco lúdico de creatividad y encuentro, donde tenga lugar la pluralidad, el aire y los matices propios del camino; donde se incluyan las inquietudes, diferencias y colores inherentes a los itinerarios regionales; donde se fecunde lo inédito, lo aún no descubierto, “para todos y todas”. Nuestro país puede convertirse en un espacio habitado generador de vida, a partir de lo que somos y tenemos (PRIMERA PARTE), soñamos y anhelamos (SEGUNDA PARTE), podemos y emprendemos (TERCERA PARTE).

Pero para eso hay que comenzar por el principio...

PRIMERA PARTE:

EL DIAGNÓSTICO DE UNA MUERTE ANUNCIADA

No pretendo ser nefastamente trágico ni parafrasear títulos de conocidas obras literarias. Tan sólo expresar con una imagen más que elocuente lo que no era muy difícil prever en atención a los factores que fueron configurando los aspectos oscuros de nuestro presente nacional (y que hoy pueden llegar a desconcertar al mundo). Porque las consecuencias de las opciones raramente son una fatalidad: en todo caso pueden constituir una imprudencia. Lo que muchas veces denominamos “desgracia” no acaba siendo -a fin de cuentas- sino la más lógica y previsible de todas las posibilidades existentes. Y esgrimo una situación a modo de ejemplo: supongamos la hipótesis de que un buen día se le ocurra a una persona inescrupulosa (a un loco) manejar una Ferrari a gran velocidad por la ruta dos, en plena temporada de veraneo y para llegar en tiempo record a Mar del Plata. Objetivamente hablando, no nos llamaría la atención que hubiese un percance por el camino o que la Ferrari no llegase a feliz destino.

Ejercitemos un poco más la imaginación, y supongamos que nuestro país fuera conducido por un piloto así durante algunos años y que muchos de nosotros actuáramos como *tifosi* (=hinchas fanáticos) de la Ferrari. El espectáculo estaría bien en el circuito de Monza, y realmente nos embargaría de emoción. Pero no sería serio en política ni en el concierto de las naciones civilizadas del mundo. Una extrapolación tan irresponsable de lo lúdico no necesariamente nos conduciría al éxito. Nuestro problema es que

esa Ferrari existió en Argentina y muchos nos entusiasamos con la *pole position*.

Pero hay que tener cuidado. Procurar legitimar o transformar el presente a partir de explicaciones de cómo se fueron gestando sus luces y sombras, es algo que intentaron hacer de algún modo y desde tiempos inmemoriales todos los pueblos de la historia a través de sus relatos míticos. E incluso las que llamamos tribus primitivas fueron capaces de auscultar la convicción de que algo podía hacerse para evitar lo irremediable o torcer el transcurso de los acontecimientos. Aunque más no fuese un rito de propiciación para que mediante la acción sobrenatural de los dioses se conjurase la acción perversa de los espíritus malignos. Por eso la incertidumbre del “acaso” sólo pervivió en tiempos de conmoción, transición y desconcierto.

En su conocida obra *Mito y realidad*, M. Eliade nos hace ver cómo todavía pueblos de su tiempo que habitaban en la Polinesia conservaban mitos que explicaban por qué las cosas llegaron a ser como son. En ellos se hablaba de la intervención de seres sobrenaturales (o semidioses) que daban cuenta de los elementos más relevantes de la realidad presente, ya fuese que estos generaran vida o amenazas. Así hubo mitos cosmológicos atinentes al origen de la vida o de aspectos particulares de la naturaleza y la sexualidad, sobre el origen de pueblos, instituciones sociales y religiosas, guerras y enfermedades, sobre la muerte y la pervivencia futura en el más allá. Estos pueblos prehistóricos sabían que sólo “conociendo” el origen de las cosas podían dominar su mundo y recrearlo, en vista a reparar con el auxilio de los dioses su deterioro creciente. Es más, suponían que cuando les sobrevenían las

situaciones más dramáticas, sólo el final absoluto de una etapa permitiría el renacimiento de la siguiente “generación”.

No quiero comparar nuestra idiosincrasia ni nuestra historia con la de los pueblos antiguos. Pero lo cierto es que detrás de todo lo antiguo subyace una cierta sabiduría perenne (porque hasta “el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo”). Creo que también hoy nosotros necesitamos “saber” por qué estamos como estamos, y darnos cuenta de que en realidad nuestro destino no es una fatal consecuencia de la misteriosa, enconada e irreversible condena de los dioses del Olimpo.

Pero a diferencia de aquellos pueblos, necesitamos saber racionalmente y “en serio”, con conocimiento de causa y no de forma figurada: porque si bien los mitos eran considerados relatos verdaderos y aludían a observaciones profundas y sapienciales de la vida (y bajo este aspecto también hoy en una sociedad tecnócrata nos pueden resultar los mitos de inestimable valor), su celebración ritual sólo acababa conduciendo a “eternos retornos”, y a un inevitable tradicionalismo en donde el futuro no era sino repetición del pasado arcaico, y en el que en realidad no podía existir la más remota posibilidad de “algo nuevo bajo el sol”.

Teniendo en cuenta estos considerandos, dedicaré la *Primera parte* a un diagnóstico. No sólo ni principalmente de la Argentina, sino más bien de los argentinos. Comenzaré con un jocoso esbozo fenomenológico de cómo somos, se nos ve o al menos estamos “caratulados” en el mundo: una aproximación a nuestro “estereotipado” *ethos* cultural, especialmente tal como se desarrolla en la región litoral y específicamente en torno a Buenos Aires (*Capítulo I*).

En segundo lugar, procuraré dar razones de por qué somos así (o más bien qué hay de cierto en todo eso), mediante un pequeño excursus histórico, en el que parte y responsabilidad no pequeña tendrán nuestro origen colonial y los variados movimientos migratorios que siguieron a un pacto constitucional fundacional insuficientemente compartido por la totalidad de los habitantes de nuestro suelo. No se tratará de buscar chivos expiatorios, sino (al menos) tentativas de explicación (*Capítulo II*).

Por último, describiré algunas repercusiones prevalentemente negativas en lo socio-económico-político que ha tenido nuestra idiosincrasia en la vida de estos últimos años. Sin negar el marco neoliberal global que afectó a cada pueblo de la tierra en los 90' -ya que los diseñadores, instituciones y adalides del denominado "Consenso de Washington" tuvieron su significativa cuota de responsabilidad en la posterior inequidad y conflictividad planetaria-, o la consiguiente "crisis global", aparejada a un significativo malestar social, y del que occidente aún no acabó de salir y recuperarse, pondré preferentemente el acento en las causas internas de nuestro deterioro y crisis (también moral). Porque así corresponde con gente grande que se precia de responsable (*Capítulo III*)...

I. Radiografía de los argentinos

Comienzo por hacer un ejercicio no sencillo de auto percepción colectiva. Son impresiones, pinceladas, imágenes. Nada demasiado elaborado ni científico, pero con lo que seguramente nos iremos identificando a medida que evolucione el relato. Se trata de una “radiografía” en la que procuro ir describiendo nuestro genio y talante de argentinos, nuestra idiosincrasia y *modus vivendi*, nuestra originalidad más prominente. Casi al estilo (cómico) de las caricaturas. Intentando que una buena dosis de humor inicial nos predisponga a embarcarnos en cosas más serias.

Lo hago en cuatro momentos: describiendo cómo somos en relación a las personas y vínculos; poniendo “el dedo en la llaga” de nuestra emotividad ciclotímica; ironizando sobre lo que denominamos “racionalidad y cultura”; y recapitulando el trasfondo lúdico y trascendente de nuestro *ethos*.

“Importa lo que importa”: las personas

El título responde a un *spot* publicitario de hace unos diez años en el que para el protagonista lo que más “importaba” era una cerveza “importada”. Al mismo no le era ajena una cierta dosis de ironía y humor, -casi inevitables cuando tratamos de hablar de firmes convicciones entre nosotros-, ya que al aparentemente empedernido bebedor (a juzgar por su nariz) no le parecía mal su despreocupada y poco seria afirmación. Sin embargo, y no obstante

los pareceres en contra, creo que al fin de cuentas las personas -y no sólo la cerveza- son importantes en nuestra idiosincrasia.

En efecto, si bien cabría preguntarse si los argentinos somos afectos más bien a las “reuniones” que a los “encuentros”, lo cierto es que ya sea en casa con la familia (en torno a unos “mates” con facturas o tortas fritas), o en la oficina con los compañeros, en el café o en el *pub*, en un boliche o ahora en un *Happy hour*, en el *country* o en la calle, en la cancha o en el club, o simplemente en *Facebook* -en términos estadísticos, ¡los argentinos somos quienes proporcionalmente más utilizamos esta red social en todo el mundo!- o por “celu” -¡tenemos 60.000.000 de unidades para poco más de 40.000.000 de habitantes!- en nuestro país nos gusta reunirnos o al menos “estar comunicados”. No sé si siempre encontrarnos y conversar, pero sí al menos estar juntos y hablar (como la “llama que llama”).

Casi como que se tratara de una imperiosa búsqueda y necesidad para huir de un mal visto y antisocial aislamiento (lo noté en Santiago del Estero) o del anonimato al que tiende a conducir la gran ciudad (lo observo en Buenos Aires). Referencias y ámbitos de pertenencia funcionales o de sangre, vinculaciones de años o encuentros más o menos ocasionales, parecería que lo importante es no perder el grupo, no dejar de figurar y dar siempre -en cambio- señales de vida. ¿Las excusas? La salida del trabajo, el fin de semana, el cumpleaños o la despedida (de soltera/o) de alguno, la conclusión de la carrera o la proximidad de fin de año. Pero también el estado del tiempo, el partido del domingo o el último “chisme”.

Creo que esto tiene origen en cómo concebimos la *familia*, que es el primer y más elemental nivel de nucleamiento y pertenencia, y en la que cumple un rol invaluable la “vieja”. Si bien

hoy está atravesando una crisis inédita, que nos deja perplejos y con futuro incierto, la familia ha sido hasta hace muy poco el ámbito natural al que siempre se podía terminar recurriendo, cuando fallaban las demás coartadas e iniciativas. Con un innegable dejo de nostalgia latina lo expresa el tango de un modo contundente cuando afirma: “vuelvo a la casita de mis viejos”. O más “preedípicamente”, “siempre se vuelve al primer amor”. Porque es como si entre nosotros esta primera y más fundamental forma de socialización hubiera tendido a condicionar para siempre toda posterior evolución y vínculos afectivos en nuestro medio: incluso la formación de la propia familia.

Pero además de la familia, asociada a los lazos de consanguineidad, están los *amigos*. Con el tiempo se van decantando en la vida algunas amistades probadas “como el vino añejo”. Son los amigos incondicionales, con quienes todo se comparte y a quienes todo se les confía. Es con ellos que tiene sentido salir juntos. En ese grupo puede convergir la “barra” del barrio, los compañeros de colegio u oficina. Esos amigos son, quienes nos ayudan a objetivar nuestros criterios y proyectos, pero también a irnos abriendo camino por la vida. A ellos se les tolera todo, pero también se les pide que nos toleren todo. Por eso este recíproco “apañamiento” puede derivar fácilmente en amiguismo. Y el amiguismo puede parecer el origen de la corrupción para quien no pertenece al grupo.

En tercer lugar -no podía faltar- el *amor*. De adolescente o de joven, e incluso de adulto (sobre todo cuando no se termina de “asentar cabeza”), con los amigos se sale normalmente a divertirse: a “farrear”, para decirlo en términos potables. Ellos son los que “hacen pata” (por ejemplo) al momento de “tirarse un lance”, y los

que ayudan a tomar con humor desdramatizante un “rebote” o una relación que se desgastó o “ya fue”. Pero a su vez, son los que (un poco egoístamente) procuran disuadir de “engancharse” en serio con alguna mujer: porque las “minas” pasan, pero la novia-compañera-esposa atrapa.

Considerando entonces que en el entorno de amigos el compromiso de una relación matrimonial estable y definitiva podría tradicionalmente concebirse como un “atentado contra la libertad y dignidad” de las personas (¿?), y uniendo esto a lo dicho anteriormente acerca de la incomparabilidad de la “vieja” (ya que como dice el tango, “no habrá ninguna” como ella, desde el momento en que haya quedado inmortalizada en la memoria del sujeto que la idealizó en su primer amor -y aventuramos que lo mismo puede terminar ocurriendo con la mujer en relación al padre, aunque la objetivación de esto último en el feminismo a ultranza sea una realidad más bien reciente, debido a la invisibilización cultural sufrida por la mujer hasta hace muy pocos años-, podemos hacer algunas observaciones hipotéticas más acerca de las fisuras por donde puede filtrarse la actual crisis del matrimonio y la familia.

Nuestra “ciclotimia” emotiva: los sentimientos

Todos los pueblos tienen su emotividad: pensemos sobre todo en numerosas etnias africanas o, en términos generales, en nuestra América Latina (sub)tropical. Pero en comparación con los países nórdicos en general, la ciclotimia de los argentinos tal vez resulte proverbial, porque engloba todos los ámbitos de la vida pública y privada: el presente, el pasado y el futuro. En una década podemos

releer, reinterpretar y reorientar nuestra historia colectiva de siglos sin dejar rastros de anteriores opciones. Parecería no existir en nosotros los sentimientos “dosificados”: vivimos todo apasionadamente, sin cromatismos intermedios ni emociones anestesiadas. La virtud de la prudencia resulta absolutamente ajena a nuestro diccionario.

Este fuerte componente primario y emotivo de nuestro *ethos* nos puede jugar a veces malas pasadas en relación a los vínculos anteriormente referidos. La pasionalidad, entre latina y aborígen, nos dificulta manejar nuestra “inteligencia emocional” (D. Goldman) con mayor habilidad. Por eso en poco tiempo y de un modo “zonzo”, al mejor estilo Homero Simpson, podemos perder cosas importantes logradas con el esfuerzo de años. Por motivos banales una discusión puede alejarnos de casa, un malentendido separarnos de algún amigo entrañable, una “traición” poner distancia definitiva en la pareja. Y así, lo que se había iniciado muy apasionada e incondicionalmente, por estas “cosas de la vida” quedan muchas veces súbitamente “incineradas”.

En este marco de ciclotimia emotiva, los argentinos en general y los porteños en particular tendemos fácilmente, y pese a las apariencias en contrario, al optimismo ingenuo: como que necesitamos idealizar personas, proyectos y situaciones. Por no sé bien que extraño mecanismo defensivo soñamos con “molinos de viento” y evitamos “desde el vamos” afrontar con realismo las dificultades inherentes a todo emprendimiento serio o vinculación profunda. Este globo que inflamos en algún momento, y de modo inevitable, explota. Y el “elixir” mágico destilado en hipotéticas consideraciones se termina convirtiendo en amarga hiel y decepción. Estos particulares vaivenes perceptivos y valorativos

propios de la ciclotimia son observables tanto en política, donde seguimos idolatrando figuras, proyectos y estrategias, como en el deporte, donde pasamos de anticipados “campeones del mundo” a inconsolables perdedores.

Nuestra *música ciudadana* tiende a cantar esas ilusiones “que al final no fueron” con fuertes tintes de amargura. En ella prevalece en general la constatación de que “la vida es cruel y es dura” en un mundo “taimado y traidor”. El resentimiento y el rencor (“rencor viejo rencor”) terminan apoderándose del iluso soñador que omitió evaluar con realismo el alcance de sus aventuras, o que constata “vencido” que no pudo imponerle a la vida su “guapa” prepotencia. Sin embargo, como sucedía con el mitológico ave fénix, la esperanza siempre será capaz de renacer a modo de “golondrina” o “pebeta luminosa como el sol”.

Sería interesante observar más detenidamente la vinculación entre estas dos temáticas tan interrelacionadas en el tango (que llevan en una especie de circularidad fatalista al “eterno retorno”), con las pretensiones entre desesperadas, voluntaristas y violentas del rock angloamericano, o la casi inversa proposición cultural subyacente a la despreocupada confianza telúrica y corporal de la rítmica cumbia villera, original reexpresión bonaerense de la música centro-norteña de nuestro país. Porque todas estas modalidades “cohabitan” hoy en nuestro diversificado Buenos Aires.¹

Por todo esto, y en relación específica a nuestra emotividad, se me ocurre otro excurso a la mitología griega. *Prometeo* es el icono heleno de la esperanza, *Sísifo* el de la desesperanza. El primero dice de optimismo y utopías ineludibles, ya que era el

¹ Hago este ejercicio de análisis en el segundo volumen de mi *Trilogía “Teología del cambio de época”*, con el título: “Música popular, imaginario colectivo y espiritualidad pastoral”, pp.229-247.

héroe castigado por los dioses por haber querido robar el fuego sagrado del Olimpo que haría de los hombres seres inmortales. El segundo expresa trágicas desilusiones y desencantos, ya que evoca la inutilidad de un esfuerzo sin esperanza de rédito posible, expresado éste empeño en una pesada piedra que nunca lograría conducir a la cima del monte. Parecería que los argentinos anduviésemos a caballo entre ambos “héroes”: entre la aspiración a la gloria de “un grito sagrado” (¡Argentina! ¡Argentina!) y la claudicación resignada de “dar vuelta la cara y ponerse a llorar” (aunque “juremos con gloria morir”). Dicho de un modo más prosaico pero hoy incluso habitual: como si viviéramos al ritmo de los tragos de algún boliche de moda, que primero nos animan (y acercan aires prometeicos) y luego nos deprimen (y nos convierten en “bajoneados” Sísifos mitológicos).

En fin, creo que tal vez nos falte aprender todavía a dosificar nuestra emotividad, para que pueda ser un poco más gerenciada por una especie de “racionalidad responsable”, sin tanto apasionamiento y con más matices.

Nuestras reflexiones y plasmaciones culturales

La emotividad se vincula con la creatividad: el *homo sentiens* (=el hombre que siente) con el *homo ludens* (=el hombre que juega). Evidentemente no nos faltan ideas e iniciativas, y de ello dan cuenta las numerosas y variadísimas producciones artísticas, científicas y culturales que se gestan y afloran en nuestro medio. Lo curioso es que, por lo general, con la misma facilidad que entran en escena de forma “talentosa”, se esfuman o diluyen “de repente”. Las

iniciativas y proyectos no nos duran: se descartan y luego se reemplazan por otros nuevos, que como este libro, no son -al fin de cuenta- sino casi nuevas reediciones de lo ya dicho y hecho (!).

Porque por una parte, los argentinos aprendimos a ser *ingeniosos*: para el inmigrante (europeo o del interior) parecía no haber otra alternativa si quería sobrevivir en la gran ciudad con un entorno de “vivos”. Ingeniosos en nuestros discursos y afiliaciones políticas, en nuestro trabajo y economía, en la seducción amorosa y el humor (al que tal vez nunca le haya sido ajeno un cierto dejo de crítica mordaz). En parte para pegar primero y que no nos tomen de “giles”, pero en general “por deporte”. Nuestra creatividad se ve reflejada sobre todo al momento de tener que vérmola con la ley y sentirnos “obligados en conciencia” a evadirla... También en la perspicaz capacidad de observación: ¿habrá alguna parte del mundo en la que se elaboren mejores caricaturas (Nik incluido), burlas o “cachadas” que las que se idean en nuestro país (desde aquéllas más ingenuas de Pepe Biondi en los 60’, pasando por las irónicas observaciones políticas de Tato Bores en los 70’-80’, y llegando al estilo “zarpado” de M. Tinelli en los 90’)? Hoy esta “tragicomedia” se expresa, por ejemplo, en el estilo periodístico desarrollado por J. Lanata en su programa televisivo “Periodismo para todos”.

Por otra parte, los argentinos también hemos ido haciendo experiencia de la fugacidad de las cosas. Aprendimos a *vivir de paso* (como el inmigrante), a manera de eternos “viajeros en tránsito” (en los inquilinatos de San Telmo), esquivando cortes de calles y “piquetes”, conectándonos a la red de internet que ocasionalmente captamos y de momento funciona. Dado que muchas veces y por diferentes motivos las cosas fueron terminando

antes de tiempo, como que hicimos una “opción vocacional” por lo provisorio. Todo espacio y compromiso está llamado a convertirse en “trampolín” de futuros proyectos: ni qué decir en la política los denominados candidatos testimoniales, que pasadas las elecciones optan por hacer un trabajo diferente de aquel para el cual se los eligió... Por eso es que nada es definitivo y que “atamos todo con alambre”, o que nos pasamos el tiempo intentando adivinar con qué cartas está jugando el que cantó -muy seguro de sí- “quiero retruco”.

Lo curioso es que, en contra partida, nada termina siendo para nosotros más definitivo que lo provisorio, ni nada más endeble que lo construido sin fundamentos. El no tomarnos “demasiado a pecho” las cosas hace que éstas permanezcan inmutables, que las construcciones “se desplomen” o los proyectos “descarrilen”. Incluso sucedió -ironías de la vida- que por algún trágico motivo del destino y pese a su abnegado trabajo, hasta nuestros abuelos continuaron viviendo “provisoriamente” en Argentina (y eso que hoy muchos están “como cuando llegaron de España”) y los inmigrantes italianos, si no en los inquilinatos de San Telmo, sí en el barrio de la Boca...

El *cine y teatro* (de un modo más solemne) y la *radio y la televisión* (de un modo más cotidiano) acaban por reflejar de un modo animado nuestra mirada de las cosas. El enjundioso anecdotario de muchos noticieros, las opiniones demasiado “sentidas” en política -sobre todo en tiempos de elecciones-, los novedosos y sorprendentes *flashes* publicitarios, las fantásticas y recurrentes historias de las novelas y los “graciosos” (¿?) programas cómicos de la TV “basura”, son algunas de las expresiones que muestran nuestro oscilante pendular entre lo

profundo y lo grosero. Muy buenas películas que ganan premios Oscar, obras escénicas de exportación y programas de reflexión de alto vuelo casi como que se diluyen en un fárrago atroz de banalidad y procacidad.

Esta *ambigua producción cultural* la chequeamos en el discurso escrito y la plasmación simbólica. Junto a los refinados textos en prosa o poéticos de un Borges, Bioy Casares o Sábato, la capacidad pictórica de un Quinquela Martín, Berni o Soldi, musical de Piazzolla, Yupanqui o la “Negra” Sosa, tenemos los recurrentes *graffiti* y *slogans* políticos en las paredes de la ciudad, los eróticos comentarios y chistes de baños públicos, las improvisadas e insalubres casillas de las villas en la ciudad o el conurbano, o el desagradable olor y color de las calles de Buenos Aires por las noches. Como si convirtiéndose en el vivo reproche de un conflicto social aún irresuelto, estas esquizofrénicas manifestaciones socio-culturales (entre sublimes y patéticas) estuvieran clamando a nuestra conciencia por una necesaria y superadora integración nacional.

Por una parte, científicos reconocidos y apreciados; por otra, turistas insufribles y arrogantes: así nos ven en el mundo. Junto a la admirada genialidad futbolística de Messi, o incluso de Maradona (por ejemplo, su segundo gol en el mundial de México en 1986, convertido a los ingleses después de eludir a unos ocho jugadores), el desprecio que generan los pronunciamientos y desplantes de éste último (o en ese mismo partido, el primer gol convertido astutamente “con la mano”).

Los argentinos, y especialmente los porteños, parecemos llevar incorporadas de un modo acrisolado tanto la creatividad que surge de nuestra multifacética y multicultural procedencia como las

tensiones defensivas y heridas irresueltas inherentes a todo movimiento cultural e inmigratorio. En esto consiste “el atroz encanto de ser argentinos” (M. Aguinis): nuestras posibilidades y límites, nuestros talentos y contradicciones congénitas. El desafío a nuestra libertad colectiva.

Entre lo profano y lo sagrado

Haciendo una simplificación probablemente excesiva, nuestras vidas parecen estar longitudinalmente atravesadas por dos vectores: uno profano, terrenal y pragmático, y el otro sagrado, celestial y poético. En nuestras vidas, las cosas cotidianas y espurias se entrelazan y fecundan con las trascendentes e importantes con la misma celeridad (y peligrosidad) que los electrodos de signo opuesto cuando dan repentina vida a un hasta entonces aletargado motor eléctrico.

Por ejemplo, nuestra vida suele quedar dividida entre dos momentos bien marcados: el que le dedicamos al “*laburo*” y el que dedicamos a “descansar”. Como que oscilamos entre la laboriosidad obsesiva y la ociosidad despreocupada: en el trabajo queremos ser los mejores,² pero en el descanso nos desentendemos de todo y priorizamos nuestras relaciones (amigos, familia). Casi como que jugamos a tomarnos en serio lo primero³ para disfrutar de lo segundo.⁴ Porque acá es donde nos explayamos en *hobbies* y habilidades notorias (¿?): arreglos de la

² Sobre todo en la denominada generación “X”, que supera los 40 años y tiende / tendió al *workalcoholism*, vinculando trabajo y autoestima.

³ Es cierto: dudo que la llamada nueva generación “Z”, que es la que hoy pisa los veinte, se tome en realidad muy en serio el trabajo...

⁴ Cosa que hoy la generación “Y”, que ronda los treinta, tiende a hacer con los *i-phones* y *FB* también en el trabajo.

casa o del coche, explicaciones de por qué estamos como estamos en el país, artimañas en el juego de truco, aptitud “consumada” para hacer un buen asado. O también donde narramos con prolija minuciosidad los avatares de alguna reciente “viveza” o picardía incorporada al propio haber con orgullo.

Normalmente trabajamos con ahínco durante el año, y si en el verano podemos (o al menos en algún “finde” largo), nos vamos unos días de vacaciones. Y casi como que sería imposible reconocer que se trate de la misma persona cuando se la ve manejarse (vociferando “jaculatorias”) a enervados bocinazos a causa de los “piqueteros” en el microcentro (=el negocio) o de modo apacible y “pachorriento” con su familia de pesca en la costa atlántica (=el ocio). ¡Parecería no ser la misma persona la que habla de su reciente viaje a Italia y del encuentro con el Papa, que la que hace política en el conurbano bonaerense valiéndose para ello de cualquier recurso; la que anima seductoramente eventos festivos o televisivos, y la que habla groseramente detrás de cámara!

Esta ciclotimia entre momentos humanos y otros quasi-litúrgicos es observable en la *antinomia sufrimiento-alegría*. Porque o “la mano viene dura” -y entonces el tiempo se torna profano-, o “se toca el cielo con las manos” -y entonces este tiempo “divino” se torna sagrado. Las cosas salen o no salen: entre estas dos alternativas parecería no existir matices intermedios. O está “todo joya” y la vida o las personas son un “fenómeno”, o “se pudre todo” y entonces se convierte todo en “porquería”. Sin querer caer en groserías, pero sí más “populacheramente”, puede no haber como fulana/o (como persona o para tal cosa), y terminar luego siendo en el diagnóstico final (de una emotiva y condenatoria evaluación de la masa) un/a...

Por ejemplo en la *política*, podemos comenzar una década (la de los 80') con la convicción de que "con la democracia se come, se educa y se vive", y finalizarla con desmanes generalizados y saqueos. La siguiente (la de los 90') puede iniciarse con un economista convertido en líder indiscutido de la convertibilidad y la estabilidad, y luego terminar huyendo apresuradamente por la puerta de atrás. Un presidente puede ser reelegido para conducir y liderar el país (Perón-Menem) y tener después que vivir varios años desterrado o convertirse en icono público de corrupción. Puede que otro mandatario sea bienvenido en su lugar (como "excelentísimo") por su imagen transparente, y no obstante tener que escapar apenas a los dos años ("ése lentísimo") en helicóptero. En todo esto, casi como que terminamos imitando el modo de proceder de las antiguas civilizaciones: cuando las cosas no marchaban bien en el reino o el imperio, pensaban (de un modo casi mágico) que la solución estaba en sacrificar y reponer a sus emperadores, reyes y faraones.

Es lo que sucede, por ejemplo, en el *fútbol*. Si bien no existe hinchas en Argentina (y creo que en el mundo) que no piense con un cierto arrojo de fe fundamentalista: "Este año salimos campeones" (ya se trate de "boquita", de los "millonarios", o incluso de equipos más modestos que de momento aspiran a retornar a la Primera A), lo más probable es que después del campeonato ese mismo sujeto termine pidiendo a gritos, como energúmeno, un cambio de director técnico porque el que estaba tuvo la culpa del fracaso del equipo (o al menos de que éste no saliera campeón). Y respecto a esta pasión "futbolera" me animaría a decir algo más: o nos pasamos la semana esperando el partido del domingo (que ya suponemos ganado de antemano), o no vemos la hora de que termine (porque

el resultado va siendo adverso) para retomar -casi hasta "evasivamente"- las actividades laborales de rutina.

Como si jugáramos con una mezcla de ingenuidad e ilusión frenética todas las fichas disponibles y posibles al mismo número de la ruleta y luego nos abatiéramos cuando perdemos la apuesta. O como si la imagen de nosotros mismos quedara en tela de juicio en cada evento fortuito por el que nos sentimos desafiados o nos toca transitar. Por ejemplo: "¿Cómo no voy a poder yo arreglar este motor? (o configurar la computadora, o llegar a este lugar, o encargarme de tal cosa, o solucionar cual problema)". "Si te digo que es carnaval vos apretá el pomo". Y así nos va... No sé cómo lo diría un psicólogo, pero me parece que padecemos una especie de fijación en un curioso estadio de omnipotente narcisismo infantil.

Incluso con *Dios* nos sucede algo parecido: porque o confiamos en su providencia porque nos ayuda o, por el contrario, nos sentimos librados a un "destino cruel" y hacemos gala de agnósticos. O vitoreamos enardecidamente y visitamos religiosamente al Papa Francisco, o se lo ignora, critica o destrata viviendo a poco más de 100 metros en Buenos Aires; peregrinamos a Luján multitudinariamente y llevamos devotamente el rosario al cuello, o se queman iglesias por razones políticas o se las profana por cuestiones ideológicas o fundamentalismo.

Sin embargo, en referencia a la dimensión trascendente de la vida, creo que en el fondo somos bastante religiosos. Seguimos celebrando bautismos, primeras comuniones o misas: para recordar difuntos (incluso con el fin de que las "ánimas" no espanten) o cuando tenemos algún acto oficial en el que no sabemos bien qué decir o hacer (y ahí viene el capellán). Así como a veces somos argentinos de himnos y banderas, somos también católicos de

misas y bendiciones. Si bien todas estas expresiones han ido recreándose y transformándose últimamente en modalidades todavía no decantadas y en variadas direcciones (de lo que oportunamente hablaremos), existe un núcleo cultural prevalentemente cristiano que subsiste.

Por eso confiamos en “la mano de Dios”, especialmente cuando contamos con la “palanca” o “cuña” de algún santito (porque en Argentina, sin amigos, no se va a ningún lado...). ¿Los preferidos? Tal vez San Cayetano o Santa Rita, la Virgen de Luján, del Rosario, del Cerro o la Medalla Milagrosa. En muchas de estas devociones y mediaciones tiende a primar la apuesta a lo improbable, imposible o urgente (=San Expedito): es que los argentinos no estamos hechos para las cosas comunes y de rutina: “¡Estamos condenados al éxito!”. También en lo religioso, nuestra emotividad nos reclama una “espectacular y mágica salvación ya”. (No por nada la Iglesia Universal ha prosperado tanto con el lema: “Pare de sufrir”: como si también esto pudiera solucionarse “por decreto”).

II. La curiosa gestación de una idiosincrasia

Después de haber trazado algunas pinceladas que describen nuestro *ethos* y *modus vivendi*, cabe evidentemente preguntarse: ¿cómo es que se fue gestando esta idiosincrasia? Las respuestas nunca son fáciles ni simples. Pero es claro que este tipo de interrogantes no puede esclarecerse sin un ejercicio interpretativo de nuestra historia nacional. Es en ella donde tenemos que rastrear los diferentes factores que forjaron -entre otras cosas- nuestra ciclotimia, nuestra precaria autoestima, la dificultad para acordar proyectos colectivos, y el “amor” a la provisoriedad.

El flujo inmigratorio

En una época, cuando los transatlánticos del Viejo Mundo desembarcaban en el puerto de Buenos Aires trayendo uno tras otro millares de personas en busca de nuevas oportunidades, se decía que los argentinos nacíamos de los barcos. Este fenómeno y esta afirmación nos conducen obligadamente a procurar entender en qué sentido influyó en nuestra idiosincrasia la mentalidad del inmigrante europeo, es decir, hasta qué punto existe también en nuestros genes psico-culturales algo de italianos o españoles, alemanes o ingleses, polacos o rusos, franceses o belgas, eslovenos o suizos, lituanos o ucranios, etc.

Posteriormente, con el incipiente desarrollo industrial de nuestro país a partir de la década del 30', llamó la atención el

altísimo desplazamiento humano del interior hacia las grandes ciudades, especialmente la Capital Federal. De ser un tercio la población urbana en Argentina, en cuestión de décadas se convirtió en tres cuartos del conjunto del país. Este fenómeno, análogo a los observables en otras naciones en vías de desarrollo y bastante cercano al que vio nacer a las otras grandes megápolis latinoamericanas, dio origen al crecimiento un tanto “salvaje” del Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario, etc., muchas veces a partir de precarios asentamientos o villas. Hoy nada más que en la capital del país viven unas 300.000 personas en estas condiciones, y el 85% de sus habitantes son de origen extranjero, nacidos en países limítrofes.

Efectivamente, una nueva (y última) oleada migratoria a considerar es la que sobre todo desde los años 70' y hasta hoy vamos recibiendo de paraguayos, bolivianos, peruanos, asociados preferentemente al rubro de la construcción y el servicio doméstico. Pero también, más recientemente todavía, colombianos y centroamericanos, y sobre todo inmigrantes de procedencia asiática (coreanos, chinos), abocada a comercios y supermercados.

Creo que estos *movimientos migratorios* van explicando un núcleo importante de nuestro *ethos*. La diversidad de proveniencias suele ponernos a la defensiva frente al diferente. Esto tiende a suceder en todas las regiones del mundo caracterizadas por una gran movilidad humana. El motivo explicatorio es que “el que está” no sabe bien quién es “el que llega”, ni qué es lo que éste pretende hacer en el espacio hasta el momento tenido por propio y exclusivo. Por eso el “otro” es siempre una posible amenaza para el que se siente en casa y adueñado, y fácilmente se convierte en un “intruso

invasor". Esta experiencia está en la base de todas las expresiones y comportamientos xenófobos.

A esto se suma la vivencia inversa de quien pretende incorporarse a y participar *de* una comunidad ya más o menos constituida y en parte acrisolada, en la que además pretenderá trabajar e ir adquiriendo derechos. Casi inevitablemente se va a sentir sospechado por el entorno, y por el mismo hecho de entrar no va a ser bien recibido. Hasta se lo tratará hostilmente, y si se descuida se lo utilizará. Esto generará dificultades de convivencia e integración, rechazos y *ghettos*, múltiples tensiones e incluso violencia o trata de personas. Pensemos en nuestro país: basta haber estado o vivido un tiempo en contacto con alguno de estos barrios en los que convergen personas de diferente proveniencia y cultura para entender lo que estoy diciendo. Y este fenómeno se exagera en lugares donde conviven en relativa proximidad villas y condominios residenciales.

Podría objetarse que otras naciones, como los *Estados Unidos o la Comunidad europea* han tenido a lo largo de su historia incluso mayores flujos migratorios que la Argentina. Si bien esto parece evidente, también es real que a esos países no les fue ajena en sus respectivas historias sobradas dosis de conflicto social, intolerancia absoluta o relativa, ni tampoco la xenofobia o el racismo que todavía hoy subsisten en formas más o menos solapadas en las naciones más "civilizadas" del planeta (por ejemplo, en relación a los negros y latinos en el país del norte, o a los africanos, "sudacas" y musulmanes en el Viejo Mundo). Ni qué decir en nuestros días, cuando la crisis y recesión económica hace ver con malos ojos la presencia de extranjeros que supuestamente retienen

los pocos empleos disponibles, excluyendo del mercado de trabajo a los propios nativos de estos países.

Lo que sucede es que estas naciones tuvieron por lo general políticas migratorias estratégicamente acertadas, generalmente de carácter selectivas, que les permitieron ir asumiendo y más o menos absorbiendo desde una identidad socio-político-cultural dada y relativamente configurada a los recién llegados. Por eso y pese a la diversidad y a las inevitables tensiones, existía y existe un espacio constituido que mantiene cohesionadas a las diversas naciones, estados y regiones del así llamado primer mundo. El *problema argentino* es que los procesos inmigratorios nunca fueron en realidad demasiado planificados (o no lo fueron en absoluto), lo cual hace que hoy ingrese al país gente que usa y abusa del sistema social argentino (especialmente sanitario, educativo y de subsidios) -lo cual dentro de todo sería comprensible y hasta un cierto gesto de solidaridad con los vecinos por parte nuestra-, como otra criminalmente emparentada con el narcotráfico o la trata de personas.

Si bien para la Generación del 80' existía un proyecto estratégico de carácter étnico-cultural, compartido por la totalidad de las élites capitalinas del nuevo mundo desde mediados del siglo XIX, y que consistía en la europeización del país, de modo que la civilización que provenía de allende el mar pudiera "blanquear y purificar" nuestra "barbarie autóctona", el flujo migratorio terminó siendo caótico para la configuración de una identidad que no acababa de mantenerse en pie y nutrirse con la permanente movilidad humana, y de la que además no sentían participar los residentes autóctonos o mestizos desplazados por este proyecto político. Fue el problema de organizar un país "para pocos" o "para

algunos”: evidentemente no para gauchos y aborígenes. Pienso que todavía hoy seguimos arrastrando y padeciendo esta misma dificultad.

Dicho en otros términos, no hubo en general un *suppositum* orgánico, un “desde dónde” compartido “desde el vamos” por el conjunto de los argentinos que permitiera recibir e integrar a los que llegarían después con una propuesta más definida y homogénea. Una muestra elocuente de las dificultades que se presentarían está en el hecho de que hacia 1890, por ejemplo, casi la mitad de los habitantes de Buenos Aires eran extranjeros y un tercio italianos. Y el porcentaje se elevaría mucho más si consideráramos solamente la población masculina. Por más que las políticas oficiales procuraran “inyectar argentinidad” por medio de la educación (gratuita y universal), el otorgamiento masivo de residencias y ciudadanías, la imposición del servicio militar obligatorio para los nativos e hijos de inmigrantes, la ostensible sobreabundancia de símbolos patrios que presidían y decoraban los espacios públicos (como así también el concomitante discurso nacionalista que los acompañaba en todo acto); por más que posteriormente todo esto procurara incluso ser consolidado y sacralizado con un manto de catolicismo oficial, nunca se terminará de incorporar del todo, de modo satisfactorio en el contrato social, un marco institucional y jurídico sólido; ni de superar la fragmentación y diversidad de orígenes y procedencias, ideologías y credos; ni de amalgamar un *ethos* culturalmente homogéneo.

En nuestras naciones latinoamericanas las constituciones (y demás ordenamientos jurídicos anexos o posteriores) no supusieron una previa decantación socio-cultural como la que sí había madurado en países como Francia (o más aún Inglaterra, que no

tiene directamente Constitución, sino que hacen prevalecer la tradición) antes del establecimiento de la República. Ni tampoco una *tabula rasa* como la que hicieron en su territorio los primeros colonos de América del Norte con los primitivos habitantes del país, para en 1776 declarar la independencia y establecer una Constitución plenamente aceptada y defendida por todos los descendientes de ingleses.

Volviendo al tema de los *inmigrantes europeos* en Argentina, es de notar que estos muchas veces encontraban ventajas al momento de emprender actividades agrícola-ganaderas (por ejemplo, se les facilitaba el poder conformar colonias con la adjudicación de tierras y prestamos monetarios iniciales) o incluso comerciales (sobre todo en las ciudades del litoral, donde pronto fueron manifestando su capacidad de emprendimiento), que no les eran ofrecidas por lo general y de igual modo a la *población criolla*, que por otra parte estaba dotada de mucha menos creatividad que el “gringo” para empresas de este tipo. Esto llevó a un progresivo desplazamiento (y no menor resentimiento) del *gaucho* en las pampas, que se sumaba al ya consuetudinario malestar del *mulato* en los arrabales de Buenos Aires.

La *milonga campera* y el *tango* surgen así como una expresión combinada de marginación, desarraigo y resentimiento, tanto de los nativos que iban quedando al margen del nuevo contrato social y veían pasar de lejos el esplendor de una progresivamente floreciente ciudad, como también del inmigrante que muchas veces no lograba posicionarse y “hacerse la América” con la facilidad que lo había imaginado y soñado; o porque así se lo habían contado en su país de origen creyendo que Buenos Aires era Estados Unidos.

En particular, las letras de los tangos cantan muchas veces con su mestizo y desenfadado lunfardo esta experiencia de gente que acababa viviendo en la marginalidad del “arrabal”. Por ejemplo, la del “compadrito” que entra y sale de la “gayola” [=cárcel] o la de la inmigrante recién llegada y engañada, que termina trabajando en un “bulín” [=prostíbulo] para un “bacán”. Todo esto con un tono entre desesperanzado y rencoroso, que podía proyectarse tanto hacia la “mina que se fue”, como hacia la vida (cuya “suerte es grela”), hacia las élites porteñas (que visten de percal y viajan a París), o hacia Dios (por más que el cantor reconozca irónicamente que “ya no [le] falta ‘pa’ completar más que ir a misa e hincar[se] a rezar”). En fin, sólo con el tiempo las letras de los tangos irán matizando estas marcadas características fundacionales, convirtiéndose en mediación artístico-cultural significativa para la integración social de muchos marginados (C. Mina).

La movilidad humana interna y regional

En cuanto a la *inmigración interna*, hay que buscar su génesis en el crecimiento económico que se generó en el litoral, en gran parte gracias al empuje de los “gringos” europeos, cuya afluencia incesante se concentró entre 1870 y 1930. Pero también hay que ponerla en relación a las grandes guerras europeas, que contribuyeron indirectamente a un dentro de todo fugaz florecimiento del país, que consiguió posicionarse en un para nada despreciable décimo lugar en las principales variables de desarrollo económico dentro del concierto de naciones del mundo.

En efecto, en torno a la primera contienda mundial (1914-1918) se consolidó el inflado mito de la “Argentina granero del mundo”, debido a que gran parte de la producción agrícola-ganadera de la llanura pampeana tenía por destino a la devastada Europa. Si bien el rédito del lucro tendía a concentrarse en una privilegiada oligarquía -como sucedió, por otra parte, también en los Estados Unidos, generando junto a un fuerte desarrollo industrial una luego profunda recesión económica por las todavía inexistentes políticas redistributivas que después se implementarán con la reforma keynesiana-, ante los ojos del mundo la imagen del país que prevalecía era la de una nación próspera, pujante y segura, que recibía con los brazos abiertos a “todos los que quisieran habitar en suelo argentino”. Muchas personalidades del mundo académico, artístico y político visitaron por aquel entonces nuestro país, entre otros, Ortega y Gasset, Jacinto Benavente y Albert Einstein. Hasta el futuro Pío XII (el cardenal Pacelli) vino como delegado pontificio para el Congreso Eucarístico Internacional celebrado en 1934, que congregó a una ciudadanía ferviente y entusiasta en Palermo como imagen plástica de una nueva Argentina: la de la “nación católica”.

Después de la crisis del 30' -que como no podía ser de otro modo había repercutido también en nuestro país generando recesión y desempleo-, y cuando en Europa tenía lugar primero la guerra civil española y luego la segunda guerra mundial (1939-1945), al permanente crecimiento del campo (progresivamente aglutinado en torno a la Sociedad Rural que se iba consolidando) se fue añadiendo un paulatino proceso de sustitución de importaciones, que contribuyó a ir desarrollando una incipiente industria nacional (asociada en torno a la Unión Industrial), y que tuvo su “techo” de esplendor hacia fines de los 60’.

No obstante, esta industria argentina no llegó a ser todo lo pujante que podría haber sido si nos hubiéramos ahorrado las prácticas y efectos colaterales negativos -y todavía constatables en sus secuelas- de la dádiva populista y clientelista de *Perón*. Es una pena que no se haya aprovechado mejor aquella inigualable ocasión histórica para afianzar el federalismo en el país, propiciando y consolidando industrias regionales, en lugar de concentrar todo -por motivos electorales- en torno a la Capital Federal.

Si el problema con las oligarquías liberales del siglo XIX y principios del XX era que les bastaba con una precaria economía agro-ganadera para vivir algo más que holgadamente, exportando grano y animales para importar como contrapartida (de Francia o Inglaterra) todo lo que pudiese hacer a su bienestar, placer y estatus, explotando el trabajo del paisanaje (como bien lo describe A. Yupanqui), cultivando en gran parte un desprecio hacia los menos pudientes y progresivamente también hacia los activos inmigrantes (todo lo que iría configurando políticamente el radicalismo irigoyenista opuesto al partido liberal), con *Perón*, tanto la industrialización como la asistencia social y la nacionalización de empresas (generalmente inglesas, como los ferrocarriles, que en realidad ya eran obsoletos) estaban por lo general subordinadas al mantenimiento y afianzamiento de su imagen pública (de la que dependía) y poder político (que necesitaba).

Tanto el talante carismático del General con “la gran masa del pueblo” (los “descamisados”) “combatiendo el capital”, como así también la imponderable ayuda política -entre protectora, maternal y despótica- de “Evita” -o “la Eva”, según las mujeres de las clases acomodadas que asistían a las tertulias y el Teatro Colón-, como

así también la promesa (y progresiva implementación jurídica en su primer gobierno) de una mayor justicia social que alagaba a importantes sectores de la Iglesia (incluyendo al asesor espiritual de la primera dama, el P. Hernán Benítez), fueron propiciando junto a un clima político parcialmente favorable, un progresivo desplazamiento de la gente del interior, sobre todo la del norte y centro del país, hacia Buenos Aires.

Pero con este ingente desplazamiento humano, con la dádiva fácil y las prácticas clientelares (que como veremos, hicieron escuela), y sobre todo con el paso del tiempo -que siempre demostró tener en nuestro medio un efecto político devastador para cualquier gobierno- se iría gestando un creciente malestar social y tensión ideológica que desembocaría en conflicto. La sociedad se iría polarizando cada vez más en peronistas y antiperonistas. Cada uno de los bandos pondría mote despectivos al otro: unos serían los “oligarcas apátridas” y los otros los “cabecitas negras”. Hasta los irreconciliables liberales y radicales de antaño parecían ahora converger en su odio común hacia Perón. De este modo la violencia social -que tantas veces “enlutó” nuestra patria- se hacía nuevamente inevitable.

Estalló en el 55', durante un acto de Perón en Plaza de Mayo, con los consabidos bombardeos que atentaron contra la vida e integridad física de unas mil personas en total. Por la tarde se siguieron las conocidas quemadas de templos en el microcentro porteño y el posterior golpe de Estado que obligó a Perón a escaparse -anticipando los hechos- al Paraguay. Se iniciará de este modo un período de diecisiete años de traumática proscripción del peronismo, representado en las pocas elecciones democráticas subsiguientes por el voto en blanco. Con sus luces y sombras, el

peronismo, y sobre todo la figura de Evita, habían quedado en el corazón del pueblo. Mucha gente había accedido a la vivienda o conseguido un empleo digno gracias al ministerio de bienestar social. Por eso Perón volverá y “será millones”...

El *tercer flujo migratorio*, sobre todo el de países limítrofes, es más reciente. Se acentúa a partir de los años 70', y se consolida a medida que los desplazamientos se vayan haciendo más frecuentes, económicos y posibles. Porque a medida que el Estado de bienestar propiciado por el gobierno peronista (y mantenido claramente por los gobiernos *de facto*, al menos hasta el 66', cuando acontece el golpe de Onganía) fue cediendo, las condiciones laborales y las ventajas sociales ya no eran tan ventajosas para el trabajador. El motivo era que primero Estados Unidos, y luego y sobre todo Europa se habían restablecido plenamente de los efectos devastadores de la Segunda Guerra Mundial, y ahora se convertía en exportadora: el modelo de sustitución de importaciones funcionó en Argentina mientras no había competencia extranjera.

Si consideramos que a fines de los 60' y principios de los 70' la renta *per capita* promedio de Argentina era la más alta de América Latina, es entendible que los habitantes de países limítrofes se sintieran tentados de emigrar al nuestro. Con lo que el problema se duplicaba: ahora habría menos puestos de trabajo con más oferta laboral. Y lo que es más: la nueva mano de obra, sobre todo en los rubros concernientes a la construcción y servicio doméstico, era mucho menos exigente en cuanto a salarios y beneficios sociales, y mucho más laboriosa al momento de hacer una evaluación en términos de eficiencia.

Esto suscitó nuevas tensiones, sobre todo en el conurbano, y que van siendo hoy aún más perceptibles. Fue a partir de entonces que se impusieron y generalizaron los nuevos motes de “bolita” y “paragua” como expresiones del elocuente fastidio. Posiblemente estas expresiones xenófobas hoy hayan mermado, o al menos no se manifiesten de modo tan explícito. En las últimas dos décadas ha ido quedando claro que Argentina no es un país europeo, por más que los genes y cultura del Viejo Mundo estén entre nosotros muy presentes, sino más bien (latino)americano. Y que el mestizaje, más que una tara (!), es una riqueza.

Un intento interpretativo

Con estos elementos podemos intentar retomar la explicación de por qué somos como somos los argentinos (o los que viven en Argentina, en la medida que se van quedando). Podemos hacer la hipótesis inicial de que en general, y al menos hasta hace algunas décadas, hemos vivido en *un país naturalmente rico*, en el que había estado siempre todo lo necesario más o menos al alcance de la mano. Esto se terminó convirtiendo en un “boomerang”, ya que la vida dentro de todo apacible -tranquila, cómoda, sin guerras demasiado significativas (salvo la del Paraguay que aún así quedó “fuera” del territorio, y fue en realidad una acción políticamente vergonzosa) no contribuyó a propiciar una cultura del trabajo: con un mínimo de esfuerzo, primero el aborigen, después el criollo, luego el gaucho y posteriormente el asalariado, podían tener lo necesario para vivir bien.

Simultáneamente, este “país generoso” se convertía en una propuesta atractiva y seductora para los extranjeros. Una curiosa confluencia de fascinación, encanto y búsqueda de una *dolce vita* parecían convergir sobre todo en Buenos Aires (la “pequeña París”). Y por este motivo la ciudad se acabó llenando de gente tan variada y con motivaciones tan disímiles que terminó resultando casi imposible un proyecto común.

Porque ¿con qué modelo de país quedarnos, finalmente? ¿Con el europeizante, centrado en la ciudad, con carácter moderno, emprendedor, secularizado e individualista? ¿Con el que reivindicaba los derechos del “descamisado”, proveniente del tradicional interior, más comunitario y fiestero, pachorriento y religioso? ¿Con el de la cultura suburbana, “en tránsito” hacia no se sabe bien qué, con muchas familias indigentes y personas desocupadas? Vamos comprendiendo no sólo el por qué de nuestra congénita dificultad para establecer estrategias de desarrollo político a mediano y largo plazo, sino también las causas más profundas de nuestra esquizofrénica fragmentación social.

Pero además, si el desordenado movimiento inmigratorio, por momentos aluvial y por momentos casi inexistente -porque también esto fue “ciclotímico” entre nosotros- tuvo etapas y procedencias bien demarcadas y absolutamente disímiles, se entiende también el por qué de la imprevisibilidad que aqueja desde tiempos inmemoriales a nuestro país. En la práctica, en Argentina cada uno hizo y hace lo que quiso o quiere: para bien o para mal, nuestra irreconciliable relación con la ley, así lo posibilita.

A esto podría agregarse la *matriz caudillesca*, que se remonta no sólo al federalismo del siglo XIX, sino incluso al régimen de encomiendas y mitas que acabó prolongando en América Latina el

modelo medieval europeo del “señor feudal”. Todavía hoy en política prevalece el talante carismático y caudillesco que hace que el líder de turno imponga su voluntad, por encima del marco y orden institucional y legal previsto, y con la más o menos explícita complicidad de un pueblo obsecuente que pacta y acepta sus prácticas clientelares delegando por completo su responsabilidad cívica.

No sólo los aplaudidos y sucesivos golpes de Estado del siglo XX dan cuenta de ello, sino figuras emblemáticas (¿como la de Chávez o Maduro en Venezuela?) y al menos en su momento mitificadas como Perón, Galtieri, Menem, Kirchner, Cristina... Figuras que curiosamente provienen, al menos en gran parte, de los “incoregibles” (J. L. Borges) cuadros justicialistas, y que se repitieron sintomáticamente sobre todo en las provincias del norte (pero no sólo): hasta hace un tiempo los Romero en Salta, los Saadi en Catamarca, los Saá en San Luis, los Juárez en Santiago del Estero, los Menem en La Rioja, los Kirchner en Santa Cruz...

Y si todo depende del líder de turno, lo importante acaba siendo no el mérito y el esfuerzo, sino el “hacerse amigo del juez” (J. Hernández). Todavía hoy, al momento de postularse para un empleo -mucho más si se trata de un puesto político o de ganar licitaciones- la pregunta clave no es: “¿qué cualificación profesional debo tener o que proyecto y garantías debo idear y ofrecer?”, sino más bien: “¿con quién hay que hablar para entrar y qué porcentaje me pide?”. Porque, efectivamente, todo esto de la mano de los arreglos y regalitos..., que habitualmente son exigidos de modo excluyente “como comisión” partidaria o a título personal. Lo importante no será entonces trabajar para el bien común, sino para el líder del partido de turno, con lealtad incondicional. Por lo que las

políticas no estarán al servicio de la sociedad civil, sino ésta última en función de las oscuras ambiciones del poder.

En relación con lo que vengo comentando, en nuestro país hemos desarrollado notablemente la capacidad de “empatía intencional y seductora” para *hacer amigos* que -llegado el caso- se conviertan en “palenques donde rascarse”: como el administrador deshonesto del Evangelio, felicitado por Jesús a causa de su gran astucia, pero absolutamente reprochable en cuanto productor de “pan deshonesto” (que luego necesita ser “blanqueado” mediante inversiones inmobiliarias sobrevaluadas). Esta facilidad para el “amiguismo” la he notado de un modo muy claro viviendo varios años en Santiago del Estero, donde a menudo me venía a la memoria la imagen del “Macondo” de G. García Márquez. De ahí muchas de las ambigüedades y sorpresas que entre nosotros nos deparan (por lo menos a veces) las vinculaciones más cercanas e íntimas. Y por algo también habrá prosperado en nuestro imaginario colectivo aquello del dicho popular de que “cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía”...

Esto explica también en parte la *baja autoestima* de los argentinos, ya que no terminamos valorando a las personas (y consecuentemente a nosotros mismos) por lo que *son*, sino por el puesto que ocupan y los contactos que *tienen*. Y como todo esto es muchas veces fruto de un juego político provisorio (salvo que como dictamina la “jerga” popular “se tenga la vaca atada”, y hoy por hoy esto no resulta tan fácil), también es entendible la cambiante imagen y apreciación de sí. La autoestima estará muy condicionada por los éxitos y fracasos en cuestiones puntuales: no será la misma la que detente un funcionario cuando está en el ejercicio de su función que cuando en un futuro no muy lejano deba dejarla. Se

entiende así también al menos en parte, el origen de nuestra permanente ciclotimia: de la euforia a la depresión.

Y si lo importante no es “ser”, sino “aparecer”, el proverbial narcisismo y pseudo-soberbia del argentino medio -y especialmente del porteño que desde antaño “se engominaba y empilchaba pa’ hacer alarde”- deberá casi inevitablemente alimentarse y cuidarse con esmero como herramienta indispensable para la supervivencia: sobre todo en la gran ciudad, donde “si no te inflás no existís”. Por eso, y entre otras cosas, la pinta, el poder y el dinero “no son todo”, pero sí un magnífico porcentaje. No solo para los fugaces o no tan fugaces personajes de la farándula, sino incluso para el mismo C. Gardel...

Por otra parte, la precariedad del entorno genera una cierta *dificultad para proyectarse* más allá del propio yo, con lo que tendremos casi inevitablemente perfiles egocéntricos, autorreferenciales. O que en todo caso idealizan el entorno más cercano y seguro de la familia, con la madre en el centro, o el mundo de su celular inteligente. En este contexto preedípico será difícil ir más allá de la aspiración a salvarse y sentirse bien, incluso valiéndose de la prepotencia y la falta de consideración por los otros. (Me pregunto si esto no será una porción de la herencia traída de la Italia meridional).

Este *egocentrismo* se afianzará desde finales del siglo XIX con la observación que desde entonces se podría haber hecho de que “todos” (¿?) quieren venir a vivir a la Argentina -especialmente a Buenos Aires- y ocupar nuestro lugar. Sin embargo, este narcisismo compensatorio (no exento, por otra parte, de rasgos paranoicos adosados a la convicción de que nos han quitado o nos quieren quitar lo propio, empezando por las Malvinas) nunca suplirá

una generalmente inexistente confianza de base, que no ayudará necesariamente a cultivar y fortalecer la ingente masa de psicoanalistas (proporcionalmente la más grande del mundo) presente en nuestra megápolis, y que en cambio buscará alcanzarse o al menos perseguirse en identificaciones ajenas al propio yo y a la propia nacionalidad.

Tenemos aquí la génesis, por una parte, del desprecio al considerado semejante (porque en él proyectamos nuestras fragilidades y limitaciones), pero sobre todo de la envidia (porque en el fondo creemos que el otro es “siempre” mejor). Y también la de las largas colas en los consulados españoles o italianos: porque en Buenos Aires nada mejor para intentar afianzar esa frágil autoestima que tener pasaporte de la Comunidad europea o abuelos inmigrantes (recreando el mito de la estirpe noble y la sangre azul, al estilo de esos personajes aparentemente viles o vulgares de las leyendas que al final resultaban ser cisnes, príncipes -¡princesas!- o superhéroes). Sin embargo, me parece que últimamente lo que más está queriendo contribuir a esta adquisición de autoestima o “valor personal agregado” -porque hasta puede ser más marketinero- es haber estado una semana en Miami o Manhattan, o tener algún pariente en los Estados Unidos.

De la mano de una inmadurez preedípica va la *desconfianza por la ley*. Si bien es cierto que una imposición arbitraria, injusta y por lo tanto traumática de las normas suele generar fijaciones -y hay que tener presente que nuestra nacionalidad (que en sus habitantes experimentó sucesivamente la imposición de políticas muchas veces ajenas a sus verdaderos intereses) emergió de una antigua colonia virreinal-, también es verdad que ya pasaron muchas décadas sin que una “lectura psicoanalítica” de nuestra historia

colectiva nos hiciera levantar cabeza, en orden a poder asumir más lúcidamente proyectos objetivos, que tengan más en cuenta la factibilidad de los mismos, lo concreto y las personas que nos circundan.

No sólo que no interiorizamos la ley como tal y nos “gozamos” de poder esquivarla o ponerle coartadas “a lo zorro”, sino que -más radicalmente- no acabamos todavía de pasar del todo del plano de la emotividad al de la racionalidad responsable. O en términos de Freud, del principio de placer al de realidad. Es decir, somos inmaduros, nos cuesta vertebrar nuestra identidad, nos manejamos de manera amorfa, guiados por las sensaciones y modas del momento. Y así la publicidad nos configura...

Las razones foráneas

A todas estas cuestiones más originales y propias de nuestra idiosincrasia habría que añadir las variables externas, que en realidad fueron y van interactuando permanentemente en la gestación de nuestra identidad argentina. Me refiero tanto a las de cuño político-económico como a las ético-culturales. Entre todos estos factores que inciden, una experiencia resulta constitutivamente fundante y condicionante: la de haber nacido como colonia. Este hecho se convirtió en el “inicial reparto de naipes”, con cuyas barajas hubo después que aprender a jugar (y simular). Tomando la metáfora del juego del Truco, me pregunto si no será por eso que los argentinos disfrutamos tanto de mentir en éste nuestro juego nacional, guiñar el ojo (amagando, fingiendo y pasando “señas”), “retruca” toda opinión amenazante, “patear” el

tablero con un “falta enviado”, o irnos al mazo cuando la cosa pinta fulera.

Lo cierto es que cuando el modelo colonial del virreinato entró en crisis, la elite criolla de Buenos Aires se sintió respaldada por los intereses comerciales ingleses para declarar su propia *independencia*. Pero para el resto del país esto no modificó demasiado las cosas. Es más: las provincias sintieron que el puerto de la ex capital virreinal se enriquecía “más a sus anchas” a costa de sus riquezas, a las que -para que circularan hacia Europa o llegaran con valor agregado de Glasgow o Manchester- cobraba el religioso “peaje” aduanero. Esto exacerbó el ánimo de los caudillos, y de ahí las décadas de anarquía que sólo se estabilizarán políticamente con la Constitución de 1853 -si bien la dictadura de Rosas fue durante algún tiempo, a su modo, ordenadora.

Aunque la independencia haya sido declarada el 9 de julio de 1816, el aparentemente superado colonialismo político tenía fundamentos culturales mucho más interiorizados, sutiles y difíciles de revertir. Porque la contracara de toda dominación consiste en dejarse dominar (así legitimándola), y por eso esta observación (desarrollada en torno a la noción de *habitus* por P. Bourdieu) es aplicable a cualquier otro tipo de relaciones y vinculaciones asimétricas. Esto hizo que muchas veces el querer ser como los otros -por ejemplo, imitando la cultura francesa o inglesa- se convirtiera en puerta de ingreso para otro tipo de intereses (menos humanos, espirituales y en el fondo convenientes).

En percibir esto fue más lúcido el interior, que se daba cuenta que en realidad la nueva argentinidad no beneficiaba sino a la oligarquía porteña. Y dado que como dice el *Martín Fierro*, “si entre ellos [hermanos] se pelean los devoran los de afuera”, en el siglo

XIX y principios del XX la principal beneficiada de nuestros conflictos, a través de una inteligente actividad mercantil y empréstitos (como el de la famosa firma *Baring Brothers* en tiempos de B. Rivadavia) terminó siendo la industrializada y organizada Inglaterra -que además, junto con Francia incidía culturalmente de un modo muy notorio en el nuevo *ethos* de Buenos Aires, hecho que fue percibido como expresión de “violencia simbólica” por las provincias no hegemónicas.

Más recientemente y por motivos análogos, la posta de beneficiados del “cobro de peaje” la tomarán los grandes *bancos* y *empresas* públicas privatizadas en los 90’, los amigos del poder en la primera década y pico del nuevo milenio, los sindicatos que bloquean el funcionamiento de servicios, o los piquetes y cortes de calles que impiden o dificultan la circulación por el espacio público, tomando todos ellos a la ciudadanía por rehén. En muchos casos, el interés comercial y financiero externo se combinará con la corrupción y desmembración interna y tendrán efectos devastadores y traumáticos tanto en lo económico y político como en lo educativo y lo ético.

El indicador más elocuente y empírico de que “las cosas no se hicieron bien” -experiencia compartida, por otra parte, por países de América Latina y el Tercer mundo que han vivido procesos análogos de políticas ajenas al verdadero bien común de sus sociedades civiles- será la impresionante escalada de la deuda externa en los 90’. Si bien durante los primeros años del kirchnerismo la misma ha sido muy bien renegociada por el eficiente Ministro de Economía R. Lavagna, el pesado pago de la deuda soberana sigue siendo, hoy por hoy, uno de los escollos más difíciles de vencer para superar la postergación en que vivimos,

producida por una tan o más importante “deuda interna”. En los primeros trece años del milenio, no hemos sabido capitalizar suficientemente el “viento de cola” que produjo el aumento internacional del precio de los *commodities*, en particular la soja. Pero de la instalación de un entorno precario hablaremos en el próximo capítulo.

III. Los efectos colaterales de esa idiosincrasia

Aclaro que es debido a una cuestión “estratégica” que empiezo por el lado oscuro de las cosas, y que la intención, entonces, de “sacar a relucir trapitos al sol” no tiene un confuso origen masoquista, sino que más bien responde a la necesidad de provocar(nos) el surgimiento de lo mejor de nosotros mismos, que también es real y está presente, si bien muchas veces un tanto camuflado o aletargado. Esto se irá poniendo de relieve a medida que evolucione el ensayo, sobre todo en capítulos posteriores.

Aclaro además mi intención y perspectiva, porque en la edición predecesora de este libro, que llevó por título *Hacia una nueva Argentina*, observaba en nuestro medio *cuatro tendencias* características al momento de hacer un diagnóstico, discernimiento y proyección de nuestra vida nacional. Una que radicalizaba la percepción negativa de los hechos, ignorando (como veremos) los emergentes de una nueva sociedad. Entre la gente “pesimista” solían encontrarse algunos sociólogos y comunicadores, que focalizan su observación en los aspectos prevalentemente conflictivos de la vida social, y de un modo general la clase media baja y algunos sectores de las clases populares. En la otra punta (la de una esperanza ingenua) solían estar muchos filósofos y algunos teólogos, que tienden a manejarse en el plano del “deber ser”; es decir, en un modelo de configuración social altamente deseable e idealizado, casi utópico, sin confrontación con el mundo real.

Una tercera tendencia era la de los que procedían de las ciencias políticas y se concentran en el plano de lo jurídico-

ciudadano, normalmente desde una posición social más holgada (clase media alta). Su tentación podía ser la de excluir o negar la existencia social a todas aquellas realidades que no se ajustan a su diseño normativo de la *polis* (es decir, que no cumplen con las estrictas normas de los así llamados “ciudadanos”, en la acepción “patricia” de la expresión). Una cuarta visión la encontraba en el mundo de la economía empresarial. Aquí la simplificación se producía al dar por descontado que lo que lo único que interesa al momento de hacer un diagnóstico de la realidad son los índices de crecimiento o recesión económica (ya que existía una fe ciega en que las leyes del mercado eran de por sí autorreguladoras de la vida social, sin hacer notar que de no existir otras instancias - significativas y complementarias- solía tenderse a la desigual distribución del ingreso y a polarizaciones cada vez más notorias, injustas y peligrosas que finalmente terminaban bloqueando el desarrollo socio-económico buscado).

Hoy las cosas han cambiado decididamente. Las apreciaciones se polarizan en dos. Los únicos optimistas son los sectores oficialistas, procedan del ambiente social que procedan: política (“La Cámpora”), medios de comunicación (ejemplo, 678, Víctor Hugo Morales), educación, etc. Ocasionalmente, quienes se benefician de planes sociales, dólar subsidiado para turistas (!), privatizaciones sin riesgo ni obligación de inversiones, etc. Todos los demás, en cambio, tienden a ser levemente pesimistas (o muy pesimistas, como el denominado Grupo “Clarín”), o intentan vivir en cierto modo “a-políticamente”, con perfil bajo, sin hablar mucho ni emitir opiniones. Tampoco se observa de momento una oposición activa y creíble que logre organizarse y articular una iniciativa convincente a nivel nacional. Por su parte, el Episcopado argentino

está preocupado por temas concretos, humanamente más relevantes: el avance impune del narcotráfico, la trata de personas, la disgregación de la familia y la desvalorización de la vida humana.

En mi análisis (aquí y en los capítulos siguientes) quisiera lograr dar cuenta de las percepciones y proposiciones tanto positivas como críticas, integrándolas satisfactoriamente en un discurso interpretativo y propositivo, si bien no de un modo parejo en cada capítulo. Por ejemplo, así como hasta ahora subrayé el enfoque antropológico-cultural, estoy haciendo otro tanto aquí con la percepción sociológica. Cuando hable de los criterios tendré más en cuenta lo político, al abordar temáticas referentes al discernimiento consideraré la ética filosófica y teológica, en lo estratégico incluiré más decididamente lo económico, etc.

Hecha esta aclaración, me concentro en lo que compete al presente capítulo, que surge de la siguiente convicción: muchos de los rasgos de nuestra idiosincrasia referidos en páginas anteriores, al combinarse con intereses foráneos o los de una mala dirigencia nacional, falta de normas claras, impunidad jurídica y carencia de iniciativa económica, acaban generando pobreza y postergación. En realidad, podría decirse también que todos estos componentes constituyen aspectos relevantes del subdesarrollo actual de un país como el nuestro.

Tipificación del problema

Para hacerlo, quisiera detenerme primero en algunos cuadros de la pobreza que hoy padecemos, y que tuve oportunidad de ir observando en mi trabajo pastoral y docente por diferentes regiones

del país (sobre todo Santiago del Estero, Buenos Aires y el conurbano bonaerense). Nuestra pobreza es la que se refleja en tantos hombres y mujeres desocupados sin perspectivas de “calificar” para los empleos posibles; sin niveles de “excelencia” reconocidos, y que por tanto se encuentran muchas veces vencidos por la desesperanza. Particularmente preocupante es la cantidad de personas entre 15 y 30 años que ni estudian ni trabajan, y apenas sobreviven en una especie de vagabundeo urbano.

Es pobreza también la que tiene sus rostros en el creciente número de hogares deteriorados y familias sin techo, con miles de niños mal alimentados que a su vez desertan de la escuela, o se eternizan en ella sin posibilidades reales de adquirir una formación de calidad. También en los ancianos sin una digna cobertura médica y con una (por lo general) magra jubilación, ya que se ha venido universalizando la costumbre de no reconocérseles la integridad de sus haberes y derivar los fondos del ANSÉS a otros fines. Nuestra miseria es la que queda testimoniada en la paradójica y dolorosa constatación de que “en el país del trigo y las vacas” tiende cada vez más a aumentar (con posibles fluctuaciones, excepciones y retrocesos) la brecha entre los que tienen mucho y se desentienden de los que “quedan afuera” -como el rico Epulón de la parábola evangélica-, y esa otra y creciente multitud que sigue viviendo en condiciones de indigencia, muy por debajo de lo exigido por la dignidad humana -como Lázaro en ese mismo pasaje.

Para intentar describir y analizar esta realidad preocupante, creo que sería conveniente dividirla en tres grupos que expresan la concatenación y evolución del problema *in crescendo*. El primero, más invisible a primera vista pero habitualmente registrable en estadísticas y conversaciones esporádicas, se ve caracterizado por

una de las principales causales directas de la pobreza: la caída del empleo, que en el 2002 trepó al 25% y hoy ronda los ocho puntos, pero contabilizando los planes sociales, que en ocasiones parecen subsidios encubiertos de desempleo. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (=INDEC), por ejemplo, en provincias como Chaco o Formosa prácticamente no habría desempleo, lo cual es a simple vista evidentemente falso. Habría que considerar también el deterioro en cuanto a dignidad de muchos empleos, incluyendo a las mismas personas contratadas en negro por el Estado. Estas últimas cuestiones son más difícil de medir, porque además fluctúan o se esconden.⁵ Tal vez podría hacérselo en términos estadísticos de “satisfacción”. También hoy mucha gente está vinculada a la industria del turismo o la moda: ¿pero hasta qué punto lo que finalmente se vende y comercializa no acaba siendo la propia imagen?

El segundo grupo incluye personas que denotan exclusión, marginación e indigencia, y sienten (además) esa situación social de postergación como un estigma: es tal vez el más visible y documentado, dado que por otra parte los medios se han hecho eco y han mostrado muchas de estas realidades en estos últimos tiempos. Se manifiesta en los nuevos asentamientos y villas de emergencia, más de mil ochocientos en todo el país, pero también en las personas en situación de calle. Son también los jóvenes que ni estudian ni trabajan, condenados por lo tanto a un no futuro.

El tercero es más sutil: es el que se va revelando de a poco, con el paso del tiempo, y que acaba reflejándose en el profundo deterioro de la calidad de vida de los argentinos. Se asocia a la

⁵ Ni una empleada doméstica extranjera indocumentada dirá que no está en regla porque será repatriada, ni alguien que fue contratado por mera adscripción política -sin méritos particulares- exigirá ser puesto en blanco.

creciente precarización, el deterioro del espacio público, la inseguridad, el aumento de la delincuencia y el consumo de drogas, el deterioro de la educación y el sistema sanitario público.

Las caras del desempleo

Me voy a detener en algunas realidades representativas del efecto negativo que puede tener (y tiene) en la vida de las personas el desempleo. En sentido estricto, la franja de los *desocupados* tiende a ser un grupo socialmente invisibilizado, a no ser porque cobra algún plan social o a causa de su parcial incorporación a grupos “piqueteros”, de protesta o “choque” (como los “barrabravas”) en ciudades como Buenos Aires. Y esto porque la persona que pierde el empleo, si realmente lo desea y ya no lo encuentra (por ejemplo, a causa de la edad o la falta de capacitación específica) se siente avergonzada y minusvalorada. Si el trabajo dignifica, nada más deshumanizante que verse imposibilitado o significativamente limitado al momento siquiera de intentarlo. Si tiene un sentido de dignidad, el desempleado se verá a sí mismo, cada vez más, como un “paria”.

Me parece que la “tragedia” del desempleo la vivencia mucho más profundamente el varón, ya que de su actividad suele depender en gran parte la imagen de sí. Es cierto que la mujer también puede sentirse asfixiada en su casa, o verse agobiada al extremo al ver con hambre a sus hijos, pero en verdad culturalmente se tendió a poner más sobre las espaldas del marido la responsabilidad de traer un ingreso al hogar: en última instancia es él el que se siente obligado a hacerlo (como sea). Este es

además un motivo no poco importante por el que al desempleo suelen suceder conflictos familiares, por ejemplo, a partir de tensiones prolongadas y pensamientos negativos, que finalmente pueden conducir a la separación o fragmentación de la familia, o también a la depresión, retiro o alejamiento de alguno de sus miembros. Por eso no es raro observar composiciones matriarcales de familias donde el esposo-padre es inexistente o al menos no cuenta.

Me da la impresión que el evitar este desenlace depende mucho de los recursos humanos y de la creatividad con que pueda sostenerse una situación prolongada de paro laboral. Estos recursos y creatividad pueden estar asociados al temperamento de las personas involucradas, pero también a la educación y capacidad de iniciativa de las mismas. Hoy la cuestión reviste un problema mundial, y sorprendentemente lo vive con mayor hondura la sociedad europea, que hasta tiempos recientes había gozado de un Estado de bienestar más que satisfactorio. El desarrollo de la robótica y la informática, el crecimiento exponencial de las economías china e india, entre otras, consolidó el problema del desempleo estructural. Si hasta hace algunas décadas el problema era la explotación del trabajador, hoy lo es la exclusión de “masa sobrante”.

Lo cierto es que la inactividad y el abandono son siempre negativos. Y en todo caso, ya que probablemente muy pocas veces será factible el necesario apoyo psicológico, la contención familiar (recíproca entre sus miembros) parecería ser una salida conveniente. Las personas somos más de lo que hacemos: no podemos juzgarnos a nosotros mismos únicamente como *hominis faberes*. No obstante, es importante que, sin bajar los brazos,

hagamos todo lo posible para estar creativamente ocupados. Procurando que lo que hacemos resulte útil de algún modo también a los demás. En este sentido, las actividades vinculadas a voluntariados en ONG's constituyen también una alternativa válida.

La imaginación para encontrar caminos laborales alternativos -imaginación muchas veces aletargada por un ex "Estado de bienestar" que todo lo proveía y que de todo se encargaba- parece el mejor punto para focalizar las energías disponibles. Proceso no fácil, evidentemente, pero que sin embargo puede verse alentado por la cercanía de otras personas, o incluso por una fe religiosa. Porque lo importante es que no se pierda la esperanza, de modo que siempre quede una luz o espacio para abrir la conflictividad presente hacia el futuro. Porque si el conflicto se encierra en sí mismo sólo puede esperarse la (auto)destrucción y la muerte.

Creo también que la experiencia de desempleo es más dramática en las regiones del país donde prevalece una población descendiente de inmigrantes europeos que en aquellas más tradicionales, con un mestizaje sedimentado de siglos, y donde las personas encuentran otros valores en los que pueden apoyar su valía y reconocimiento. Porque es sobre todo en medio de un entorno eminentemente activo y laborioso donde más puede sentirse estar desentonando, dado que las expectativas sociales o familiares son mayores. O también, dentro de la generación denominada "X", construida a partir de la experiencia e identidad laborar, que dentro de la nueva generación "Y", que aprendió a no tomarse tan en serio el trabajo, y a configurar su identidad a partir de otros parámetros (pertenencia a grupos y redes, diversión, *hobbies*, etc.).

La cultura tradicional, en cambio, tiende a propiciar que las personas logren de uno u otro modo ocuparse en formas de colaboración y actividades que permitan “ir tirando”, ser útiles al grupo familiar y continuar siendo socialmente aceptadas. Por eso se da el curioso descenso de la tasa de desempleo en lugares donde no necesariamente se lo busca con la vehemencia que se lo hace en ámbitos urbanos en crecimiento, dado que en aquellos contextos “hacer algo” puede ser importante, pero no lo es todo. Así, en lugares como el noroeste o noreste (o como sucede también en Bolivia), las bajas tasas de desempleo no son buenos indicadores de la situación real de indigencia que muchas veces padece una región. En el caso de los ámbitos suburbanos me parece que la situación es intermedia, ya que por lo general son lugares en los que tendieron a prevalecer modalidades laborales inestables y esto se fue “haciendo cultura”. Aquí también ayuda el hecho de que los grupos humanos de convivencia, familias en sentido clásico, ensambladas o convivientes, sean más numerosos.

En algunas ciudades, una clara imagen del desempleo la ofrece el *subempleo*. Por ejemplo, en estos últimos años hemos sido testigos del surgimiento de numerosos vendedores ambulantes. Visualizados en los lugares más concurridos de las ciudades, en peatonales, esquinas y puestos improvisados, en trenes, colectivos, estaciones o subterráneos, vendiendo ofertas desde \$5, se convierten en multitud que va y viene a lo largo de la jornada, para al final sólo juntar lo justo como para llevar un poco de pan a la mesa familiar. Porque si bien el rédito de este tipo de emprendimientos depende en gran parte del capital disponible, podrá comprenderse que por lo general éste último será siempre mínimo. En ocasiones es el mismo núcleo familiar el que emprende

estas modalidades laborales informales. En otras, los puestos de venta se organizan a gran escala, como los ya emblemáticos *stands* de La Salada o los manteros de la calle Florida en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires.

Lo cierto es que cualquiera que ande un poco por la calle difícilmente dejará de escuchar varios ofrecimientos al día: en muchos casos podrán parecer hasta imposiciones. Como la limpieza del parabrisas de los vehículos ante la obligada detención en los semáforos, que posibilitan a los jóvenes o adolescentes que a ello se dedican la obtención de unos \$3500 al mes, o las dramáticas escenas que en ocasiones pretenden mover a compasión u obligar a comprar -incluso con una especie de “chantaje” moral- en transportes públicos o puertas de algunos templos. O también con actitudes y gestos de tinte cuasi-extorsivo, como los famosos “trapitos” capaces de rayar el auto o permitir su desaparición si no se paga el dinero estipulado para su protección. En algunos casos, estas iniciativas pueden combinarse con estrategias y modos de presión políticas o jurídica (como el caso de los ex combatientes de Malvinas), que terminen conduciendo al reconocimiento de algún tipo de derecho postergado.

Visto desde la perspectiva de quien de algún modo necesita unos pesos sí o sí, podrían resultar comprensibles estas actividades y modos de proceder. Pero quienes tienen negocios “en regla” y pagan los impuestos se quejan de esta competencia desleal (porque además, en muchos casos sus ingresos terminan siendo menores). Desde una perspectiva política, tiene que preocupar este notorio desplazamiento masivo hacia el sector informal, raramente productivo, porque no hace más que redistribuir la pobreza, sin generar valor agregado.

La realidad parecería indicar que si no existe una planificación ordenada que motive el surgimiento de empleos productivos, el ingenio de la población se vuelca prevalentemente en lograr vender “espejitos de colores”, más que en buscar crear, innovar o inventar fuentes genuinas de ingreso y servicio. O también que, de la ausencia de políticas claras de estímulo y promoción, acabará beneficiándose el que “grita más”, y no el que trabaja a conciencia (cumpliéndose posible y paradójicamente lo de A. Discépolo: “el que no llora no mama, y el que no afana es un gil”).

A mayor escala no deja de ser notorio también la exagerada inversión de inteligencia en publicidad (ingeniosa y humorística) de que hace gala nuestro país. Si bien los variados modos que idean los anunciantes se asocian necesariamente a las estrategias de *marketing* y generación de consumo, y esto activa el movimiento de la economía en un país, no dejo de cuestionarme acerca de si realmente nos termina sirviendo una sobre oferta de productos que en realidad pueden terminar siendo no sólo no tan necesarios (y a veces superfluos), sino incluso perjudiciales. Me pregunto si no sería más conveniente hacer todo lo posible para que esa energía y creatividad -utilizada en dosis infinitamente menores en la rutinaria tarea de repartir volantes publicitarios en las esquinas- se desplazara hacia sectores de la vida pública en los cuales se pudiera ofrecer una mejor atención a verdaderos problemas sociales.

Una de las expresiones más significativas y hoy controvertidas del desempleo -pero curiosamente sólo surgidas a partir del 99'-son los *movimientos piqueteros*, que aparecieron a modo de “nueva edición” de los clásicos paros generales y demás gestos de protesta en Plaza de Mayo por parte de los trabajadores (como fueron los

memorables -por reiterados- que organizaba periódicamente S. Ubaldini en tiempos de R. Alfonsín). Pero en el caso de los piqueteros se añade una importante diferencia: quienes ahora “se hacen ver” cortando puentes, rutas, accesos y calles, ocupando McDonald’s, hoteles cinco estrella y casinos, o destruyendo comisarías, ya no son trabajadores sino (al menos formalmente) personas y familias desocupadas, o que dicen representar a quienes están desocupados. Sus primeros exponentes, ya sean los del denominado bloque “duro” (Castell) o los del no tan “blando” (D’Elía), fueron generando un progresivo rechazo por parte de la gran mayoría de la población, que llegado el momento de los comicios los vota sólo en porcentajes ínfimos. Lo que en estos últimos años más bien se percibió, es que surgieron ininidad de iniciativas y reclamos que se canalizaron por el lado del corte de calles y avenidas, rutas y autopistas, para conseguir los más variados beneficios: aumento de salarios, servicios sanitarios, liberación de algún detenido, ser recibidos en algún despacho público, planes sociales, etc.

Si bien es cierto que estos grupos expresan su irritación y disconformidad con anteriores políticas de gobierno reductoras del empleo público y que reclaman trabajo, también lo es el hecho empírico de que en todo esto se mezcla inevitablemente una suerte de “pulseada política” donde el común denominador de la tentación pareció haber sido muchas veces el arreglo de compromiso (o “tranza”). Hubo temporadas en las cuales, a raíz de tantos cortes y protestas, en el centro de la ciudad de Buenos Aires era casi imposible desplazarse con normalidad o prever horarios de llegada. Al respecto, creo que es una buena decisión la de buscar “peatonalizar” gran parte del microcentro porteño.

Como el exceso de paros generales de las dos CGT's en la época de Alfonsín (a que hacía referencia anteriormente), también hoy la sistemática movilización piquetera o de grupos autoconvocados deja sus interrogantes con respecto hasta qué punto todo esto puede terminar gestando y promoviendo una cultura del trabajo. Si bien en algunos casos permiten entrever un interés renovado por participar en la cosa pública, en otros son causa de preocupación, pues hieren directamente los derechos de terceros (por ejemplo, los de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, cuyos espacios públicos son sistemáticamente deteriorados). Las posibles acciones violentas -originadas por los mismos grupos de protesta o por la policía en contra de ellos- pueden incluso desembocar en un ambiente de anarquía generalizada. Algunos incidentes -como los acaecidos en la Legislatura porteña a mediados del 2004, o unos años después los protagonizados por la policía metropolitana en los terrenos dependientes del Hospital Borda- dan cuenta de esta amenaza permanente.

El dramatismo de la exclusión

El desocupado todavía entiende su identidad a partir del trabajo que tuvo o espera. El excluido, en cambio, se percibe y es percibido por la sociedad como "sobrando". Ya no se trata de que lo exploten (cosa que tal vez hoy -a diferencia de lo que ocurría en los 70'- preferiría), sino que más bien siente que "está de más". Como si le dijeren: "las cosas funcionarían mejor en nuestra sociedad si vos no existieras". O peor aún: tendrá la paranoica convicción de que los otros (los "incluidos") así ven la cosa pero jamás se lo van a decir. El excluido es de pronto "invisibilizado", y pasa a llevar vida

de “zombi”. De ahí el mayor dramatismo de esta situación que generalmente es concomitante con la franja social situada por debajo del límite de indigencia. A esto se añade que, en ocasiones, genera “eufemísticos” y cuestionables métodos de esterilización y control de la natalidad (¿salud reproductiva?), también a nivel mundial; se convierten en “mulas” para la circulación y referentes para la comercialización y consumo de drogas, o en blancos para la prostitución, trabajo esclavo y delincuencia vinculados con la trata de personas.

Dicen los obispos argentinos que “acostumbrarnos a vivir en un mundo con excluidos y sin equidad social, es una grave falta moral que deteriora la dignidad del hombre y compromete la armonía y la paz social”. Al respecto, sería interesante hacer un estudio serio y desapasionado acerca del concomitante crecimiento del desempleo y la violencia en el mundo de hoy. O también la vinculación de esta última con la existencia de jóvenes que “ni” trabajan “ni” estudian. Tanto la codicia y el lucro ambicioso e inmoderado, como la protesta inconformista y violenta tienden a complicar este cuadro de situación hoy por hoy ya más que difícil.

Uno de los indicadores más visibles de la exclusión es la aparición de los *nuevos mendigos*. Esto fue más que evidente en 2002-2003, pero a partir de entonces se convirtió en un fenómeno persistente, en ocasiones asociado a encuentros ocasionales y “chicos de la calle”. Si bien es cierto que siempre hubo gente pidiendo a las puertas de las iglesias, también lo es que hoy hay más: a la puerta de cada una de ellas se multiplican los conflictos entre personas que se disputan el derecho de pedir algo a los feligreses que entran o salen de los templos.

Siempre hubo chicos en Retiro o en los trenes buscando centavitos o limosneando con estampitas porque sus padres así los mandaban a trabajar: pero en este último decenio hubo más. Siempre existió gente tildada de “vaga” que incluso siendo joven evitó el trabajo (“porque le hacía mal”), pero en estos últimos años el número se exponenció y se hizo cultura como consecuencia del desaliento y la depresión: cada vez se hace más difícil “calificar” para un empleo, ya que todo se tecnifica y especializa. Desde tiempos inmemoriales hubo oscuras asociaciones que explotaron al indigente, pero hoy se van haciendo cada vez más habituales en nuestro país el tráfico clandestino de personas (niños desaparecidos, migrantes ilegales, comercio de órganos), la prostitución de menores, la extorsión física o económica por parte de bandas (que en ocasiones están asesoradas por miembros que pertenecen o pertenecieron a instituciones de fuerza pública), los robos de automóviles que terminan en desarmaderos, o de celulares inteligentes que se revenden en sectores marginales, etc.

Por otra parte, cada vez son más los docentes del conurbano que -conversando con ellos- me hacen notar que sus alumnos no rinden (e incluso se les desmayan) en clase por el hambre, o que han dejado de asistir a clase porque comenzaron a consumir “paco”. Muchas escuelas se han convertido en comedores o, simplemente, en espacios de contención para niños y jóvenes con escaso futuro. Afirmaban ya hace diez años los obispos que “hoy nos parece normal ver a hermanos nuestros buscando comida entre los residuos”.

En este contexto, al disminuir hacia el 2002 los puestos de trabajo ofrecidos otrora dadivosamente por el Estado, y al haber recortado éste gastos y reestructurado su personal las empresas

privadas, conseguir empleo se podía tornar cada vez más una “misión imposible”. Diez años después, el Estado Nacional vuelve a ser el gran empleador y asignatario de concesiones de obra pública y empleos, pero envueltos estos últimos en un importante marco de precarización, y condicionando todo a las consabidas afiliaciones políticas, en desmedro del bien común. Ni siquiera los títulos profesionales habilitantes y demás postgrados -los cuales fueron ofrecidos en estos últimos años a granel por parte de las antiguas y nuevas universidades del país (que además se han multiplicado “como hongos” en estos últimos años, sin suficiente decantación, o como meros vehículos para derivar fondos públicos hacia la política)- pueden llegar a asegurarle a los alumnos algo más que una mera “empleabilidad” en ámbitos privados. Es decir, la posibilidad de “tal vez” llegar a conseguir empleo digno e independiente, del que no haya que rendir cuentas al oficialismo de turno.

Esto a su vez se complica porque -al menos hasta hace poco- en nuestra historia nacional no se propició la mentalidad emprendedora: todo lo contrario, incluso a través de la educación en ocasiones se contribuyó a dismantelarla o aletargarla (ya que por lo general los planes de estudio insisten en lo que “fue y se hizo” más que en lo que “podría ser y hacerse”, como sí tienden a hacerlo, por ejemplo, las universidades de los países nórdicos). En todo caso, nuestra mentalidad emprendedora se restringe a lo que puede gestarse en pequeña escala y a nivel individual, pero sin suficiente valor agregado y trabajo mancomunado en empresa.

Esta situación se complica aún más porque, mientras que en otros países subdesarrollados el Estado nunca se hizo cargo muy en serio de lo social y entonces la gente siempre se vio obligada a

buscar rebusques y trabajo por cuenta propia, en Argentina, en cambio, se fue instalando la mentalidad del “me tienen que dar”. Y así fue sucediendo que incluso los recursos que hasta hace unos años funcionaban, como el clásico kiosco de barrio instalado en una piecita con la ventana a la calle, o el taxi o remis comprado con la indemnización recibida (junto a la declaración de prescindibilidad) en una fábrica a poco de ser privatizada, hoy no sólo que ya no reditúan -de modo análogo a como sucede actualmente también en Italia o España-, sino que -por el contrario-, expone a robos (domiciliarios), crímenes y secuestros. O en el mejor de los casos, a ir perdiendo de a poco el capital inicial...

Me decía un hombre joven que cada vez que me encontraba me pedía algo, y a quien en una oportunidad le “sugerí” algunas actividades posibles para ganarse dignamente el pan: “Estoy cansado de pelear la vida”. Y creo que no era un caso aislado lo que vivía este muchacho. Siempre hubo gente que se abandonó, pero hoy el estrés diario por “apechugar” día a día genera muchos más casos de gente que claudica con desesperanza. Tal vez hoy esto no se viva con el mismo dramatismo que en 2002, pero la restricción de posibilidades provoca cada vez más expresiones de resignación, incluso en personas con pocos años a costas. Y lo peor que muchos ni siquiera se animan a empezar...

Otro indicador son los *habitantes de la calle*. Cuando en 1997 estuve en San Pablo (Brasil) me había llamado mucho la atención la cantidad de gente que vivía literalmente en la calle, durmiendo debajo de puentes o alimentándose precariamente en comedores improvisados. Y hoy esta realidad la tenemos y constatamos entre nosotros, en plena Capital Federal, como fenómeno ya instalado y más que habitual para unas ocho mil personas. Digo esto porque

quienes habitamos o trabajamos en Buenos Aires hacemos a diario experiencia de salir por la mañana y encontrar personas durmiendo al reparo de algún techo en la calle (abrigados con frazadas y cartones), o que están preparando sus cosas para seguir la jornada en el microcentro. A veces podemos encontrarlos en algún rincón de una estación de subte, a la que seguramente habrán llegado para dormir ni bien se hubo abierto la puerta.

Es cierto que el Gobierno de la Ciudad implementó casi una treintena de centros o albergues en los cuales las personas en situación de calle pueden acudir para dormir, comer e higienizarse. Pero está también la cuestión psicológica, el trato que se brinda, los compañeros de albergue o la misma provisoriedad del hospedaje, como también los inevitables aspectos burocráticos -comenzando por la misma documentación que no siempre se tiene-, lo cual hace que muchas personas terminen no acudiendo a estos lugares.

En algunos casos, las personas en situación de calle permanecen en estas condiciones de vida a lo largo de la semana, evitándose así la prolongada y extenuante caminata diaria de ida y vuelta hacia sus casas situadas en la periferia -ya que no hay para el colectivo o el tren, y en todo caso no sería menos incómodo ese tipo de traslado cuando se han juntado grandes bultos de desechos. Muchos de ellos posiblemente se dedicaron a “cartonear” hasta altas horas de la noche; otros probablemente no tengan un programa definido para el día. Llevan una vida de itinerancia, literalmente a la intemperie, que tal vez pueda proseguir gracias a la “piadosa limosna” de algún ocasional transeúnte.

Junto a los “sin techo” de la ciudad están *los sin tierra* del campo. Gente que tal vez por motivos análogos tuvo que vender su propiedad, o se vio tentada a hacerlo. Familias tal vez habituadas

desde hacía varias generaciones a un tranquilo estilo de vida rural, donde bastaba con dar de comer a los animales, seguir el ritmo de la cosecha o buscar leña en el monte para hacer carbón y vender, que de repente van experimentando dificultades internas o externas para continuar viviendo de ese modo: se fueron los hijos, ilusiona la ciudad, les roban los animales, ya no tienen tanto espacio disponible para criarlos, lo que se produce no rinde, el agua se contamina, los campos vecinos se fumigan y envenenan el aire, y entonces son tentados con una buena oferta de dinero por su tierra para luego cultivar soja...

Tal vez seducida por los destellos de la ciudad, o más probablemente, complicadas por falta de asesoramiento o recursos al no haber logrado o podido escriturar su propiedad inmobiliaria (porque además no lo consideraban necesario), habiendo terminado por encontrarse con "alguien" -generalmente un terrateniente o empresario de otra parte- que tenía ese título que le legitimaba ahora la propiedad como suya (desconociendo, tal vez, sus reales poseedores lo de la prescripción veinteañal que tornaría inválido este título), recortados de tal modo los espacios de pastoreo para una economía ovina o caprina sumamente extensiva y de subsistencia, acaba siendo más conveniente para la familia (que al menos así lo juzga) vender lo que queda y retirarse con destino y arraigo incierto (¿tal vez para terminar durmiendo al reparo de algún rincón en las calles de Buenos Aires?).

Para una persona o familia de campo, dejar la tierra no es solo cambiar de casa. Es abandonar la posibilidad de continuar con un estilo cultural, sin saber si luego podrá adaptarse al *hábitat* urbano. Posiblemente lo hará la siguiente generación, pero probablemente no la presente. En todo caso, queda bastante

limitada la dimensión estrictamente humana de la vida. Se pasa del arraigo al anonimato, de la tierra a un “no lugar”, del silencio al bullicio y la inseguridad, de la paz a la casi inevitable violencia. Y fácilmente los hijos sucumben a las tentaciones de la droga, el alcohol y el sexo.

Todas estas manifestaciones de la exclusión que fui describiendo favorecen notablemente el aumento de la *violencia*. No sólo los eventos de diciembre del 2001 -cuyas imágenes recorrieron el mundo- dieron cuenta de ello, sino también y sobre todo la agresividad en las relaciones interpersonales, los robos cotidianos, los asesinatos de policías y los secuestros extorsivos, los cuales han generado en estos últimos años una profunda sensación de inseguridad. Lo más notorio, al respecto, fue la aparición hace ya algún tiempo del “fenómeno Blumberg”, con sus dos convocatorias en la explanada del Congreso, con más de ciento veinte mil personas silenciosamente presentes con velas encendidas en sus manos. Pero también las convocatorias posteriores por medio de las redes sociales, fueron expresiones más que elocuentes de la “sensación de inseguridad” y desprotección que vive un vasto sector de la población.

Un claro indicador de la tensión con que habitualmente convivimos está en la variada gama de motivos por los que las personas suelen entrar en conflicto (por ejemplo, discutiendo, insultando, pleiteando): un problema de tránsito, un puesto en la cola, un trámite público interminable, una “equivocación” en las cuentas, un supuesto accidente de trabajo, etc. La violencia se fue expresando cada vez más en los estadios de fútbol (o en sus inmediaciones), a los que ya no pueden ir los hinchas visitantes como antaño, o en los que las diferentes facciones de barrabravas

intentan ajustar cuentas; en los festivales de rock (hace algún tiempo, con la actuación de los Redonditos), frente a la legislatura porteña (a mediados de la década, a causa del tratamiento del Código de Convivencia) o en la facultad de derecho de la UBA (cuando también por aquel tiempo vino Fidel Castro).

Pero también en los permanentes arrebatos y robos domiciliarios violentos, en el aumento de los índices de criminalidad, las mafias asociadas al narcotráfico y la trata de personas. Todo aquello que desde hace ya casi dos decenios se viene denominando “inseguridad”. La violencia cotidiana se ve además nutrida por iconos inspiradores que trascienden nuestras fronteras nacionales: la sistemática política belicista de los Estados Unidos, los atentados de Al Qaeda o Hamás (que se hacen cada vez más frecuentes y destructivos), más recientemente los conflictos en Siria y Medio Oriente, etc.

Ante la cada vez más perceptible violencia, una lacerante experiencia de inseguridad parece sugerir un estratégico repliegue defensivo sobre sí mismo. Esto hace que -sobre todo entre algunos sectores de la clase media- se deterioren los vínculos humanos (ya que se sospecha de todos), y que el entramado social bajo muchos aspectos se vaya deshaciendo (dado que son pocas las personas en las que se puede terminar confiando).

Pero como las protestas y el ruido acaban siendo permanentes y parece perderse el concepto de “ciudadanía”, puede recrudescer también la recurrente tentación de la “mano dura”, de militarizar la vida social sumando más policías y fuerzas, de hacer justicia por mano propia, de aumentar el rigor de la ley en sus penas (que probablemente terminarán siendo aplicadas a delincuentes “jóvenes, pobres y de tez oscura”, pero no a los más sutiles y

encumbrados de “guantes blancos”), de formar grupos comandos parapoliciales. O por el contrario, de simplemente resignarse a que, de ahora en más, las cosas serán siempre así, y que habrá que aprender a convivir con la inseguridad como en otras épocas se convivía con esporádicas pestes.

Si lo miramos desde una *perspectiva psicológica*, la violencia aflora por sentimientos de frustración, exclusión e impotencia. Es como la fiebre en un cuerpo social enfermo: de poco serviría recetar antipiréticos (por ejemplo, medidas de policía y control más severas, o exacerbar la amenaza simbólica llevando “palos y capuchas”) si no se ataca el mal por la base. Detrás de la violencia está la inequidad de una sociedad con aberrantes desigualdades e injusticias, pero también el oportunismo de quien piensa que “a río revuelto ganancia de pescadores”. Ya en 1967 hacía notar Pablo VI en su conocida encíclica *Populorum Progressio* que en el mundo contemporáneo existían “ricos cada vez más ricos” que lucraban con la pobreza de los “pobres cada vez más pobres”, y que “el desarrollo / la justicia es el nuevo nombre de la paz”. A su vez, Juan Pablo II destacaba en su carta encíclica *Centesimus annus* que la primera responsabilidad en el desarrollo le compete a los mismos afectados, según el clásico concepto de “subsidiariedad” esgrimido por la doctrina social de la Iglesia.

En nuestro país, las sistemáticas políticas de ajuste, como así también las sucesivas prácticas corruptas (por momentos despilfarradoras, muchas veces clientelares, habitualmente discrecionales) en los gobiernos de estos últimos decenios, fueron deteriorando el poder adquisitivo de los bolsillos y esquivando sistemáticamente el “fardo” y desafío de promover el bien común e institucional del país. No obstante y aún así, todas estas

constataciones no pueden convertirse en una justificación del desorden, o de la falta de respeto por la vida, integridad o propiedad ajena: porque el caos no hace sino complicar las cosas y no soluciona los problemas de fondo sino que normalmente los agrava. Pensemos, por ejemplo y como ideal no deseado para nuestra nación, en las consecuencias trágicas que a mayor escala fue teniendo para la población iraquí la “resistencia” armada liderada por el sector chiíta frente a la moralmente inaceptable invasión y presencia de los Estados Unidos en ese país, o lo que hoy está aconteciendo en Siria.

Una vida que puede irse deteriorando

Hay situaciones estructurales de progresiva pobreza que expresan las consecuencias de la crisis a mediano y largo plazo. Sus indicadores tal vez no siempre provoquen inmediatos sobresaltos o reacciones contundentes, pero sus síntomas son comparables a los de una asfixia progresiva e intoxicante. Sus figuras psicosociales más significativas son la fuga evasiva (emigración incluida) o la angustia depresiva. Es cierto que en 2013, esta experiencia tiene decibeles muchos más bajos a los de diez años atrás: es cierto que hemos ido adquiriendo una cierta medianía al respecto, sin demasiadas expectativas ni pesimismo.

Sin embargo, existe un deterioro, sensible especialmente en los sectores más pobres, que tiene por destinatarios en primer lugar a *niños, enfermos y jubilados*. Aunque dispares en su edad biológica, todos ellos tienen en común una particular fragilidad en sus condiciones de vida, ya sea porque todavía tienen que crecer o

porque (ya) no pueden valerse plenamente por sí mismos. Por este motivo necesitan, de un modo particular, de la función solidaria de sus familias y de la sociedad (sobre todo a través del Estado).

En estas últimas décadas, sin embargo, las posibilidades reales de contención familiar y los servicios de los hospitales públicos han venido en caída libre, y los montos de las jubilaciones se han ido licuando cada vez más, mientras que los juicios iniciados al respecto contra el Estado marchan a paso lento. Resulta escandaloso que el dinero del ANSÉS, el organismo nacional para la previsión social de jubilaciones y pensiones, se utilice para subsidiar ferrocarriles (!), que, de todos modos funcionan cada vez peor y protagonizan periódicamente inexplicables accidentes con decenas de muertos y centenas de heridos.

En la mayor parte de los hospitales del país no existen los insumos básicos para una atención sanitaria (a no ser de urgencia y “hasta ahí”), y la remuneración del personal es sumamente bajo. Además, quienes trabajan en las guardias de estos hospitales, se encuentran muy expuestos a diversificadas presiones y expresiones de violencia, y no siempre lo hacen con vigilancia policial. Es cierto que en los centros hospitalarios de Argentina se atienden muchos habitantes de países limítrofes, y que en términos estadísticos, aumentó significativamente el acceso a la salud privada y las prepagas. Pero las clínicas y medicina privada de calidad (que por su parte procuran lucrar lo más posible a costa de las Obras Sociales y Prepagas, llegando a dar cauce a operaciones y tratamientos superfluos) están al alcance de sector limitado de la población. De todos modos, es justo decir que en este rubro la situación sanitaria en la última década tendió a mejorar.

En contrapartida, hoy prosperan los juicios por mala praxis que hacen que estos centros de salud privada (y los médicos que en ellos trabajan) tengan que “cubrirse” con estudios y prescripciones estimativamente no tan necesarias, pero finalmente “prudenciales” para no terminar demandados y con “flores de disgustos”. Parecen esquivar un poco más todas estas dificultades las entidades sanitarias que dependen directamente de gremios o mutuales, ya que entonces la cosa “queda en familia”.

La contención familiar (pese a ser el último amparo) tiende a ser cada vez más frágil por las mismas restricciones económicas y laborales ya mencionadas. Además en las grandes ciudades las exigencias del trajín diario en la población económicamente activa hace que difícilmente pueda disponerse de tiempo para que el anciano o la persona con salud deteriorada no termine sintiéndose un estorbo o una carga para los demás. Por lo que los cuadros de depresión y las tentaciones de suicidio acaban estando a la orden del día. En ciudades como Buenos Aires, el 48% de sus habitantes vive solo, y una parte significativa de este porcentaje, viene constituido por personas ancianas que reciben pocas o nulas visitas.

En este estado de cosas, la franja poblacional que más había sufrido el deterioro de las condiciones de vida en los 90' había sido la *clase media*. El creciente desempleo, la pesificación de fondos y el corralito, la escalada de precios y los recortes escalonados, los altos costos de los servicios públicos e insumos, y finalmente el aumento del combustible, incidieron en esta franja poblacional, hasta no hace mucho tiempo mayoritaria en nuestro país. Sin embargo, en el último decenio se ha producido un cierto repunte, e incluso mucha gente ha podido viajar o comprar en el exterior

gracias a un dólar en la práctica subsidiado para turistas por medio de tarjetas de crédito o débito. En términos generales, hoy la gran dificultad para este sector poblacional es el acceso a la propiedad, con la que debe hacer grandes malabarismos, pero ha mejorado el consumo y el acceso relativo a otros bienes, vehículos incluidos.

Si a comienzos del milenio, muchos miembros de la ex clase media habían pasado a engrosar los porcentuales estadísticos de personas bajo la línea de pobreza, hoy podría decirse que se produjo un repunte significativo. Como un distintivo específico de esta franja social, la ex clase media había conservado, y se había aferrado, a un cierto nivel de educación ya adquirido. Se había resistido a recortar el presupuesto en este rubro lo más que pudo. Por ejemplo, procurando enviar a sus hijos a instituciones educativas de gestión privada (al menos hasta cubrir la formación secundaria o el polimodal). Sin embargo, a mucha gente se le fue haciendo cada vez más difícil mantener empleos de calidad, pese a que su situación económica pudo incluso haber mejorado.

En el plano religioso, es interesante notar que el grueso de la gente que habitualmente participaba de celebraciones y actividades parroquiales o movimientos eclesiales pertenecía a este sector social. Por lo que la Iglesia en Argentina se fue haciendo cada vez más conciente del deterioro de las condiciones de vida, creciendo en capacidad de discernimiento práctico, mientras profundizó su denuncia sobre la causa moral de la crisis. Cuenta de ello dan los mensajes, declaraciones, comunicados y documentos emitidos en el período 2001-2003 por la Conferencia Episcopal Argentina. A medida que fue avanzando la década, la práctica religiosa formal fue disminuyendo. Hoy, a causa de la elección del nuevo Papa

Francisco, se produjo un significativo incremento de la misma, a modo de incipiente primavera.

Muchos *jóvenes*, por su parte, hoy por hoy no encuentran o no saben cómo encontrar el espacio social que habitual y naturalmente les venía ofrecido o dado décadas atrás a los de su edad. Los estudios, generalmente de bajo nivel, se prolongan indefinidamente -sobre todo en el conurbano de las grandes ciudades-, ya que la escuela, e incluso la universidad, cumplen muchas veces una función de contención. Pero peor aún si abandonan las instituciones educativas: suele ser el principio a partir del cual muchos jóvenes terminan deambulando por los caminos del alcohol, el sexo y la droga, con perspectivas poco promisorias.

A estos despeñaderos -fomentados muchas veces por personas inescrupulosas o *dealers* que lucran incentivando adicciones ajenas- se suman la alternativa del delito y la violencia, el suicidio y el crimen. En ocasiones muchos llegan ya resignados a la juventud, y prefieren aislarse en un precavido hermetismo. Algunos pueden darse por un tiempo el gusto de un cierto alarde narcisista, intentando éxito vía *Facebook* o *YouTube*, o “robar cámara” camino a la fama, como modelos, cantantes, deportistas o pequeñas *celebrities*. Son muy pocos lo que pueden (o de hecho se plantean) un proyecto de vida que vaya más allá de la precaria fugacidad del momento. Este es tal vez uno de los rostros más graves de nuestra pobreza argentina hoy, ya que con este panorama por delante se hace difícil imaginar, al menos en el corto o mediano plazo, un país con futuro...

SEGUNDA PARTE:

EL DISCERNIMIENTO DE UN ESTILO DE PAÍS

Lo peor que nos puede pasar a las personas, instituciones y pueblos es no saber bien lo que queremos. Si no terminamos de objetivar y unificar nuestros anhelos, convicciones y aspiraciones, muy difícilmente podremos ir desplegando proyectos y acciones que lleguen a tener sentido. Y si esto llega a suceder, nuestras vidas (o las de las comunidades y pueblos) necesariamente acabarán transitando por los impredecibles caminos de lo conflictivo o incluso de lo “patológico”. Y uso a propósito este último término psiquiátrico también para referirme a un país hipotético, ya que la máxima expresión de su posible esquizofrenia puede llegar a ser la de la guerra civil. Porque entonces habrían -como en las personas que padecen esta particular afección psicótica- dos percepciones y “quereres” opuestos en el mismo sujeto (colectivo), con un consiguiente efecto devastador.

Sabiendo esto -que histriónicamente aquí exagero-, puede acontecernos que cuando vemos que las cosas comienzan a circular por los enmarañados despeñaderos de lo confuso, si para entonces conservamos una reserva de lucidez y sentido común, lleguemos a pensar que lo mejor sea en realidad “parar la pelota”. Es decir, buscar serenarnos y tratar de comprender los “qués”, “cómos”, “por qué” y “para qué” de las realidades, posibilidades y prioridades que pueden ir emergiendo (en esos momentos un tanto “alocadamente”) de nuestro espíritu (consciente o inconsciente), personal o colectivo. Y a eso llamamos, simplemente, “discernir”.

Etimológicamente, el origen griego de esta palabra (= *apojrino*) remite a vocablos como “juicio”, “valoración”, “división” o “separación”. A su vez, tiene algo que ver con las cosas del “espíritu” o del “Espíritu” (con minúscula o con mayúscula). Como si se tratara de percibir lo más conveniente o correcto a partir de algo que en el fondo ya se tiene pero que en parte nos trasciende y debe ser actualizado (en lenguaje aristotélico-tomista, “puesto en acto”). El discernimiento es entonces una percepción progresiva y valorativa de lo que hay en una determinada realidad, analizada y desmenuzada paso a paso en sus diferentes componentes, de modo que pueda verse más claramente lo que a primera vista parece bastante turbio. Es como cuando el agua está revuelta: necesitamos darle “tiempo al tiempo” para que vaya decantándose y revelando su “contenido” interior; para poder observar (entonces sí) lo que encierra a modo de “continente”.

Con este marco un tanto conceptual o filosófico de referencia, podemos entonces preguntarnos prosiguiendo el hilo de la reflexión: ¿cuál es el *contenido* de nuestro presente argentino? ¿cuáles son nuestros *anhelos profundos* e inexpressados, o al menos de los que no tenemos plena conciencia colectiva? ¿cuáles son los *criterios* desde los cuales reemprender la marcha “con éxito”? Para responder a estos interrogantes, hace unos diez años me había inspirado y apoyado en algunos documentos oficiales: de carácter eclesial el primero, nacional el segundo e internacional el tercero (respectivamente). Hoy quisiera retomarlos, pero haciendo un balance crítico de lo acontecido en el último decenio.

Esta segunda parte está dedicada al *discernimiento*. En primer lugar, de los desafíos que van emergiendo de lo dicho en la sección anterior. Porque parecerían ser muchas y variadas las

cosas y realidades que están entrando en juego en la actual “encrucijada” de nuestra patria, y por eso mismo es necesario intentar formular con lucidez una percepción recapituladora, sistemática -y dentro de todo- orgánica y clarificadora de esos interrogantes que hoy advienen a nuestro presente como desafíos a discernir. Cosa que intentaré hacer relejendo el capítulo II del documento de la Conferencia Episcopal Argentina *Navega mar adentro* (destinado al análisis de los “desafíos de nuestra realidad”), a la luz del capítulo II del documento conclusivo de la Vª *Conferencia General del Episcopado latinoamericano y caribeño* (Capítulo IV).

A su vez, para responder a estos desafíos que nos interpelan (y que en contrapartida también ofrecen oportunidades a descubrir y aprovechar), es preciso encontrar un “desde dónde” ir tomando partido: un marco teórico-conceptual de referencia que se funde en acuerdos mínimos, que se establezca a partir de convicciones, convenciones y anhelos comunes. Tampoco esto resulta claro discernirlo a primera vista: los argentinos no nos caracterizamos por nuestra capacidad de rápida concertación, somos arduos y beligerantes negociadores. En este caso, hace diez años había utilizado como plataforma de mi reflexión las *Bases para la Reforma* de la Mesa del Diálogo Argentino, de 2002. Ahora quisiera preguntarme: ¿cuál fue el trayecto realizado por nuestro país desde entonces? ¿En qué sentido mucho de lo allí dicho se ha concretado, y en qué sentido siguen siendo desafíos pendientes? (Capítulo V).

Por último, es necesario delinear los criterios que rijan la progresiva y deseada transformación de la realidad dada. La criteriología tiende a que las estrategias y acciones converjan hacia un objetivo común. Si bien muchas veces podremos no coincidir en

los “cómos” (y en democracia es legítima y conveniente la pluralidad de perspectivas y opciones), sí parece indispensable hacer todo lo posible por ir acordando los “qués”. Para esto es preciso ir más allá de los mezquinos y consabidos intereses sectoriales que muchas veces tienden a preponderar y querer imponerse en detrimento del bien común, que es “el bien de todos y cada uno”. En esta instancia de mi reflexión encontraremos numerosas referencias a los *Informes* del órgano de las Naciones Unidas para el Desarrollo (*Capítulo VI*).

IV. Los interrogantes de nuestro presente

Cada época presenta características típicas que tienden a teñir con su impronta peculiar el modo de vida de las personas, y esto incluso más allá de las fronteras de un país o región. La nuestra parece estar afectada sobre todo por las transformaciones profundas y permanentes inherentes al proceso de globalización y el cambio de época. Estas se hacen notorias en los diferentes planos de la vida socio-cultural, que tienden a tornarse cada vez más complejos. Estos cambios tienen incidencia psicológica en el ánimo de las personas, que pueden ser comprobados mediante sondeos estadísticos. Un ejemplo de estas constataciones lo presentaba el estudio que hizo la *Encuestadora "Gallup"* en el 2001 a pedido de la Universidad Católica Argentina, partiendo en algunos *items* de un muestreo poblacional nacional, y en otros de gente específicamente católica.

De acuerdo a este estudio, el 77% de los argentinos se declaraba "satisfecho con su vida". Sin embargo, los datos que surgían en un *Informe sobre los desafíos de la realidad* -elaborado para esa misma época a partir de los formularios respondidos por creyentes de confesión cristiana católica- manifestaba en contrapartida notorios niveles de "angustia y desesperanza" (72%), "individualismo" (65%), "agresión y violencia" (24%). Pero además, otros índices atribuidos al "consumismo" (48%), "individualismo" (18%) y "hedonismo" (16%) podían estar también indicando un fuerte nivel de disgregación y fragmentación en nuestro medio. Lo mismo cuando se atribuía importancia del 74% a la "crisis

educativa”, indicando con esto, sobre todo y entre otras cosas, el alto nivel de deserción escolar. Este contradictorio estado de cosas, en donde la aparente e inicial “satisfacción por la vida” parecía ser rebatida por otras variables más que elocuentes (y que parecían oponérsele), fueron llevando a los obispos a afirmar por entonces que “podemos percibir qué es lo que termina, pero no descubrimos con la misma claridad aquello que está comenzando”.

Sin embargo por una cuestión de honestidad intelectual, teníamos que tratar de comprender mejor el por qué de esta aparente contradicción entre la *Encuesta* y el *Informe*. Manteniendo nuestra confianza en ambas investigaciones, creí que podríamos hacer dos hipótesis al momento de interpretar estos datos contrastantes. La primera era suponer que, por no dar el “brazo a torcer” y revelar nuestra fragilidad personal, los argentinos tendemos a responder que estamos y nos va bien, cuando en realidad en lo concreto no es tan así (ya que proyectamos en la valoración que hacemos del todo social aquellas experiencias negativas de las que también participamos). La segunda hipótesis era la de afirmar que mientras la gente en general se siente “satisfecha por la vida”, los que practican el catolicismo lo estaban menos, o que incluso se sentían amenazados por algunas transformaciones culturales que son percibidas como “peligrosas”, y que tal vez por eso mismo tienden a refugiarse en dichas prácticas religiosas. En fin, las dos interpretaciones serían posibles y tal vez incluso complementarias.

Sin embargo, con la elección del nuevo Papa Francisco, y el itinerario pastoral recorrido en los primeros ocho meses de su pontificado, parece manifestarse a las claras un mayor optimismo en la vida de los católicos en particular, e incluso de la misma

población cristiana en general. Esta irradiación de optimismo y positividad parece manifestarse también hacia quienes se declaran no cristianos o incluso agnósticos, ya que ven en su figura un liderazgo valioso y significativo para la sociedad actual. Recordemos que una de las entrevistas ofrecidas por el nuevo sucesor de Pedro fue la conversación con el director agnóstico del periódico *La Repubblica*, de Italia, el Sr. Scalfari.

El cambio de época

La crisis de la civilización queda puesta de relieve -como afirmaba por entonces el documento del episcopado argentino [=CEA] *Navega mar adentro*, a cuyo capítulo II haré libremente referencia para apoyar mi reflexión y actualizarla- en el hecho de que “las personas, las familias, las instituciones y la sociedad”, en general, no encuentran nuevos cauces de reconstrucción: no terminan de perfilarse los modelos y paradigmas configuradores de un nuevo orden en ámbitos clave de nuestra convivencia cotidiana. Las observaciones que hicieran hace unos diez años los obispos argentinos hoy se han hecho estilo de vida, y tal vez por esto mismo hayan perdido un poco del dramatismo con que por entonces se lo vivía. Nos hemos ido acostumbrando a vivir en transformación y adaptación permanentes, y posiblemente los cristianos, hayamos descubierto en esto una variable mística: hemos ido aprendiendo a caminar esperanzadamente en la noche.

Las transformaciones epocales llevaban aparejadas contradicciones más o menos explícitas en el mismo relevamiento de los datos por entonces elencados. Por ejemplo, si bien la

consulta aludida señalaba como positivo un alto porcentaje de “solidaridad” en las respuestas (85%), se constataba también que por lo general “nos cuesta mantener la cultura del trabajo” -que de hecho va perdiendo cada vez más su carácter personal y dignificador-, que “no nos integramos fácilmente a emprendimientos comunitarios” -porque en contrapartida muchas veces prevalece el “sálvese quien pueda”-, y que es cada vez más raro hallar personas preocupadas y dedicadas a la promoción y empeño por el bien común: en una nueva “jerga” criolla que parecería ir prevaleciendo, se imponía la convicción del “hacé la tuya”.

Como puede observarse en todos estos datos, la solidaridad a la que en principio se hacía referencia quedaba muy recortada y cuestionada. Por eso también aquí podíamos hacer otras dos hipótesis interpretativas. La primera estaría vinculada a la pregunta de qué es realmente lo que la gente entiende por “solidaridad” cuando contesta los cuestionarios. Para Juan Pablo II la solidaridad es el “esfuerzo firme y perseverante por el bien común, que es el bien de todos y cada uno”, y esto más allá de “un mero sentimiento superficial por el mal de tanta gente”. Si lo que se entiende por solidaridad es en cambio algo de carácter más puntual y emotivo podríamos encontrar muchas expresiones (y de ahí el alto porcentaje que obtiene la respuesta en el sondeo); pero si de lo que se trata es de perseverar en proyectos abiertos, incluyentes y comunitarios, atentos a los más desplazados o habitualmente ignorados, estaríamos hablando de otra cosa (y tal vez los ejemplos y porcentuales tenderían a reducirse significativamente). Podríamos ofrecer, al respecto, ejemplos recientes. Hubo muchas expresiones de solidaridad con motivo de las inundaciones en la ciudad de La Plata, al momento de ayudar en Rosario cuando aconteció la

explosión de gas en un edificio céntrico, o cuando se produjeron accidentes con el ferrocarril Sarmiento en Buenos Aires. Sin embargo, no pensamos que solidaridad es también, y sobre todo, hacer bien el propio trabajo para evitar que estas catástrofes se produzcan, ya que “más vale prevenir que curar”.

La segunda hipótesis interpretativa consistía en preguntarnos si acaso lo que estaba en crisis no era el modo “clásico” de conducir la vida, concebir la cultura del trabajo, la integración en emprendimientos comunitarios y la preocupación por el bien común (es decir, el modo instituido por la modernidad, que hoy parece “desgastado” y con decreciente significancia social), y si en contrapartida no eran también reales las emergentes expresiones más informales, novedosas e “inéditas” de solidaridad en ámbitos más concretos y cercanos a la experiencia del común de la gente (por ejemplo, a partir de emprendimientos comunitarios y redes, como después lo reconocerá el mismo documento de los obispos). Y tal vez de nuevo aquí, las dos interpretaciones tendían a ser complementarias, ya que esto último no parece ser tan generalizado, y lo anterior -lo referente a una solidaridad “emotiva”- se condecía plenamente con nuestro *ethos* ciclotímico.

Lo cierto es que las precedentes observaciones nos hacían tomar conciencia de que hoy los desafíos claman por iniciativas inéditas y con responsabilidad en primera persona, como así también de que muchas de las estrategias e iniciativas pergeñadas hace algunos años han quedado obsoletas o caducas. Hoy es necesario tener un mayor protagonismo en el discernimiento de acciones verdaderamente viables, ya que “esta nueva escala mundial del fenómeno humano [asociado al cambio de época] trae consecuencias en todos los ámbitos de la vida social, impactando la

cultura, la economía, la política, las ciencias, la educación, el deporte, las artes y también, naturalmente la religión” (*Documento de Aparecida [=A]*, 35).

Causa y consecuencia de esta crisis, ambigüedades y transformaciones, hace diez años se producía el fenómeno concomitante de un *notorio malestar* observable por un ojo atento en varios rubros, y de lo que daban cuenta numerosas publicaciones aparecidas por entonces en nuestro medio: en la política (cuyas instancias representativas atravesaban un creciente descrédito); entre los jóvenes (desencantados y sin horizontes consistentes) y las mujeres (que no veían suficientemente reconocida y respetada su condición de género); en los afectados por el fenómeno de la globalización (que se consideraban “parias” excluidos); en los que se sentían manipulados por los medios de comunicación (casi obligados a consumir chatarra y a adherir a la propuesta *marketinera* del día); en los que sufrían las consecuencias de modelos pastorales envejecidos (ya que perciben la existencia de algunas estrategias y prácticas “fossilizadas” y ya por entonces casi irrelevantes); y en la familia -en crisis radical, como veremos en el punto correspondiente.

Esto hacía que el *Informe* señalara entre los “hechos más significativos” sentimientos de insatisfacción que se expresaban en desazón y pasividad; tristeza, pesimismo y amargura; resignación, desánimo y depresión; y sobre todo miedo, por la sensación generalizada de desprotección e inseguridad. Como corolario, se subrayaba la notoria pérdida de autoestima en muchos argentinos. En este contexto afirmaban los obispos que sin la esperanza que puede infundirnos la fe, los elementos positivos que matizaban los rasgos negativos de la realidad socio-cultural e incluso la

persistente reserva de valores, como ser “la lucha por la vida y la dignidad humana, la valoración de la libertad, la constancia y preocupación por los reclamos ante la justicia, el aprecio por la familia, la amistad y los afectos, el sentido de fiesta y el ingenio popular para resolver solidariamente situaciones difíciles en la vida cotidiana”, parecerían quedarse cortos al momento de tener que aportar nutrientes para afrontar esta crisis. Sin embargo, cabe resaltar que -como también y recurrentemente habían venido subrayando el episcopado en los últimos decenios- la situación delicada por la que nuestra patria había y continuaba en cierto modo transitando, seguía siendo “una ocasión providencial para crecer como nación”. Por lo que la crisis no era sólo algo negativo, sino sobre todo la posibilidad de ir imaginando y percibiendo una transición hacia algo nuevo e inédito.

Hoy estas últimas intuiciones parecen haberse ido mostrando válidas. Mi percepción es que las nuevas generaciones (“Y” y “Z”) se van mostrando más a gusto con el estilo informal de la cultura contemporánea en permanente transición. Mi experiencia de trabajo pastoral en la Universidad Católica y el Santuario Nacional de Luján me han ido revelando la vertiente positiva de lo que en principio parecía no ser sino una espantosa amenaza. Hoy la gente puede tomar decisiones más personalizadas, acomodarse más a su gusto en la vida, si tiene un ingreso medio puede desplazarse y viajar; puede quedar más expuesta, pero también más libre de estructuras y costumbres pesadas; vincularse más a sus anchas. La “era líquida” (Z. Bauman) tiene sus riesgos, pero también ventajas evidentes. Tal vez hoy nos hemos dado cuenta más acabadamente que lo que nos pesaba era la matriz cultural europea asociada a una modernidad en caída libre, y que en cambio tenemos otros

recursos socio-culturales que podemos y debemos aprovechar y explotar.

Un nuevo sentido de lo religioso

El cambio de época es concomitante con las profundas transformaciones -sociológicamente constatables- que también en lo religioso experimentaba nuestro país: decían por entonces los obispos que “se percibe una difusa exigencia de espiritualidad”, muchas veces como último recurso ante la ausencia de otros parámetros existenciales sólidos. De hecho según el citado *Informe*, la gente hablaba de “religiosidad popular” (en un 64% de los encuestados), “sectas” (58%), “búsqueda de trascendencia” (28%) y “superstición” (24%), relegando al “secularismo” -es decir, el olvido o indiferencia frente a Dios, que hace poco más de dos décadas había sido tan significativo en una consulta análoga- a un discreto 18%. También el *Estudio “Gallup”* hacía notar que el 83% de la población de nuestro país se definía como “una persona religiosa”, o que incluso un 24% asistía a la iglesia o templo una vez a la semana o con mayor frecuencia. Esto pasaba a ser entre nosotros un notorio signo epocal, del que también podía dar cuenta la sociología religiosa (como de hecho lo fue haciendo en el creciente número de publicaciones, cursos y jornadas que al respecto se venían realizando en nuestro país, y los estudios de autores como A. Ameigeiras, J. Soneira, F. Forni y F. Mallimaci).

Sin embargo, la ambigüedad de aquel “revival” religioso invitaba a un serio discernimiento del valor de estas nuevas búsquedas. Porque de hecho -decían los obispos- “existen grupos

pseudorreligiosos y programas televisivos que proponen una religión diluida, sin trascendencia, hecha a la medida de cada uno”, que nos exponen a un deterioro de las convicciones auténticamente religiosas, o que las terminaban reemplazando progresivamente por otros sucedáneos, a través de propuestas alternativas que muchas veces lindaban con formas extravagantes y alienantes de superstición. Por otra parte -y matizando las anteriores afirmaciones- decía yo por entonces que había que ver si esa misma diversidad de expresiones no constituía de por sí una natural expresión más o menos explícita de la fuerte sensibilidad espiritual que renacía, y que habría que considerarla muy en serio, dado que las nuevas modalidades *New Age*, entre otras, parecerían querer responder a las exigencias culturales del nuevo milenio.

El transcurso de estos años me lleva a la convicción de que efectivamente así era, y de hecho el giro pastoral iniciado por el Papa Francisco va en esta misma línea de apertura y diálogo con lo nuevo. El Señor siempre “nos primerea”, dijo en más de una ocasión el actual Sucesor de Pedro. Más que ponernos a criticar o lamentar lo que ya no es, es preferible abrir los ojos para mirar lo que está adviniendo. Y al respecto, el nuevo sentido de lo místico-religioso se ha ido consolidando muy significativamente. Es cierto que el ídolo-dinero se fue instando de tal modo que “nos pasamos de rosca”, generando nuevos conflictos y guerras, pero también que hoy existe una gran sensibilidad mundial que va en contra de esto y se le opone. El diálogo interreligioso práctico, y no tanto el oficial que por algún momento parecía haberse estancado, la oración por la paz, la apertura y aceptación de lo diverso, son todas actitudes que esperan y abren la historia humana a un sentido trascendente. Hoy se habla de Dios, de Jesús, de espiritualidad, e

incluso de Iglesia con mucha más soltura y naturalidad que hasta hace un tiempo. Desvinculando lo religioso-espiritual de estructuras históricas de poder, la fe renace. Hoy estamos viviendo una primavera no solo eclesial (los cristianos, los católicos), sino cultural. Por supuesto que, quienes estén idolátricamente aferrados a modelos perimidos, no podrán visualizar esto de ningún modo, y pensarán que el género humano avanza en caída libre...

Junto a los nuevos emergentes religiosos, se constataba hacía diez años una fuerte presencia y resurgimiento de la tradicional piedad popular en sus variadas expresiones, destacándose entre los católicos la devoción mariana (según el *Estudio "Gallup"*, 8 de cada 10 eran devotos de la Virgen María), el culto a los santos (5 de cada 10 tenían preferencia por alguno/a), la oración por los difuntos, la fe y el sentido de fiesta. Todo esto manifestaba una fe y una tradición religiosa arraigada profundamente en el pueblo argentino, que necesitaba ser discernida, vivida y expresada comunitariamente. La existencia y hondura de esta devoción popular la he podido comprobar en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal, en lugares tan variados del país como los santuarios de San Cayetano (en Buenos Aires), del Valle (en Catamarca) y Mailín (en Santiago del Estero). Pero sobre todo, en estos últimos tres años, en el Santuario Basílica Nacional de Luján.

Por eso, si bien es cierto que la religiosidad popular tiene sus límites, ya que está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, -es decir, a la superstición, magia, ocultismo, hechicería, milagrerismo, fetichismo, esoterismo, etc.-, cuando está bien orientada contiene muchos valores profundamente dignificantes y humanizantes. En efecto, refleja "una

sed de trascendencia que solamente los pobres y sencillos pueden conocer, y engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse de igual modo en quienes no poseen esa religiosidad”.⁶

Pero aquí habría que detenerse para hacer una constatación. Es una realidad que hoy existen cada vez menos tradiciones y prácticas religiosas “puras” en el mundo, y que cada vez es más notorio el fenómeno denominado “*hibridación*”: es decir, lo que un poco más peyorativamente podría llamarse “sincretismo”. Hay teorías que hablan incluso de una especie de “supermercado” de lo religioso, donde cada sujeto elige y consume lo que apetece al momento de necesitarlo: predicadores, libros, ritos, experiencias, objetos, comunidades, etc. En esta línea parecía evidente hace diez años, que cada vez menos los itinerarios religiosos de las personas eran contenidos o conducidos por las instituciones (Iglesias, etc.), ministros o tradiciones originales como solía acontecer hasta hacía algunos decenios. El “revival” religioso que observábamos a comienzos del milenio no tenía nada que ver -en concreto en nuestro país- con una “nueva cristiandad”. Por lo que el perfil final de estas nuevas búsquedas de sentidos totalizantes y trascendentes (entre la gnosis universal y el fundamentalismo particular) no acababa de perfilar de momento con suficiente claridad su orientación preponderante a futuro.

Si bien hoy esta ambigüedad continúa y hay que seguirla discerniendo,⁷ la certeza de que “por el misterio de la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre” (GS 22), y que por lo tanto, el mundo es un espacio habitado por el misterio

⁶ Sobre esta temática no abundo, ya que dediqué a su desarrollo el Epílogo de mi Trilogía “Teología del cambio de época” (vol.3).

⁷ Al respecto, dediqué mi reciente libro *La vida como peregrinación. En camino hacia Santiago de Compostela*, Saarbrücken (Alemania), Credo Ediciones, 2013.

Uni-Trino de Dios, me da otro nivel de confianza en la búsqueda. Hay una figura histórica de la Iglesia y el cristianismo que “ya fueron”, pero van gestándose y apareciendo otros hoy mucho más luminosos y pertinentes gracias a la “luz de la fe”. En términos comparativos, creo que hace diez años analizábamos los nuevos emergentes religioso-espirituales con mucha más precaución y temor a como lo estamos haciendo hoy. Y “hoy” es tiempo de salvación.

Pobreza, exclusión, droga y trata de personas

Hablé descriptivamente del tema en el capítulo anterior. En la década de los 90’, las políticas inspiradas en formas de neoliberalismo que, según los obispos, consideran “las ganancias y las leyes del mercado como parámetros absolutos en detrimento de la dignidad y del respeto por las personas y los pueblos”, vinculadas a una concomitante pérdida del sentido de justicia y a una agudizada falta de respeto hacia los demás, nos han llevado a una situación de inequidad. El *Informe* destacaba como ingredientes e indicadores de aquella situación de inequidad la “corrupción” (60%), la “falta de trabajo” y “pobreza creciente” (con un 54% cada una), la “inseguridad” (20%) y la “injusticia” (14%). También aparecían referencias a la marginación, exclusión, empobrecimiento, migración, pérdida de trabajo e incremento de enfermedades vinculadas a la pobreza.

En estos meses de 2013, hemos ido cayendo en la cuenta de cómo se fue exponenciando la corrupción en nuestro país. El programa televisivo *Periodismo para todos* (por El Trece),

conducido por J. Lanata, con el contrapunto de *La mañana de Víctor Hugo* (en Radio Continental), pareció haber instalado un nuevo debate social. El eco de cada una de sus emisiones dominicales a lo largo de la semana nos fue haciendo ver que, pese a que muchas variables socio-económicas habían mejorado significativamente desde 2003, las cosas no se estaban haciendo tan bien en realidad. Y esto hoy nos confronta con algunos problemas prioritarios, que se añaden a los antiguos.

Así como los temas de la pobreza y exclusión social social en nuestro medio habían sido ampliamente analizados y debatidos *en y a partir del 2002* desde variados campos epistemológicos, también fueron objetivados anualmente por el *Barómetro de la deuda social argentina* llevado a cabo por una conocida investigación interdisciplinar permanente de la Pontificia Universidad Católica Argentina. En 2002, cuatro de cada diez argentinos eran pobres. En esta cara socio-económica de la crisis peculiar responsabilidad les tocaba a “quienes detentan una dirigencia política, económica, sindical, cultural y religiosa”, pero también a personas y sectores que prosiguen peleando por espacios de poder y privilegios. Esta búsqueda desenfrenada de beneficios particulares o corporativos multiplicaba el número de los pobres y excluidos. En efecto, el *Informe* señalaba entre otras causas del agravamiento de las condiciones laborales, el desempleo y la creciente brecha entre ricos y pobres, la corrupción y deshonestidad, la mala administración y el abuso de poder de los funcionarios. Esto hoy no ha desaparecido, sino que más bien parece haberse incrementado. Los últimos informes del *Barómetro de la Deuda Social*, antes de comenzar a focalizarse en la niñez, hablaban de “desigualdades persistentes”.

En contrapartida, y sin negar la dramaticidad de estas constataciones en la coyuntura de nuestro país, existieron algunos elementos que contribuyeron a atemperarla y a cultivar un cierto clima de *esperanza humana*. Sobre todo la reactivación económica, que fue despuntando desde el 2003 y que con altibajos continuaron en alza a lo largo de la década siguiente, gracias al crecimiento sostenido de naciones emergentes (para la Argentina, principalmente Brasil, China e India) que requirieron principalmente las materias primas que nuestro país producía (las dos últimas naciones mencionadas, especialmente la soja). También fue significativa la buena imagen inicial que tuvo -en general y para la mayoría- la figura del por aquel entonces nuevo presidente N. Kirchner y sobre todo el ministro de economía R. Lavagna. En contrapartida, a modo de efecto pendular, en estos últimos años esperanza la idea de un cambio de gobierno para el 2015.

Pero además, otro argumento “a favor” que esperanza es la constatación de que muchas de las dificultades que nos han ido afectado y todavía nos afectan en Argentina tienen una magnitud geopolítica que va más allá de los confines de nuestro territorio (por ejemplo, las que vinculan globalización, modelo neoliberal, capitalismo salvaje y privatizaciones con el tema desempleo, crisis de occidente y recesión europea, etc.). “Es nuestro mundo el que empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, condenando a millones y millones de personas a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana”.

Por supuesto que estas observaciones no nos tendrían que hacer pensar a los argentinos que “mal de muchos consuelo de

tontos”, ni tampoco pueden excusarnos de “mirar nuestro interior, nuestras opciones concretas y el modo de actuar”. No podemos dejar de preguntarnos (cada uno en particular) si no estamos también nosotros participando, en mayor o menor grado, “en la construcción de esa red de inmoralidad que conduce a la pobreza y favorece tantas formas de violencia y egoísmo” (de la que hablábamos antes). Un contexto deteriorado condiciona pero no determina las decisiones y conductas de las personas. Y la evidencia fáctica está en que, particularmente desde los sectores más pobres, también afloraron muchas expresiones de solidaridad con raíces humanitarias, espirituales y (específicamente) evangélicas que revelaron un neocomunitarismo de base e iniciativas alternativas ante la crisis y el inevitable proceso globalizador.

Lamentablemente, dos temas muy concretos fueron instalándose seriamente a partir de 2003, en gran parte asociados al crecimiento económico y el turismo: el progresivo auge del narcotráfico y la trata de personas. En un primer momento, nuestro país fue lugar de paso para estupefacientes que circulaban hacia Europa y América del Norte. Sin embargo, el “paco”, producido a partir del remanente de la fabricación de la cocaína, se fue instalando en los barrios más pobres y villas de nuestro país. Con el comercio y progresivo consumo de drogas, fue emergiendo una violencia desconocida hasta entonces. El robo de autos primero, y luego el robo domiciliario, comenzaron a asociarse estrechamente al crimen. Progresivamente, fueron apareciendo más armas. Lo que antes era excepcional hoy es habitual: el consumo de drogas por parte de adolescentes, jóvenes y ya no tan jóvenes. Las fronteras no son protegidas, y cada vez más aviones sin registro las

traspasan con actividades sospechosas o claramente ilícitas y delictivas. Parecería que el gobierno no se da cuenta o no quiere darse cuenta y actuar. Las sospechas de connivencia con agentes de seguridad y políticos son cada vez mayores en la sociedad...

Otro tema preocupante es la trata de personas. El crecimiento turístico requirió más prostitutas, pero también la necesidad de indumentaria más económica o con mayor margen de ganancia para las grandes firmas o la fabricación de “ropa trucha”, propició la consolidación de talleres clandestinos. Principalmente personas paraguayas (y del litoral argentino) y bolivianas (peruanas) fueron secuestradas o reclutadas para sendos mercados. El incremento de mujeres jóvenes (adolescentes) desaparecidas en estos últimos años se incrementó significativamente. El caso más resonante fue el de Marita Verón. Un cierto perfil de mundanidad en la cultura actual, el anonimato individualista, el afán de lucro desenfrenado, la inoperancia o complicidad oficial y la pobreza, favorecen el desarrollo de estas “industrias de la muerte”.

Nuevos núcleos de convivencia

Un ámbito particular en el que incide el cambio de época es el de la familia. La *Consulta* hablaba de “desintegración familiar” (en el 52% de las respuestas), “violencia intrafamiliar” (40%), “incomunicación y falta de diálogo” (34%), “ruptura de vínculos” (18%), “nuevas formas de familia” (16%). El creciente número de uniones informales y de hecho, las nuevas parejas de divorciados y otros tipos de convivencia (por ejemplo, homosexuales), requerían una atenta observación y discernimiento. Hoy ya tenemos

promulgadas leyes de unión civil y posibilidad de adopción por parte de personas homosexuales. Las familias ensambladas, los niños con ocho abuelos, el novio de la mamá o la novia del papá, los y las “ex”, los hijos del primer o segundo matrimonio, el convivir como novios a prueba, el eufemismo del amigo o la amiga de quienes viven solos o solas, llegaron para quedarse en nuestra Argentina culturalmente “dislocada”.

Decía hace diez años que si bien era cierto que por una parte existe una “conciencia más viva de la libertad personal” y una mayor atención a la “calidad de las relaciones interpersonales” (por ejemplo, en el matrimonio), a la promoción de la dignidad de la mujer, a la procreación responsable y a la educación de los hijos, se podía constatar por otra la existencia de una concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí que no siempre parecía terminar siendo ennobecedora para ambos, y que a eso podrían añadirse -en contrapartida- las progresivas (y crecientes) pretensiones que se iban instalando en diferentes países del mundo de procurar legitimar contratos estables entre personas del mismo sexo (*gays* y *lesbianas*). Evidentemente, todo esto ya es historia, ya que las uniones civiles entre personas de un mismo sexo se celebran a diario. También desde una perspectiva pastoral, hay una nueva actitud. La misma persona que se había opuesto abiertamente a la promulgación de esta ley en el Consejo Deliberante de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires dirá pocos años después: “¿Quién soy yo para juzgar a un *gay*?”.

En los últimos diez años de nuestra patria también era preciso considerar las diferentes perspectivas y posicionamientos que se iban estableciendo con respecto a las leyes de “salud reproductiva” y “educación sexual”, en las que residían diferentes visiones

antropológicas y pedagógicas de fondo, unas más empíricas y pragmáticas, y otras más integrales y trascendentes. En este contexto de la discusión, y sin entrar en polémica, muchas veces los mismos medios de comunicación relativizaban o banalizaban cuestiones importantes, y así sin pretenderlo tal vez de un modo directo, podían terminar destruyendo valores claves de nuestra cultura y convivencia social.

Hoy la vida afectiva, y por lo tanto, el correspondiente proceso pedagógico de las personas, se ha ido desregulando por completo. Los vínculos se hacen y se deshacen con la misma facilidad con que cambiamos de ropa. Se fue instalando un relativismo práctico. Sin embargo, las personas siguen deseando un amor auténtico, y es por allí que hay que caminar desde una perspectiva educativa, abriendo el amor humano a los grandes trascendentales de la belleza, el bien y la verdad. Tal vez éste sea uno de los campos donde más claramente ha entrado en crisis radical la racionalidad conceptual. Se trata más bien de ayudar a descubrir. Para los cristianos, ayudar a descubrir las consecuencias de un amor verdadero, bueno y bello: auténtico. Y la vinculación que esto tiene con el respecto, valoración y acogida de la vida humana, don de lo alto.

Al respecto, y en el marco de una crisis de las mediaciones y de la creciente fragmentación que fueron afectando a nuestro mundo global, como así también de una cultura que tendió asépticamente al igualitarismo, relativismo e independencia sin anestesia ni matices, se hicieron más notorias las dificultades y ambigüedades en la relación de autoridad entre padres e hijos, y una creciente dificultad por parte de la familia al momento de intentar transmitir los valores inherentes a nuestra tradición e

idiosincrasia argentina (y cristiana). La cuestión económica pudo también haber influido y, en muchos casos, de un modo decisivo: el desempleo, la pobreza y la marginación compulsiva de vastos sectores, terminaron generando desencuentros, pérdida de los vínculos afectivos y distorsión de los roles hasta llegar a disgregar el núcleo familiar. El hecho de que muchas veces ambos padres se vieran obligados a salir a trabajar provocó cambios forzados en los roles familiares. Por otra parte, los niños y los ancianos (que no se valen plenamente por sí mismos y además suponen erogaciones permanentes), como así también los jóvenes (que muchas veces no tienen proyectos ni trabajo) son vividos en ocasiones como una carga.

Ante esta realidad se hace necesario reafirmar la convicción - desde una perspectiva valorativa, pedagógica y experiencial- de que por el matrimonio, el varón y la mujer están llamados a vivir un modo estable de comunión en el que se haga presente el Misterio trascendente con mayúsculas, y en el que los hijos, frutos de esta relación, le dan sentido de plenitud a ese proyecto de vida. Esto no parece algo forzado entre nosotros, si además se tiene en cuenta que, casi sorprendentemente y según el referido *Estudio "Gallup"*, para la mitad de los argentinos sus hijos son el aspecto positivo más importante que les pasó en la vida.

El desafío de una mayor comunión

El quinto desafío señalado por *Navega mar adentro* señalaba, que si bien se perciben signos saludables que procuran retomar el camino de la unidad perdida, se observaba cómo las "viejas

antinomias” vuelven a aparecer. Se hacía referencia a otro documento de la CEA de 1981 (*Iglesia y comunidad nacional*) en el que se afirmaba que tanto la violencia guerrillera como la represión ilegítima enlutaron la patria, y esto hacía urgente la reconciliación argentina. Esta antinomia política gestada en los 60' y expresada en los 70', que desde una perspectiva socio-cultural podría incluso rastrearse ya en aquella otra del siglo XIX, cuando en plena configuración histórica de nuestra nación el país se encontraba dividido en federales y unitarios, parece volver a reflejarse hoy -si bien es cierto, de un modo más atenuado y democrático- en la dinámica de los dos sectores corporativos que -apuntalados según algunos por oscuras “manos negras” (y hasta reductos “académicos”)- más han procurado sacar provecho propio, debilitando, presionando y extorsionando a los últimos gobiernos y a la ciudadanía en general, acentuando la conflictividad social.

Me refiero a los poderosos grupos económicos y a los especuladores sindicales y punteros políticos, quienes apoyándose respectivamente en la crítica (parcialmente válida en sus contenidos) hacia la vieja política populista -los primeros- o hacia la inequidad social -los segundos-, fueron obstaculizando un verdadero desarrollo socio-económico y humano en el común de la ciudadanía. Pero lo más llamativo de esta última década, es que el discurso beligerante haya sido llevado adelante por el propio gobierno, que en la práctica terminó pactando con unos y otros en detrimento del verdadero trabajador. El oficialismo buscó fortalecerse en el cultivo de una conflictividad permanente, procurando encontrar enemigos del modelo y atisbos golpistas a diestra y siniestra, y por otra favoreciendo la consolidación de monopolios en manos de los amigos del poder. Especialmente en

estos últimos años, de la mano de grupos de choque, y del protagonismo del movimiento *La Campora*.

Si a esto añadimos el ya clásico desprecio por la ley (presente en todos un poco), la resistencia a admitir el hecho de la sociedad pluralista, la concepción mágica del Estado, la inoperancia o inexistencia de la oposición, y un cierto “no te metás” (hasta ahora bastante propio de la clase media), no es de extrañar que la dificultad observada en torno a la comunión en la sociedad argentina pueda constatarse como presente y de un modo profundo en el seno de todas sus comunidades e instituciones, provocando una cierta incapacidad para trabajar unidos. El *Informe* hablaba por eso mismo también de divisiones internas en diferentes ámbitos eclesiales. Estas dificultades para trabajar juntos inciden, evidentemente, al momento de evaluar la eficacia en diversos tipos de emprendimientos, los cuales no acaban teniendo muchas veces todo el efecto esperado en función del bien común de los que participan ni de los destinatarios a los que se dirigen esos esfuerzos.

“El abrazo partido” (D. Burman)

Los desafíos recientemente referidos *se interconectan profundamente* y se enmarcan en el nuevo paradigma de la complejidad; los procesos de individuación y fragmentación afectan profundamente a la vida nacional y eclesial, y se expresan en todas sus instituciones. Las dificultades por construir sentido y proyectos (comunes) son el “talón de Aquiles” de nuestra época: la recomposición de un metarrelato unificador parece hoy por hoy muy

delicado y -por todo esto un poco- bastante complejo. Esto queda muy bien ilustrado -para decirlo de un modo “plástico”- en la obra cinematográfica argentina *El abrazo partido* (2005), a la que ahora me referiré de un modo recapitulador. El que la haya visto probablemente comparta mis percepciones.

En la película, Ariel -el protagonista-, un joven de veinte años, parecería encarnar en su propia persona las dificultades que señalábamos como desafíos actuales: su vida es como una seguidilla de situaciones y escenas pasajeras y fugaces que él mismo acaba identificando con la imagen de “un túnel que termina en la muerte” (neta imagen de desesperanza que expresa una civilización en crisis). Además no comprende ni la aparente huida de su padre Elías a Tel Aviv (donde se había radicado hacía veinte años -luego la película explicará satisfactoriamente sus motivos) ni la nostalgia de su madre para con él. Ariel mismo abandonará incomprensiblemente a su buena y linda novia Estela (¿crisis del matrimonio y la familia?).

A esto se añade que la figura del rabino termina siendo distante (¿cómo la de su padre?): sin embargo el ministro le hace ver al joven que nunca fue fácil la relación entre padres e hijos, y que por eso estaba el cuarto mandamiento (búsqueda religiosa que en este caso no parece ser respondida de modo satisfactorio por una institución religiosa sentida como lejana). Por otra parte, las dificultades para emprender algo nuevo dejan a Ariel como “anclado” en un negocio muy precario de lencería, en una galería, junto a su madre (a la que en realidad ayuda muy poco): su experiencia existencial es de exclusión e impotencia, expresada con un tinte de agresividad hacia Osvaldo, un comerciante tímido y poco creativo en el que parece proyectar su propio fracaso.

Hasta último momento -cuando el joven se reconcilia con su padre- el *film* pone de manifiesto la crisis de vínculos (familiares, sociales, laborales, culturales) y la imperiosa necesidad de Ariel de “poder abrazar a alguien” (¿necesidad de mayor comunión?). Como creyente pienso que esta misma imposibilidad racional para encontrar o reconstruir sentido es la que ofrece *nuevas alternativas* específicamente *al discernimiento religioso* en la hora presente de nuestra Patria. Así, quienes tenemos algún credo o experiencia religiosa podremos aportar lo nuestro en la progresiva maduración de un nuevo entramado social articulado y consistente; en el apasionante desafío de descubrir significaciones motivadoras, profundas e incluyentes que advengan de lo alto.

Porque dicho en otros términos, la falta de comunión y pasión por el bien común están relacionadas con la baja autoestima de los argentinos, motivada esta por la experiencia de fracaso o quiebre en diferentes niveles. Es así que, siguiendo con la película anteriormente referida, esta experiencia de baja autoestima se ve alimentada en Ariel por la convicción de haber sido abandonado por su padre, de dudar incluso de ser él mismo su hijo, de tener un semi-trabajo, de no poder obtener el pasaporte polaco -al menos no de un modo más o menos ágil-, de no haber terminado su carrera de arquitectura, de estar rodeado de lo que podríamos llamar hoy “un entorno de perdedores”. Si entre nosotros esta experiencia de insignificancia no se revierte -por ejemplo, mediante la fe en la dignidad que cada uno de nosotros/as tiene, llamados a construir una familia humana y una sociedad justa (por ejemplo, para los cristianos, desde la convicción de ser hijos/as de Dios, partícipes de la comunión trinitaria, etc.), la crisis se retroalimentará y perpetuará.

En la película *el punto de inflexión* se da a partir de la reconciliación de Ariel con su padre -entendidos “de hombre a hombre” los motivos de su alejamiento- y, muy secundariamente, de la obtención del pasaporte, que sin embargo y curiosamente, de momento no utilizaría (es decir, no se iría, no se seguiría escapando). A su vez, la transformación de Ariel se expresa en su propósito de cambiar el nombre del negocio -que hasta el momento llevaba el nombre de su padre “Elías”-: se inicia una nueva etapa de la que ahora él mismo se haría cargo responsablemente.

Es también interesante ver cómo la reconciliación con su padre (¿figura “semi-religiosa” del Padre?) permite la “liberación” de las figuras familiares femeninas (¿figuras semi-religiosas del Espíritu?): la abuela retoma el canto que había dejado a causa de los celos de su marido -y lo hace grabando en un estudio-, y su madre continúa con la danza hebrea. Se insinúa una recomposición de la comunión a todo nivel largamente añorada... De ahí la importancia de quebrar y reorientar la perversa lógica que lleva a la fragmentación -narcisista, individualista y sin trascendencia real- a la que en los primeros capítulos hacía referencia. Si bien es cierto que la historia es una larga paciencia de Dios (y con mayor razón lo tendrá que ser nuestra historia argentina...), y esto abre cauces de esperanza, también lo es el hecho de que Dios se toma muy en serio nuestra libertad responsable (y ciudadana), y que de no mediar en nosotros una progresiva inflexión existencial -análoga a la de Ariel en la película-, los signos de muerte podrían incrementarse y conducirnos a un mayor desmembramiento social.

V. ¿A partir de qué convicciones refundar la Argentina?

No es fácil responder a esta pregunta. Los puntos de partida podrían ser variados e incluso antagónicos. En el capítulo anterior hacía referencia a fundamentos religiosos, pero no pretendo que sean los únicos posibles (ni convenientes) en una sociedad pluralista. Por eso mismo tenemos que preguntarnos cuál es hoy por hoy el referente más objetivo de nuestras convicciones y anhelos como argentinos, más allá de las instancias experienciales, ideológicas o religiosas que las nutran; cuál es el común denominador que aglutina lo que podemos denominar *in genere* “ideario nacional”, y que considera las búsquedas y necesidades conjuntas de una cantidad de regiones, pensamientos y sectores no fáciles de reducir a miradas y perspectivas convergentes, y menos “unicistas”. Un ideario que luego se diversificará -evidentemente- en ámbitos e intereses federales más locales y específicos a lo largo y ancho de nuestra extensa y variada geografía.

En busca de convicciones y anhelos fundamentales

Podríamos recurrir a la literatura y rastrear la idiosincrasia (incluso regionales) de nuestro pueblo; al derecho y descubrir las intenciones subyacentes al legislador que procura interpretar, normar y codificar las costumbres de las poblaciones provinciales y nacional; a las plataformas de diferentes partidos políticos y avizorar

las ideologías predominantes que articulan proyectos posibles de país (a veces incluso contradictorios); a estudios eruditos y adentrarnos en observaciones y proposiciones sólidas y sistemáticas sobre algún aspecto que pueda tener al momento particular interés; a debates televisivos, programas periodísticos u opiniones de la calle y descubrir cuáles son los temas candentes que hoy preocupan y están sobre el tapete mediático; a columnas o editoriales de periódicos o revistas y acceder a síntesis parciales de estos eventos e inquietudes coyunturales, etc. Todos estos recursos aportarían algo, y de hecho muchos de estos elementos los voy incorporando conscientemente a mi reflexión.

A su vez, también vienen a mi memoria diferentes personas, experiencias y vivencias humanas y pastorales concretas que - además de aquellas a las que fui y seguiré haciendo referencia- me fueron y me van aproximando a nuestro modo de ser como argentinos, de un modo análogo a como le puede suceder a cualquiera de los lectores, y que son como el crisol a partir del cual voy incorporando nuevas percepciones y apreciaciones. Por ejemplo, el recuerdo de la sencillez y nobleza de los jóvenes de Lucas González en la provincia de Entre Ríos, durante unos días de misión cuando todavía era novicio; las costumbres (y problemas) de Luján en San Luis, un pueblo típico de las provincias del norte con poco trabajo y mucha política; el silencio profundo del hombre de la Puna jujeña, similar a la que percibí en los bolivianos de Hiunchará (en el departamento de Tarija); la calidez “transfigurada” de las carmelitas de Caucete en San Juan (varias de esa provincia); la cordialidad de los cordobeces, con quienes compartí encuentros, clases y vacaciones en varias oportunidades; la capacidad reflexiva

y dialógica de las y los rosarinas/os (con quienes conversé bastante en cursos que me tocaron dar en esa ciudad).

Más recientemente, en estos últimos diez años, la perspicacia de mis diferentes grupos y comisiones de alumnos terciarios y universitarios en centros de formación teológica y facultades no teológicas de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. Especialmente, en el marco de la Pontificia Universidad Católica Argentina, y el Centro de Estudios de la Orden de los Predicadores asociada institucionalmente a la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. De un modo mucho más peculiar, la experiencia intensa de trabajo pastoral en el Santuario diocesano y Basílica Nacional “Nuestra Señora de Luján”, del que tomo parte de viernes a lunes y feriados, y en donde estimativamente pude escuchar en estos últimos tres años a unas 15.000 personas de todo el país y de países limítrofes a la Argentina. Posiblemente, esta última experiencia haya sido la más significativa de todas, ya que me ha permitido comprender por dentro, sobre todo a través del sacramento de la reconciliación y el acompañamiento espiritual ocasional, la vida, convicciones, búsquedas, desafíos y comportamientos de nuestro ser nacional en las personas concretas que lo configuran. Todas estas experiencias “me hablan” de convicciones y anhelos profundos, y me han permitido trazar una especie de “mapa interior” de nuestras posibilidades y límites.

Significado del “Diálogo Argentino”

Sin embargo me parece que donde mejor quedaron plasmadas (consensuadas, objetivadas y proyectadas) las

convicciones y anhelos fundamentales que tenemos los argentinos, fue en los sucesivos aportes que tuvieron lugar entre 2001 y 2002 en las sesiones del *Diálogo Argentino [=DA]*. Evidentemente estas intervenciones tenían una intención expresa, que era la de perfilar y proyectar el estilo de país deseable a partir de los núcleos considerados como prioritarios. Podríamos decir, entonces, que en el *DA* se lee sólo implícitamente el *ethos* y valores culturales que animan operativamente los objetivos y acciones prioritarios que allí se proponen. Sin embargo, como la intención de mi reflexión no es de tipo culturalista, sino que se orienta a proponer elementos axiológicos y estratégicos en un país considerado como espacio para construir, me resulta conveniente auscultar los fundamentos de un *desde donde* a partir de sus conclusiones. La experiencia más subjetiva vivida en los otros espacios anteriormente referidos, me permitirá -en todo caso- hacer una lectura interpretativa más satisfactoria de lo aquí consignado.

El *DA* fue la decantación de un prolijo intento de acuerdo social nacional, construido con el asesoramiento técnico del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [=PNUD], convocado por el entonces gobierno de transición de E. Duhalde en plena conmoción social y crisis político-institucional, y que contó con el apoyo de la Iglesia que se ofreció como “espacio espiritual” (y en cierto modo hasta físico, ya que puso a disposición de esta instancia de debate -entre otras instalaciones- la sede de *Caritas*). Por la *Mesa* fueron transitando los más variados sectores de la vida social, económica, política, cultural y religiosa argentina. Me atrevo a decir que constituyó, tal vez, el ejercicio más significativo y profundo de democracia participativa que se haya llevado a cabo en nuestro país desde su fundación. Tal vez, es cierto, con una cierta

predominancia representativa de la región Buenos Aires y de los sectores dirigentes.

A medida que el *DA* fue avanzando y las etapas se fueron sucediendo, los planteos y cuestiones se tornaron más puntuales y específicos. Estos aspectos más concretos comenzaron entonces a ser abordados en las llamadas *Mesas sectoriales*. Sin embargo, como el desarrollo de estas últimas no ha sido parejo, y además con el tiempo han ido perdiendo fuerza en su poder de convocatoria (¡nada extraño que esto suceda entre nosotros!), parecería más conveniente -también en orden a tener una mejor visión de conjunto- recurrir a los documentos generales a partir de los cuales surgieron esos ámbitos de trabajo particulares. Hubo tres documentos generales: *Bases para el Diálogo Argentino* (ene. 2002), *Construir la transición* (feb. 2002) y *Bases para la Reforma* (jul. 2002). Como este último recapitula, organiza y concretiza los argumentos de los anteriores y perfila las posteriores *Mesas sectoriales*, lo tomaré como referencia a partir de la síntesis (un poco apretada) de sus principales conclusiones que a continuación propongo.

El fundamento ético de las “Bases para la Reforma”

En mi todavía no tan larga vida (tengo ahora cuarenta y cinco años), he visto asumir la función de gobierno a varios presidentes y a muchos más ministros, cada uno con propuestas de reformas que luego no sólo no se concretaban, sino que en muchos casos terminaban empeorando las cuestiones que pretendían resolver. Tal vez porque ponían el acento más en los planes y medios

coyunturales (de carácter político-militar en los 70', democrático-institucional en los 80', económico-liberal en los 90', social-populista en el primer decenio del nuevo milenio), que en valores y actitudes fundantes.

Cuando intento dar contenido preciso a estas afirmaciones experienciales, -aún con el riesgo de embarcarme en un no tan breve excurso-, me viene a la memoria, de un modo vago, el tercer Perón: recuerdo algún discurso suyo, ya viejo y enfermo, y las imágenes de sus exequias que una noche veía en el televisor “blanco y negro” de mi abuela. En esa ocasión me impactó la situación de “dolor y duelo” de todo un pueblo. Avanzando en el tiempo, me acuerdo de las permanentes amenazas de bombas que posteriormente se suscitaron en tiempos de “Isabelita” y el “Brujo” López Rega (pero como a veces se suspendían las clases estas amenazas no me desagradaban tanto), las referencias a los “guerrilleros” y al “Rodrigazo” (1975). De esta época destaco la sensación de “inestabilidad” que se respiraba.

A partir del 24 de marzo del año siguiente, me comenzó a resultar familiar la delgada figura con gorra militar del General Videla y los permanentes discursos “en cadena de radio y televisión” (de lo que en realidad poco entendía o me interesaba: es más, lamentaba que suspendieran los programas de televisión que me gustaban). De esa época recuerdo también los habituales cortes de luz por las noches, que no sabía bien por qué generaban un “clima tenso” en casa (vivía en Valentín Alsina), a la luz de una vela. Unos años después, el fugaz entusiasmo por la recuperación de las Malvinas (muy celebrado en mi colegio de Barracas) y luego la decepción.

Al poco tiempo, de nuevo la alegría por el retorno de la democracia (iba a votar por primera vez y a completar el correspondiente primer cuadradito de las dos hojas reservadas para los sufragios en el DNI, que por entonces pensé nunca se llenarían) y la elección de Alfonsín proclamando que “con la democracia se come, se educa y se vive”. Después, en 1989 el fin de Alfonsín y los para mí novedosos “saqueos” de supermercados.

Anticipando la fecha que correspondía, en medio de una situación social caótica, asume C. Menem, que había ganado las elecciones presidenciales con el lema: “Sígueme, no los voy a defraudar”. En 1991 se anuncia el plan de convertibilidad de D. Cavallo que introducía en la economía argentina algo que me era completamente desconocido: poder disponer del dinero tranquilo sin pensar en que tenía que gastarlo pronto antes de que se desvalorizara (como hasta hacía un tiempo mi papá había tenido un negocio, me había ido acostumbrando a calcular los lamentables porcentuales de deterioro de nuestra moneda). Y tal vez por todo esto -y por una suerte de confianza ingenua- a muchos nos tentó lo de la reelección en 1995.

Pero ya por entonces comencé a observar también otras situaciones y acontecimientos que no conocía, y que después supe (me dijeron) que tenían algo que ver con el efecto “Tequila”: la cara de Menem “sin patillas” y sus fiestitas (que en realidad habían comenzado ya antes), la privatización de empresas públicas, los cierres y despidos masivos de fábricas, gente que buscaba trabajo y no lo encontraba, y un deterioro notable del estilo de vida. Me acuerdo que cuando había terminado la escuela secundaria (hacia 1985, unos diez años antes) nos parecía lo más normal -con los ex compañeros de escuela- buscar trabajo y encontrarlo. De hecho

trabajé durante unos meses como cadete y luego como “profesor” (¿?) dando clases de apoyo en matemática en mi casa, antes de ingresar en la vida religiosa. Pero transcurridos pocos años de esta época que estoy describiendo, empecé a darme cuenta que lo habitual era ver jóvenes de veintitantos y hasta casi de treinta años que recién entonces lograban conseguir empleo por primera vez (y por supuesto que en condiciones muy precarias o “en negro”), o mayores de cincuenta que, habiendo quedado sin empleo a causa del cierre de la fábrica o empresa en la que trabajaban, ya muy difícilmente conseguían algo más que comprar y manejar un taxi o remís con el monto de la indemnización. Hacia 1999 la sensación que predominaba era la de “querer cambiar”. Pienso que en parte por todo esto ya a casi nadie sedujo una nueva reforma constitucional para hacer factible una “re-reelección”. Todo lo contrario...

Volviendo a lo de los comunes denominadores de nuestro ideario nacional, las *Bases* (que curiosamente comienzan con el mismo nombre que las fundacionales de J. B. Alberdi) afirman en su introducción que ante “la inédita crisis argentina” la salida “es posible”, pero que “debe construirse a partir de valores comunes”. Y se señalan como más significativos “la recuperación de la confianza como valoración del prójimo, la previsibilidad en las reglas de juego, la credibilidad ligada especialmente a la honestidad y a la transparencia de todos los actores, la solidaridad como expresión de una mayor justicia distributiva y de una austeridad compartida, la identidad como justa valoración del pasado y la vocación de construir una visión o proyecto de país ampliamente compartido”. Valores que, como se podrá haber notado en mi breve memoria histórica, parecen haberse ido deteriorando y diluyendo de un modo

más que notorio sobre todo en los últimos dos decenios (del período kirchnerista, posterior al *DA*, hablaré luego). Porque, ¿qué proyecto compartido de país se construyó en los antagónicos 70'? ¿O qué justa valoración del pasado y proyecto de país en los críticos y recesivos 80'? ¿Y qué solidaridad, justicia distributiva y austeridad en los individualistas, polarizados y “festivos” 90'? Por último, ¿qué previsibilidad de reglas de juego existió en todo este proceso (dejando de lado el “fiasco” del “corralito”)?

Por eso resaltaría la importancia y vigencia que desde entonces deberían tener para todos algunos de estos valores insistentemente destacados: la consideración del otro como prójimo en un marco solidario de austeridad; la referencia a la veracidad, honestidad y transparencia, asociadas al valor de la palabra dada y a las reglas de juego claras; la dimensión histórica de estas valoraciones nutridas de un pasado y proyectadas hacia un futuro. Me parece importante esta serie de afirmaciones sobre cuestiones éticas, ya que la dimensión coercitiva de la ley o la connotación autoimplicativa de los proyectos de poco servirían sin esta mirada axiológica de las cosas nutrida de valores profundos. Esto presupone una visión antropológica en la que las personas nos sintamos llamadas a vivir actitudes de autotranscendencia en relación a los demás, condición *sine qua non* para devenir nosotros mismos individual y colectivamente. De otro modo, las afirmaciones precedentes se convertirían en proclamaciones vacías, populistas, y sin asidero consistente y creíble.

El texto de las *Bases* destacaba que esta recuperación de los valores comunitarios reclama la participación de todos, y que exige “particularmente de la dirigencia política, financiera, sindical, empresarial y social gestos y decisiones que exhiban cambios de

conducta y explícitas reglas de juego”. A su vez, que “en este contexto las organizaciones de la sociedad civil, las redes y los nuevos espacios de asociatividad, basados en la lógica del desprendimiento y la reciprocidad, expresen el mandato ciudadano de construcción del sentido de equidad”.

Como puede apreciarse, lo dicho sobre la dirigencia en los variados rubros de nuestra vida nacional no podía legitimar por parte de los demás ciudadanos una “lavada de manos”, ya que todos terminamos siendo responsables y quedamos de algún modo involucrados en el desafío de promover el bien común social: dirigencia, ciudadanos y asociaciones.

Por último, se en las *Bases* se afirmaba que “la cooperación de los ciudadanos, su participación en organizaciones y movimientos sociales y su capacidad para establecer relaciones recíprocas y concertadas en redes de organizaciones del más diverso tipo resalta la importancia de los lazos horizontales para afrontar la crisis”, y que para eso “los argentinos necesitamos recuperar la credibilidad en nosotros mismos”. Esta observación atañe al restablecimiento de vínculos ante la experiencia de fragmentación y desconfianza recíproca que padecemos, y clama por una elevación hacia lo mejor de nosotros mismos.

Como vemos, antes de entrar en cuestiones específicas, el texto subrayaba actitudes generales que tienen un componente fuertemente ético. El motivo es que la *crisis argentina*, antes que socio-económico-política, era *de tipo moral*. Esto se expresaba en el deterioro de aquellos valores que otrora posibilitaron un más generoso, cordial y altruista modo de convivencia ciudadana -al menos en algunos sectores del país. Si bien muchas de estas observaciones atañen sobre todo a la dirigencia, de algún modo se

convierte también en desafío para cada uno de nosotros. Presuponen la convicción de que de poco serviría desarrollar convicciones estratégicas (técnicas o categoriales) si fallan aquellas de tipo fundacionales y trascendentales. Estas últimas son como el alma de esa refundación de la nación que la mayoría anhelábamos y queríamos. De ellas debíamos “hacer memoria” para recrearlas con imaginación en el presente.

¿Pero qué ha sucedido realmente en la última década 2003-2013 en el aspecto ético? Creo que coincidiríamos casi por unanimidad en que los decibeles de la corrupción fue creciendo exponencialmente, tanto en el aspecto público institucional, como en el sector privado. Los *lobbies* dirigenciales se aceptaron y la corrupción pública pareció tornarse grotesca. La confianza, ABC del capital social de todo país, decreció casi por completo. Las coimas y los negocios turbios, narcotráfico y trata de personas incluidos, se instalaron y profundizaron. La transparencia se opacó incluso en el organismo de estadísticas oficiales. El discurso de los medios, de uno y otro sector, se alejó por completo de la realidad: unos y otros “mintieron” o dijeron disparates. La sensación general es de una profundización del deterioro moral de la sociedad.

En base a estas convicciones generales, las consideraciones más específicas de las *Bases [=B]* se aglutinaban en tres núcleos. Los iré desarrollando, intentando hacer un cierto balance de lo acontecido al respecto en estos últimos diez años. Por supuesto que mis opiniones no deberán tomarse como las de un perito. Ni tampoco como palabra de Dios...

Una sociedad más equitativa

Durante mucho tiempo, países como Argentina y Uruguay se caracterizaron en América Latina por tener una pirámide social con amplia clase media. Esto favorecía la posibilidad de ascenso social y, dentro de todo, la participación en una cultura común y adhesión a un proyecto político compartido. Lamentablemente, en los recientes decenios las diferencias sociales se polarizaron enormemente. Un ejemplo de esto lo esgrime la constatación de que en estos últimos treinta años, el 80% más pobre haya sistemáticamente transferido riqueza al 20% más rico. Incluso aunque en la última década el país haya crecido, las desigualdades no solo persistieron, sino que se incrementaron.

Por este motivo ya el texto del *DA* señalaba la necesidad de equidad en la distribución de los costos de la crisis (*B 1*), como así también la de eliminar privilegios y excepcionalidades vigentes en los presupuestos públicos. Sostenía que deben ser la cultura del trabajo, de la producción y la austeridad los que guiaran a los agentes económicos. Y se subrayaba la atención prioritaria y renovada de la emergencia social, que “deberá gozar de una financiación segura”, pero simultáneamente de un alto grado de “auditoría social para evitar el clientelismo” (*B 2*).

Con respecto a la salud, se la reconocía como derecho inalienable, tanto a nivel preventivo como activo, asegurando la “continuidad de los servicios públicos y privados”, y “el acceso a los medicamentos e insumos críticos”. En cuanto a la educación, se la consideraba “política de Estado”. Esto suponía garantizar una oferta de calidad para todos, “capacitación docente permanente” y un “adecuado sistema de promociones para los más idóneos”.

También se incluía en esta prioridad la educación superior y científico tecnológica (B 4). Por último, se defendía la necesidad de una vivienda digna como ámbito de desarrollo humano, lo que suponía “un mejoramiento del hábitat comunitario e individual”, como también la posibilidad de generar nuevos puestos de trabajo a través de la reactivación de la construcción (B 5).

Percibimos que en las Bases la equidad presuponía poner un énfasis positivo en las condiciones para un verdadero desarrollo, centrado tanto en la producción y el esfuerzo creativo como en la superación de toda acepción de personas y grupos. Esto podía hacer pensar en planes a largo plazo. Pero por otra parte, la prioridad en la agenda social estaba puesta en lograr cubrir de un modo digno las necesidades primarias de salud, educación y vivienda. Esto parecía, en cambio, más urgente e impostergable.

Cuando miramos el desarrollo efectivo, al respecto, de la última década, percibimos que mejoró la situación en la base de la pirámide social. En términos generales, el acceso a los bienes de consumo primarios fue más satisfactorio que a fines de los 90' y comienzos del milenio. Si bien no le fue ajeno un cierto nivel de precarización (salud, educación), se incrementaron las ofertas de gestión privada, y fue un significativo porcentaje de la población el que pudo ir accediendo a este sistema. En contrapartida, el sistema de gestión público fue siendo más y más absorbido por personas de origen extranjero (sobre todo paraguayos, bolivianos, peruanos). En cuanto a la vivienda, se incrementaron las villas, en las que habita un 85% de extranjeros, provenientes especialmente de los países recientemente referidos. Pero en términos generales, las condiciones edilicias de las mismas parecen irse desplegando positivamente. En síntesis, podríamos decir que hoy por hoy los

servicios de gestión pública garantizan un mínimo, y que quienes pueden, intentan acceder a sistemas de gestión privada que ofrecen mejores y más eficientes servicios.

En cuanto al sistema educativo en particular, como así también en todo lo concerniente al desarrollo de ciencia y técnica, entre 2003 y 2013 se percibió un significativo incremento en su nivel de politización. Es cierto que la politización de la educación no es algo nuevo en nuestro país, pero pienso que la presencia de *La Campora* en estos últimos cinco años llevó el sistema a niveles inusitados, por más que a nivel universitario el movimiento kirchnerista haya experimentado significativa resistencia.

Estado, ciudadanía y democracia

La crisis de las instituciones amenaza la democracia, ya que expone a los organismos de gobierno a manipulaciones sectoriales y, a la sociedad en general, a procesos progresivamente anárquicos que destruyen el entramado social. Las *Bases* insistían en la “reforma del sistema político y de representación”, facilitando el acceso a las candidaturas, preservando los derechos de las minorías, la proporcionalidad y la equidad de género, el pluralismo, la participación popular y el amplio debate público de las cuestiones de interés general. Además se hablaba de una “reducción sustancial del costo de la política”, de la abolición de los regímenes especiales de privilegio, de transparencia en la gestión pública y renovación paulatina de la dirigencia (*B 6*). Lo que a mi modo de ver se percibió en la denominada “década ganada” fue más bien una concentración del poder y un avasallamiento de las minorías, de la

mano de una manipulación de la opinión pública acompañada de un incremento de los fondos públicos destinados a propaganda.

En segundo lugar, las *Bases* ponían el acento en la “reforma de la justicia”, ya que la confianza pública en ésta era un elemento fundamental para construir una sociedad más equitativa. Además se pedía facilitar a todos, particularmente a los más pobres, el acceso a la misma, y “desterrar la impunidad y el privilegio”, logrando su completa independencia de los otros poderes (*B 7*). Podríamos decir que, en términos generales, mejoró la credibilidad en la justicia, respecto de aquel enardecido “que se vayan todos” del 2002, que incluía también a los jueces de la Corte Suprema. Sin embargo, se percibió una ralentización extrema de los procesos judiciales, haciendo que muchas causas penales prescribieran, o que quienes accionaron contra el Estado -es emblemático, por ejemplo, el caso de los jubilados- tardaran hasta quince años en llegar a buen puerto. Por último, algunos resonantes casos de corrupción (por ejemplo, el de la venta de armas a Ecuador) cayeron sistemáticamente en manos del mismo juzgado que, sorprendentemente para la opinión pública, acabó absolviendo de culpa y cargo a todos los imputados: “Nadie fue”. Respecto de otros, como el del atentado contra la AMIA, nunca se pudo llegar a saber qué pasó.

Otra preocupación de las *Bases* fue la “transformación y mejora del sistema de seguridad”. Éste tenía que asegurar la necesaria convivencia social, previniendo y combatiendo toda forma de delito, sin lesionar el respeto a los derechos humanos. Se insistía particularmente en la “lucha contra el narcotráfico, el lavado de dinero, el fraude fiscal y el tráfico de personas”, y en que en función de ello se eviten superposiciones en el accionar de las

fuerzas de seguridad (*B 8*). En estos últimos años vimos proliferar, junto a los sistemas de seguridad (creación de cuerpos de policía metropolitana y municipales, presencia de prefectura y gendarmería en el gran Buenos Aires, multiplicación de la seguridad privada, etc.), la “sensación de inseguridad”. El registro de delitos se incrementó significativamente, incluyendo no solo robos sino también homicidios. El narcotráfico creció exponencialmente, como así también las denuncias por desaparición de personas (trata).

En las *Bases* se proponía un “renovado proyecto de ley de coparticipación federal”, que contemplara la complementariedad y la solidaridad institucionalizada de las jurisdicciones más ricas para con las más pobres, y una responsabilidad compartida y diferenciada en la recaudación y el gasto que amplíe la participación de los ciudadanos (*B 9*). Creo que en los últimos años se atendió a lo primero y se siguió descuidando lo segundo: se derivaron mayores fondos hacia las provincias, si bien por medio de la “caja” más que por una reforma en el sistema de coparticipación, pero no se corrigió el sistema de impuestos regresivo: los pobres siguen pagando más impuestos que los ricos, por ejemplo, a través del IVA que grava a todos por igual y la completa exención impositiva en actividades financieras (bursátiles). Lo único que se mantuvo fue el impuesto al cheque.

Por último, en las *Bases* se afirmaba que es fundamental mejorar sustancialmente la “transparencia y la eficiencia del gasto público”, para lo cual el Estado debía definir sus funciones y “formular presupuestos equilibrados” (*B 10*), propiciar una “reforma impositiva menos regresiva” en la distribución de las cargas, y estimular la repatriación de capitales argentinos y la inversión en actividades más intensivas en trabajo (*B 11*). Pienso que aquí fue

donde se dio una de las mayores distorsiones, ya que el Congreso siguió votando, año tras año, la ley de emergencia económica, con la que los gastos reservados para el uso discrecional del poder ejecutivo se incrementó significativamente. Esto permitió comprar voluntades políticas (diputados que cambiaban la intención de voto u orientación partidaria, gobernadores e intendentes alineados con el denominado “Proyecto Nacional”, etc. En la llamada “Década ganada” fue muy difícil disentir sin quedar con las cuentas en rojo... Con lo que la adulación pública acabó oscilando, muchas veces, entre la obsecuencia obsena y el ridículo payasesco.

En conjunto, para reconstruir el Estado y afianzar la democracia se insistía en fortalecer una representación real de los variados sectores de nuestra sociedad en transformación, una justicia y un sistema de policía eficaz que garantizaran la seguridad y el orden público, una redistribución social y federal más equitativa y justa, y mayor transparencia y eficiencia por parte del Estado. En fin, un verdadero desafío para cualquier proyecto serio de gobierno o estadista que se preciara de tal. No obstante, por lo que vimos, todo esto deja aún hoy mucho que desear...

Economía, persona e integración

Argentina osciló, también en estos últimos decenios, entre períodos de apertura irrestricta al imperio del mercado internacional y una estéril e implosiva cerrazón nacionalista. En este tercer núcleo de prioridades las *Bases* proponían un modelo de crecimiento económico equilibrado y armónico, que incluyera a todos los sectores y regiones, que contemplara la plena utilización

de los recursos locales, y que evitara las migraciones excesivas hacia los grandes centros urbanos (B 12). Haciendo un balance, en el último decenio América Latina tuvo “viento de cola”, gracias a la demanda de *commodities* en las grandes y pujantes economías asiáticas (China, India). Esto hizo que, sobre todo la soja, pero también la industria minera, experimentaran un gran desarrollo. A consecuencia de esto, mucha gente se vio tentada de vender o alquilar sus campos, y concentrarse en las grandes ciudades: el problema del crecimiento urbano no se solucionó, sino que se incrementó. También las denuncias y protestas por la utilización abusiva y no sustentable de los recursos naturales (por ejemplo, el cianuro utilizado en la extracción del oro a cielo abierto, o las nuevas iniciativas para la extracción de gas con sistemas hidráulicos).

En las *Bases* se destacaba la importancia de la “estabilidad monetaria, la necesidad de fomentar el ahorro y de reestablecer de inmediato un sistema financiero sólido y confiable”. Pero también se hablaba de promover la inserción de la Argentina en el mundo. Decía el documento que en el marco de la pertenencia regional, “la Argentina debe respetar los acuerdos internacionales firmados”, pero que al mismo tiempo “debe exigir que los procesos de tratamiento de la deuda externa se adecuen a las soluciones que el mundo está poniendo a consideración (quita, reconversión, reescalonamiento, reestructuración)”, de modo que se salvaguarde la dignidad de la persona humana. Al respecto, hubo una muy buena renegociación de la deuda externa llevada adelante en tiempos de Néstor Kirchner por el ministro de economía Roberto Lavagna. Pero recientemente se ha reabierto el canje de deuda de un modo desconcertante. Además, fue consolidándose la presencia

de un dólar *blue*, se impusieron muchas restricciones a la importación, desalentando la inversión local, prevaleciendo en todo una economía dirigista: ¡todo en la antípoda de lo actuado en los 90! ¡Un ejemplo más de ciclotimia argentina!

El crecimiento económico es una variable importante, no la única ni la principal, del desarrollo. Para propiciarlo, y según lo consensuado, Argentina debía convertirse en un país creíble y previsible, capaz de superar las veleidades que en política exterior (y diplomacia) la caracterizaron a lo largo de su historia. Pero para esto hacían falta instituciones sólidas, que por una parte tomaran conciencia de que los compromisos internacionales asumidos soberanamente (cuando y en el caso de que lo hayan sido) no pueden ser ignorados; y que por otra, tampoco cedan a la ingenua tentación de querer cumplirlos “a raja tabla” en detrimento de esa tal vez más importante “deuda social interna”. A mi modo de ver, a nivel de política internacional se jugó con el doble discurso: uno populista, que tuvo por ápice los nuevos reclamos por las Islas Malvinas, pero que también se expresó en objeciones ecológicas a la pastera Botnia, con lo cual se pretendió ganar el favor de la opinión pública interna. El otro, el fáctico, que llegó al extremo de no dar cuenta del dinero sacado secretamente del país y escondido en paraísos fiscales, expropiar sin medir las consecuencias las plantas de Repsol, o contratar con empresas de oscura trayectoria como Chevrón.

VI. Algunos criterios para seguir articulando un proyecto de país

No resulta fácil encontrar criterios comunes en los que podamos coincidir con una cierta soltura todos los argentinos. Por algo es proverbial nuestra capacidad de poder opinar diferente o disentir con el que habló primero incluso por nimiedades. Esto se puso claramente de manifiesto durante las difíciles sesiones del aludido *Diálogo Argentino*.

Sin embargo, sin acordar criterios comunes es imposible la convivencia democrática: terminaría imponiéndose, caprichosa y arbitrariamente, la ley del más fuerte. Por eso voy a tratar de proponer y desarrollar ahora cuatro consideraciones generales que me parece van al fondo de lo que podríamos llamar la “cuestión argentina”, y que tienen presente el “ideario nacional” al que hacía referencia en el capítulo anterior. A fin de ampliar el marco conceptual de referencia con documentos de vigencia internacional, iré iluminando mis proposiciones con textos de los anuales *Informes del PNUD*, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

La recomposición del entramado social

Este primer criterio nos involucra a todos en un diálogo paciente, servicio generoso y esfuerzo articulado con diferentes instancias oficiales y de la sociedad civil. Es un empeño que nos aleja de la tentación de pensar que quienes tienen que resolver los

problemas o aportar las ideas y el trabajo por el bien común son los otros: políticos, dirigentes, empresarios, Iglesia, escuela, etc. Tenemos una larga historia de “delegaciones”, más que representativas, irresponsables. “Sabemos que, con mucha frecuencia, la causa última del abandono en que se encuentra el hombre es la ausencia de compromiso político, y no la escasez de recursos” (PNUD 1991). Porque además las instancias representativas no agotan las variadas modalidades de participación ciudadana. En este sentido, “la participación popular significa que la gente intervenga estrechamente en los procesos económicos, sociales, culturales y políticos que afectan sus vidas (...). La participación en ese sentido es un elemento esencial del desarrollo humano” (PNUD 1993).

Lo cotidiano y lo local necesariamente personaliza, contribuye al reconocimiento de los demás, y ayuda a superar la fragmentación que nos acecha. Se convierte en criterio tanto para el discernimiento de una necesaria reforma política, como para garantizar la transparencia de gestión y administración de fondos públicos. Pero también permite establecer acciones eficaces contra flagelos como el crecimiento del narcotráfico o la trata de personas. Favorece el discernimiento de prioridades en las políticas educativas, crea cohesión social, consolida la propia identidad cultural, estimula el encuentro o afianzamiento del horizonte trascendente de la vida. Hace que las cosas maduren despacio pero seguro.

Y esto es importante, porque una tentación que nos caracteriza a los argentinos es la de querer pensar siempre a lo grande escapándonos de lo concreto. Lo cotidiano y lo local nos hace pasar necesariamente por las cosas. Además nos obliga a

encontrarnos con aquellos con quienes convivimos, a asumir las responsabilidades que a cada uno competen, a ganarnos el pan con el sudor de la frente, a madurar una cierta reciedumbre de carácter (que nos fortalece en la adversidad) junto a una necesaria flexibilidad en los posicionamientos (para convivir en la caridad).

En lo cotidiano y lo local nos vamos encontrando con el prójimo, con el conciudadano, con el extranjero, con el que piensa diferente. Vamos acrisolando la convicción del “a camino largo paso corto”. Desde las cosas de todos los días pueden abarcarse grandes horizontes y utopías; mientras que esquivando las primeras implosionan estas últimas, terminan deviniendo ilusiones fantasmagóricas. Sólo la concreción universaliza, sólo entrando en el espacio socio-cultural que habitamos y comprometiéndonos con él es que nos convertimos en ciudadanos del mundo. Dado que “la verdadera riqueza de una nación está en su gente” (PNUD 1990), al reconocernos y valorarnos, podemos ser capaces de colaborar en iniciativas mancomunadas que capitalicen nuestro patrimonio humano. De otro modo cada uno termina defendiendo su pequeña quintita.

Otra tentación que nos caracteriza es la de querer imponer a los demás nuestros propios *puntos de vista*, sin considerar que por algo el otro piensa lo que piensa o ve las cosas como las ve. En el fondo de esta intolerancia existe un cierto temor a perder: el fantasma de la inseguridad que nos generaría quedar desplazados de la consideración de los demás. Lo local y lo cotidiano nos enseña también a “negociar” para “pertenecer”. No todo lo que consideramos “no negociable” es tan absoluto como en principio pretenderíamos. Aquí tiene mucho que aportar la familia, primer ámbito de reconocimiento, escucha, valoración y reciprocidad, pero

hoy por tantos motivos desintegrada. La familia debería ser el espacio en donde podamos aprender a ir siendo nosotros mismos a partir de los otros, conviviendo y respetándonos en ese ejercicio diario de “ciudadanía” que desafía a todos.

Por último, lo local y lo cotidiano nos permite percibir y agradecer *las pequeñas cosas*. No sólo por acordar con el dicho inglés *small is beautiful*, sino sobre todo porque es la experiencia la que nos dice que en las instancias cotidianas se hacen los grandes descubrimientos y afloran las significaciones importantes de la vida. No es la cantidad de lo *macro* lo que más llena interiormente a las personas, sino “el gustar de las cosas internamente” (como diría San Ignacio de Loyola, en el librito de sus *Ejercicios Espirituales*) en los ámbitos *micro*: una persona querida o un núcleo de amigos, un logro concreto o un anhelo, un día de descanso, un hecho de vida. Casi me animaría a decir que es particularmente en las pequeñas cosas de la vida donde Dios se hace más clara y amorosamente presente. Y esto es parte de lo local y cotidiano.

Una dificultad que hoy se nos presenta es la vinculada a las nuevas TIC's. Si bien tienen el gran beneficio de mantenernos conectados, parecerían desalentar la capacidad de vinculación real de las personas, y las consiguientes habilidades que al respecto estamos llamados a desplegar. Por otro lado, dispersan, y en muchos casos, llevan al deterioro de espacios reales de convivencia y vida (por ejemplo, de la misma familia: cuantas desavenencias matrimoniales porque la mujer encontró un mensaje de otra persona en el FB o en el teléfono móvil de su marido). Por otra parte, la hiperconectividad conlleva estrés, y una consiguiente dificultad de concentración y diálogo. Permite elegir o desarrollar vínculos y

nuevas posibilidades de acción u opción, pero tiende a restringir la hondura y la estabilidad de los mismos.

Elevarnos hacia lo mejor de nosotros mismos

Y *hacerlo solidariamente*, como nación, desde nuestra riqueza humana, cultural y religiosa. Este llamado es más acuciante para quienes están involucrados en ámbitos dirigenciales: políticos, económicos, sociales y religiosos. Tenemos una historia reciente en donde lo llamado a ser “óptimo” se convirtió muchas veces en expresión de lo “pésimo”. La corrupción, mediocridad, corporativismo y liviandad que afectó principalmente a vastos sectores de la clase política, enriqueció a especuladores financieros, catapultó a gremialistas y líderes sociales a bancas parlamentarias (lo que no estaría mal si se usaran bien), o generó escándalos mediáticos. En fin, acabó sellando con un estigma condenatorio a toda persona, grupo humano o institución que, con responsabilidad y queriendo hacer bien las cosas, intentara emprender sinceras estrategias o acciones de envergadura en función del bien común.

Enterrar nuestros talentos auténticos puede acabar siendo una cobardía que nos conduzca al escepticismo y a la desesperanza. Poner *lo mejor de nosotros mismos* “en el asador” contribuye a que reconozcamos la dignidad existente en cada uno como personas sujetos de derechos y obligaciones. Es decir, nuestro carácter trascendente, nuestra originalidad de seres irrepetibles. Para los creyentes, nuestra condición de imágenes de Dios, hijos e hijas de Dios en el Hijo, llamados (en el caso de los

cristianos) a testificar de un modo inédito el rostro de Cristo en medio de la historia humana. Al respecto, dice un informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo que “lo que distingue a todas las civilizaciones es el respeto que asignan a la dignidad y la libertad humanas. Todas las religiones y las tradiciones culturales celebran esos ideales”, y que por otra parte, “en todas las regiones y culturas la lucha contra la opresión, la injusticia y la discriminación ha sido común” (PNUD 2000).

La elevación a lo mejor de nosotros mismos tiene una *dimensión de alteridad*. Sólo se eleva a lo mejor de sí mismo el que se autotransciende. Y no existe autotranscendencia que no considere e incorpore al otro en la “experiencia del nosotros”. Porque el cultivo del propio bien y felicidad siempre va aparejado a una consideración de las demás personas con las que se convive. Se puede decir que existe un nosotros en la vinculación amorosa del varón y la mujer, pero también en toda experiencia valiosa de convivencia comunitaria. Sólo en esa vinculación lúdica y tendiente a la gratuidad y reciprocidad con los demás es que se activan nuestras mejores energías: ideales, creatividad, talento, etc. Por eso, elevarnos a lo mejor de nosotros mismos supone redescubrir el valor del bien común. No nos realizamos a costa de la comunidad - como podría insinuarlo un modelo a ultranza competitivo, valiéndonos incluso del pobre- sino gracias a ella y con ella.

Esto es válido sobre todo para quien ejerce un *rol directivo*. Los cargos directivos y de autoridad son hoy, en general, mal vistos por la población. La idea que prevalece es que aquellos que ocupan esos puestos de “privilegio” se valen de los mismos al mejor estilo maquiavélico en función del propio provecho y beneficio. Lamentablemente esto muchas veces acabó y sigue siendo cierto,

pero no es necesariamente verdad que lo fue, lo es o deba serlo “por principio” en todos los casos. Tenemos en nuestra dirigencia ejemplos más o menos recientes de abnegación y altruismo dignos de ser recordados e imitados. Por ejemplo, en el ámbito eclesial: Enrique Angelelli, Carlos Mugica y Orlando Yorio, o en la medicina: René Favaloro. Pero también en el mundo de las ideas y la literatura encontramos encomiables liderazgos: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato. O en el de la música: Ástor Piazzolla, Atahualpa Yupanqui y Eduardo Falú. Es cierto, son figuras más bien carismáticas. Más delicado y polémico sería hacer, en cambio, una nómina de políticos. Pero me animaría a decir que Raúl Alfonsín fue despedido por el pueblo en el Congreso de la Nación con merecidos honores. Tal vez más anónima sea la lista de maestros y agentes sanitarios en barrios, ciudades del interior o zonas desfavorables que intentaron dar lo mejor de sí por su gente.

Por todo esto hay que procurar que especialmente quienes accedan a puestos encumbrados en la gestión de la cosa pública (y no sólo en el plano político o económico) se vean realmente animados por una *vocación de servicio*, avalada por una conducta y trayectoria ejemplar en su desempeño anterior. Porque si para Platón no había nada más digno que la altruista función pública de gobierno, tampoco nada era más detestable o pésimo que la abominable figura de un tirano (es decir, un gobernante corrompido).

Ningún plan ni estrategia política, económica, social o incluso pastoral -si tomamos también el campo religioso- es eficaz si las personas a cargo (o de algún modo involucradas) no están animadas de una sincera actitud de servicio. Éste se cultiva desde la *propia autocomprensión como ser trascendente*, dotado de

posibilidades inéditas. Sólo una antropología fundada en la gratuidad y el don como último criterio interpretativo de la propia existencia puede propiciar acciones notoriamente desinteresadas.

Lo que sucede es que hoy tenemos muy incorporadas antropologías reduccionistas que nos hacen creer con firmeza que “el hombre (necesariamente) es lobo para el hombre” (como decía Hobbes); que el afán de lucro o poder rigen nuestras vidas de modo absoluto e interesado (simplificando un poco y desde variados campos epistemológicos, al mejor estilo Locke, Smith, Nietzsche o Adler); o que nada puede ser priorizado al dictamen de la implacable pulsión sexual (como lo insinuaría Freud), etc. Premisas de este tipo bloquean todo proceso de autotrascendencia ya desde el vamos, nos impiden elevarnos solidariamente a lo mejor de nosotros mismos, y descubrir la comunidad nacional como “espacio” de encuentro y recíproco intercambio.

Valorarnos más e integrarnos mejor

Es un componente intrínseco a la experiencia de alteridad. Ser diferente del otro o de los otros no es prevalentemente una amenaza -aunque muchas veces lo vivamos así- sino más bien una posibilidad que nos viene ofrecida a nuestro crecimiento humano y espiritual. Aunque todavía nos cueste, tenemos que aprender a convivir en una *sociedad pluralista*. Existe en contra, sin embargo, una fuerte tradición nacional de incomprensiones recíprocas y de comportamientos ideológicos intransigentes, en la que sistemáticamente se procuró aniquilar al opositor.

En realidad “ninguna sociedad ha dejado de conocer el racismo, el sexismo, el autoritarismo, la xenofobia, que privan a hombres y mujeres de su dignidad y su libertad” (PNUD 2000). Nosotros la hemos vivido desde los albores de la argentinidad con la recurrente tensión polarizada entre saavedristas y morenistas, rivadavianos y rosistas, unitarios y federales, Buenos Aires y el interior, liberales y radicales, católicos y laicistas, peronistas y antiperonistas, guerrilleros y paramilitares, dictadura y democracia, menemistas y duhaldistas, kirchneristas y antikirchneristas, etc., etc. Nada más que para poner un ejemplo “tragicómico”, hago notar que la estatua del General Roca emplazada en la Diagonal Sur de la ciudad de Buenos Aires -entre otras muchas inscripciones que lo estigmatizan, por ejemplo, como “genocida” (junto a Videla)- tuvo una que decía con una buena dosis de cinismo: “Es preferible un *Mayo Francés* a un *Julio Argentino*”. Otra estatua, la de Cristóbal Colón, fue removida de su sitio natural, y durante mucho tiempo permaneció en posición horizontal, como descansando de un prolongado esfuerzo épico. Como vemos, en los mismos monumentos convergen diferentes ideologías y proyectos actualmente antagónicos de nuestra argentinidad.

Hoy este desafío de *diálogo y encuentro* superador se abre en varios planos. Un primer ámbito significativo es el de la denominada cuestión de *género*. La sociedad fue transformándose mucho a respecto en estas últimas décadas. En realidad es el mundo el que fue mudando. En esta cuestión específica fue significativo el trabajo de las mujeres en Estados Unidos y Europa durante las guerras mundiales, pero también la “liberación de los cuerpos” a partir del representativo “Mayo del 68’ ”.

A partir de esta fecha, que vino de la mano de los Beatles, la *Coke* y la marihuana, como así también de un discurso *hippie* antibelicista atestiguado por el *slogan* “hagamos el amor y no la guerra”, fue ingresando de un modo decisivo en las sociedades occidentales lo simbólico, lo afectivo, lo telúrico y lo místico. La aparición de estos últimos elementos, más afines al imaginario femenino, fueron acompañados por la irrupción de las mujeres en la escena pública y el progresivo desmoronamiento del heroico ideal prometeico del “varón moderno”: la *filles* sustituyó al padre fundador.

El camino hacia el pleno reconocimiento de la igualdad entre hombres y mujeres es fruto de “un proceso a largo plazo en que cambien fundamentalmente todas las normas culturales, sociales, políticas y económicas”. Para ello “se requiere una manera de pensar enteramente nueva, en la que los papeles estereotipados de hombres y mujeres ya no han de limitar sus opciones, sino que han de dar lugar a una nueva filosofía que considere a todas las personas como agentes sociales del cambio y al desarrollo como un proceso de ampliación de las opciones de ambos sexos y no sólo de uno” (PNUD 1995).

Pero además, y desde hace unos años, a la progresiva y hoy en muchos aspectos casi lograda equiparación de los géneros, se añaden nuevas costumbres, convicciones y estilos de convivencia. La irrupción pública de estilos de vida homosexual interpelan fuertemente el discernimiento social y específicamente legislativo. Casi me animaría a decir que hoy “está de moda” ser *gay*, transexual o lesbiana. Por supuesto, “si una persona es *gay* y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarla?” (Papa Francisco).

Por todo esto me da la impresión que sería válido, por ejemplo en lo atinente a la tradicional figura legal del matrimonio, lo concerniente a la *moral de mínimos*. No se puede imponer legalmente ni impedir más de lo necesario como para salvaguardar una convivencia social pacífica, por más que desde una perspectiva personal o sectorial puedan sostenerse valores y convicciones de mayor densidad y trascendencia humano-religiosa. Y esto no sólo por una cuestión de “mal menor”, sino por respeto a la libertad de conciencia de los demás. Porque es sólo en el respeto recíproco que puede testimoniarse que la persona es más que sus convicciones de género o comportamientos sexuales. Sin embargo, estas convicciones no nos pueden conducir a equiparar, mediante una legitimación jurídica, el matrimonio de un varón y una mujer con la unión de dos personas del mismo sexo, ya que desvirtuaría la naturaleza misma del primero.

Otro frente de tensiones es el campo de los *proyectos políticos*. Escuchando diferentes argumentaciones me voy convenciendo cada vez más de que, por diferentes motivos, las personas vamos forjando al respecto percepciones muchas veces conflictivas entre sí en relación a la resolución de idénticos problemas. El propio temperamento, el lugar social de origen, y las experiencias vividas -entre otros factores- van fraguando en nosotros orientaciones políticas diversas. Ni qué decir de las culturales y religiosas.

Por ejemplo, es claro que hay regiones en nuestro país en las que se valora preponderantemente la amistad, el encuentro, la fiesta, y sólo secundariamente se aprecia y estimula la laboriosidad. Es decir que, en todo caso, “se trabaja para descansar”. Esto acontece sobre todo en la franja norte de Argentina, en donde

además este comportamiento se hace comprensible por razones climáticas. Allí la mejor manera de reconocer a los otros es darles tiempo, sentarse a conversar y a tomar unos mates con “chipaco” o “tortas fritas”. El ajetreo en presencia de los demás es considerado una falta de respeto: nada es más importante, por ejemplo, que atender bien al que llega de visita o anda en necesidad de algo. Lo he comprobado personalmente durante los años vividos en Santiago del Estero, pero también misionando (o participando de encuentros) en diferentes zonas de Catamarca, Salta, Jujuy y Tucumán.

En la región litoral y rioplatense, en cambio, en donde el influjo de la inmigración europea ha sido más notoria, tiende a apreciarse el esfuerzo: casi parecería que “se descansa para trabajar”. Quien no lo hace es tildado de “vago”, y pierde reconocimiento y prestigio social. En Buenos Aires es raro reunirse para almorzar juntos con gente que no sea de la propia familia o muy íntimos, dado que lo que se acostumbra -a lo sumo- es ir a tomar un café (y sobre todo para hablar de negocios). Es cierto que en los barrios del gran Buenos Aires las costumbres son intermedias (y lo digo porque nací en Avellaneda, me crié en Valentín Alsina, viví cuatro años en Adrogué y dos en Martín Coronado), y el lugar en que se vive genera una cierta pertenencia. Pero de todos modos las prioridades evidentemente ya son otras.

Por otro lado es también cierto que luego pueden plantearse las consabidas cuestiones de justicia con respecto a en qué consistiría una redistribución equitativa en un país federal: el modo de hacerlo cuando la riqueza generada no fue forjada de un modo parejo por todos, pero también donde la capacidad productiva no es realmente la misma. Podría argüirse incluso que existe otro tipo de

bienes (menos ponderables o susceptibles de medición) que hacen conjuntamente a una riqueza de otro orden que no es solamente la de impostación económica: ¿cuál es el “precio” de una buena zamba o chamamé, cueca o estilo, chacarera o vidala? ¿o el del buen humor de un L. Landriscina? ¿o el de las observaciones sapienciales de un M. Menapace?

Un último nivel de pluralismo es el *religioso*. Ya nuestro país no es monóticamente católico. Tal vez nunca lo haya sido muy en serio (¿acaso no siempre se mezcló la superstición y los cultos ancestrales, por ejemplo, a la Pachamama con las expresiones del ritual católico?). Lo cierto es que hoy existe una fuerte presencia evangélica, protestante, judía, aborígen (con su bagaje de religiones tradicionales). Pero también un progresivo influjo oriental, teosófico y esotérico, un creciente número de grupos *New Age*, cultos umbandas, etc.

El reconocimiento de la alteridad pasa por rescatar lo mejor de cada una de estas expresiones, evitando las “demonizaciones” *a priori*, para enriquecer la propia experiencia religiosa desde su núcleo más profundo y auténtico. O en todo caso, para tomar conciencia de que en este núcleo original estaban ya implícitas de algún modo esas percepciones y riquezas que se pueden estar haciendo más evidentes en otras tradiciones espirituales que en la de uno mismo. Hoy somos más sensibles a todo esto, y el actual Papa Francisco ha dado al diálogo ecuménico e interreligioso un gran impulso.

Lo religioso toca el centro más profundo de la persona y configura su modo de autoperibirse en el mundo: en muchos casos le confiere su identidad más profunda. Por eso, la manera propia en que cada ser humano puede o no experimentar la irrupción del

“totalmente Otro” (R. Otto) en su vida, le genera un cierto pudor sacro. Tocar ese centro, o profanarlo mediante la ironía o el desprecio, es poner el dedo en el ojo de la discordia. Ni qué decir cuando la profanación es real, concreta, y no simplemente metafórica: el mundo de lo religioso es algo demasiado importante como para manipularlo con intenciones políticas, ideológicas, etc. Si la irrupción del misterio absoluto en los seres humanos redimensiona sus vidas y es capaz de ofrecerles sentido, tornarse intolerante o fundamentalista desde una perspectiva religiosa podría convertirse en motivo de conflicto social.

Cuenta de ello dan los lugares del mundo en donde las diferencias (no aceptadas) en lo religioso generaron y generan serios problemas y conflictos sociales. En el medioevo los provocaron las tensiones con grupos heterodoxos (como los cátaros y albigenses en el siglo XII); en los albores de la modernidad (siglo XV) la expulsión de judíos y musulmanes de la península Ibérica; en la clásica Europa de la modernidad (y hasta el Edicto de Nantes) las guerras entre católicos y hugonotes. En estos últimos años esto mismo aconteció en India, Paquistán e Irak, en Tierra Santa (entre judíos y árabes), en Irlanda del Norte (entre católicos y protestantes), en oriente medio contra los cristianos, o también, más casera y discretamente, en algunos barrios del conurbano bonaerense (entre cristianos y testigos de Jehová).

Apostar al mediano y largo plazo

El cuarto criterio que sugiero es, sin olvidarnos de lo inmediato y urgente, el de apostar las mejores energías disponibles a

proyectos de desarrollo integrales a mediano y largo plazo; que consideren factores ético-culturales, como ser la familia, el sistema educativo, la organización social y la administración de justicia; pero también lo concerniente a una sabia y conveniente integración regional e internacional.

Tenemos que ir más allá de nuestra costumbre de tapan agujeros o de ir apagando incendios a medida que estos se van produciendo. Tenemos que incorporar la racionalidad proyectual y estratégica en muchos campos en los que habitualmente nos gana la emotividad evanescente y sin norte. Sin caer en los dogmatismos a ultranza -que por otra parte son en sí mismos irracionales y no nos han conducido más que a fracasos (ya sea el dogmatismo liberal, el justicialista, el de la reorganización nacional, el neoliberal, etc.)-, esta racionalidad lúcida y crítica, referenciada y orientada, tiene que ser capaz de hacernos ir más allá de los humores de las personas de turno a cargo, o de los fugaces sentimientos de la opinión pública mensurados *on-line* a través de las permanentes encuestas de hogar.

Hay proyectos que deberían ser “política de Estado”, de modo que, con la progresividad que inherentemente les corresponda, se vayan consiguiendo los objetivos estipulados en lapsos de tiempo superiores a aquellos con los que acostumbramos movernos. Tenemos que vencer definitivamente el consuetudinario hábito de sacar improvisadamente soluciones de la galera “cuando las papas queman”. El éxito en todos los órdenes es consecuencia de una concienzuda y prudencial planificación, como así también del justo esfuerzo, austero y cotidiano, por ir dando equilibradamente los pasos más oportunos en orden a las metas más convenientes. Porque según los teóricos, la política debería ser el “arte de lo

posible”, y no (como en Argentina) “el arte de improvisar”. Y doy por supuesto que esto no inhibe la creatividad y el talento de las personas y grupos humanos, sino que los posibilita y encausa; y que tampoco los proyectos de largo aliento son sinónimos de cerrazón a la novedad de los tiempos y avatares de los días, sino que más bien los van integrando oportuna, inteligente, provechosa y hasta lucrativamente.

En el marco criteriológico de una apuesta al mediano y largo plazo -a una con otras instancias, organismos y regiones del mundo que la padecen- tiene que entrar como prioridad en el desarrollo la *erradicación de la pobreza*. Éste es “un imperativo moral y un compromiso de solidaridad humana”. Dado que “ya no es inevitable”, ha llegado el momento de “erradicar los peores aspectos de la pobreza humana en un decenio o dos, para crear un mundo que sea más humano, más estable y más justo” (PNUD 1997). La erradicación de la pobreza es la primera de las así llamadas *Metas del milenio* de las Naciones Unidas para estos años (¡el propósito era para el 2015!). Pero cuidado: erradicar la pobreza no es lo mismo que erradicar a los pobres. Y en la práctica estas cosas tienden a (querer) confundirse.

Mirándolas en conjunto y resumiendo, creo que las cuatro propuestas criteriológicas desarrolladas en este capítulo estarían respondiendo plenamente al espíritu del *Diálogo Argentino*, de la *Reforma constitucional (1994)*, y de los *Informes del PNUD*. Irían también -para los católicos- en la línea propositiva de los últimos pronunciamientos de la Conferencia Episcopal, y considerarían -por último- las dificultades más profundas existentes en nuestro *ethos* argentino.

TERCERA PARTE:

LA PROYECCIÓN DE UN PAÍS CON FUTURO

Me da la impresión que los *países de origen latino* tenemos una innata tendencia a procurar comprender nuestro pasado (con mayor o menor rigor y profundidad) y a observar nuestro presente (con variado interés y objetividad), pero bastante menos costumbre, preocupación y habilidad al momento de intentar delinear y proyectar nuestro futuro de un modo estratégico y ordenado.

A esta característica más original y propia de los países latinos (que resalta al menos por comparación con otras naciones de occidente) podríamos añadir otra especificidad que emerge (en el caso del mestizaje latinoamericano) de nuestro componente aborigen y afroamericano, y que resumiría en la tendencia que tenemos a conducir las explicaciones de lo real (antiguo, actual o posible) por el lado del mito y lo “mágico”. Es decir, que en general preferimos “explicar” mediante recursos simbólicos y prelógicos (en el sentido de *logos*, palabra, razón) más que por causalidades fácticas.

Si bien es cierto que esta segunda característica puede tener ventajas en el plano de lo “humano” -ya que estas explicaciones nos invitan inexcusablemente a querer vivir con sentido lo que nos va aconteciendo personal o colectivamente; incluso a riesgo de que este sentido sea el de la mera “fatalidad” del acaso-, también puede condenarnos al fracaso estructural como personas y como nación en un mundo regido por parámetros empíricos de competitividad. O

incluso más: la mitificación simbólica de la historia (interpretada con una fuerte dosis de subjetividad) nos puede terminar haciendo vivir sin una historia (que objetivamente transcurre), en el eterno gerundio del “ir siendo”.

En cuestiones estratégicas y planificación anticipada han demostrado mucha mayor habilidad e iniciativa los *pueblos anglosajones*, que tal vez cayendo en un cierto pragmatismo materialista (que acaba deshumanizando a quienes se entusiasman demasiado con él), se suelen adelantar a los hechos, previéndolos con suma frialdad y relativa precisión.

Ya se trate de resultados comerciales, negociaciones diplomáticas o acciones bélicas; de investigaciones espaciales o desarrollo tecnológico; de organización urbana o huracanes caribeños, etc., en todos estos campos la razón empírica procura anticiparse a los acontecimientos y actuar en consecuencia. Como lo haría el mejor de los ajedrecistas con su juego, intuyendo y planificando estrategias, evitando y construyendo celadas, utilizando recursos tácticos oportunos, y buscando aprovechar del mejor modo posible los espacios que su adversario le pueda ir cediendo en el tablero.

Por eso tal vez con menos imaginación y sueños auténticamente humanos que los latino(americanos) -más dotados estos últimos para la fiesta telúrico-dionisiaco-espiritual que para la laboriosidad uránico-apolíneo-racional, propia de los primeros-, puede que habitualmente los países nórdicos tengan un sentido mucho más realista de las cosas; lo que les permite obtener mejores logros y posicionamientos en el nuevo orden mundial (en gran parte por ellos mismos diseñado).

Algo análogo podría decirse de los competitivos países del oriente asiático (Japón, China, India, Corea, Taiwán), que han demostrado gran capacidad de planificación, eficiencia y trabajo productivo, aprovechando su fuerte sentido cultural y religioso de disciplina-armonía y sociedad-totalidad (duplas propias, por ejemplo, del shintoísmo, confucianismo, hinduismo y budismo). Han sabido traducir secular (y productivamente) la sabiduría religiosa destilada en el alambique de milenios: lo han hecho en sus modos de organización social, conducción política, e iniciativa empresarial; todos ellos (desde una perspectiva práctica) sumamente exitosos.

Me pregunto: ¿todo esto es sólo una cuestión de idiosincrasia? ¿Está inscrito en nuestros genes y *ethos* latinos (y ahora especialmente argentinos) que nuestro futuro deba ser impredecible, ajeno a toda planificación posible y absolutamente sorpresivo? ¿Estamos de acuerdo en que lo nuestro sea esperar y dejar que las cosas “vayan siendo”? ¿Es cierto que no se puede torcer este “destino” de frustraciones y desencantos?

Evito responder... Para ser coherentes con lo dicho hasta el momento en las dos primeras partes de nuestro trabajo, tenemos que ir ahora a lo concreto y ver en qué sentido un nuevo estilo de país es posible. Para esto no hay nada mejor que comenzar por rescatar los emergentes ya existentes de esta nueva Argentina. Estos emergentes son reales aunque no siempre ocupen las primeras planas de los periódicos ni se los anuncien con luces de colores o *spots* publicitarios en la TV. “Son y están” más allá de la impresión que en contrario alguno pueda tener. Y por supuesto que de una manera real, y no mítica (*Capítulo VII*).

Sin embargo no basta con constatar lo que se va dando: para no quedarnos como meros espectadores pasivos de episodios

sociales conducidos por un destino ciego y caótico, y en cambio empezar a creer en serio en la Providencia, -que se “toma a pecho” nuestra libertad responsable-, hay que proyectar con generosidad y de un modo sistemático los ejes vertebradores de una utopía posible de país en el mediano y largo plazo (*Capítulo VIII*).

Por último, sin perder esta visión de conjunto, hay que focalizar la atención en algunos caminos prioritarios que vayan respondiendo cotidianamente a los desafíos que recapitulábamos en el capítulo IV. Muchos de ellos serán responsabilidad de los organismos estatales de gobierno, pero tal vez la mayoría estén al alcance de la mano en diferentes instancias de la sociedad civil y dependan de la buena voluntad de cada uno de nosotros. Son acciones que, en su conjunto, nos permitirían ir alcanzando el ideal colectivo soñado de un modo cierto, práctico y eficaz (*Capítulo IX*).

VII. Los emergentes de una incipiente reconstrucción

“La esperanza nos ayuda a discernir y reconocer los signos de luminosidad que nunca faltan en medio de la oscuridad” -decían los obispos hace unos diez años-: de entre los escombros de una vieja Argentina van también gestándose y aflorando emergentes solidarios de reconstrucción. En efecto, ante “la debilidad del Estado”, su dificultad para ser actor principal en la resolución de problemas sociales y la desconfianza en la mediación de los políticos, se “ha ido generando una amplia red social”, con sensibilidad para con los problemas de los distintos sectores y preocupada por dar respuesta solidaria a los más pobres. Esta red representa, con mayor transparencia, “lo sectorial y local: el barrio, la región, el pueblo, la parroquia, el municipio”.

Empiezo, de este modo, reseñando lo que espontáneamente ha ido surgiendo de las “bases” de la sociedad civil para ir afrontando las crisis de estos últimos quince años, y que fue parcialmente acompañado y subsidiado a lo largo de este último decenio por el Estado. Mirando con atención, en estos nuevos emergentes pueden distinguirse niveles de acción que tienden a paliar las urgencias en el corto plazo; otros que apuntan a favorecer (y expresar) una nueva creatividad y alternativas laborales en el mediano tiempo; y un último grupo que apunta a rediseñar un nuevo modelo de sociedad en el largo plazo.

Saliendo al paso de las urgencias

Hubo (y hay) situaciones que no podían ni pueden esperar. De cara a las mismas la sociedad argentina fue implementando - sobre todo a partir de los 90'- una serie de estrategias y conductas que permitieron ir recuperando vínculos e ir reconstituyendo un cierto entramado social. Las mismas quedan básicamente reflejadas en la revalorización del núcleo familiar, el surgimiento generalizado de comedores populares, los voluntariados de diferente cuño y el auge del "trueque".

En efecto, hacia los 60' y 70' la tendencia que prevalecía en relación al *núcleo familiar* era más bien "centrífuga". El mayo francés y la liberación femenina contribuían a que ni bien se podía, las personas se separaban y alejaban: se buscaba la independencia económica y social que auguraba una vida menos sujeta al control y presión social ejercida por el entorno familiar. En los 80' esta situación se acentuó con la flamante ley de divorcio: mucha gente que ahora podía legalizar (y legitimar) un nuevo estado de vida después de una relación matrimonial desavenida se valía de la ley de 1987 para intentar un nuevo estilo de vida: fue la década que vio surgir los "solos y solas".

Pero en los 90' algo cambió: el movimiento centrífugo no sólo se estancó sino que empezó a revertirse drásticamente y fue reemplazado por otro de signo inverso ("centrípeto"). Comenzó a avizorarse en el escenario social un *retorno al hogar* como ámbito de contención y seguridad. Este repliegue estratégico fue notorio especialmente entre los jóvenes, que al no conseguir trabajo o haberlo perdido y no reencontrar otro, comenzaban a ver hasta con

ventajas el retorno a casa o la permanencia junto a sus padres (y así la adolescencia psicológicamente se prolongó notablemente).

También los adultos con relaciones desavenidas acabaron por preferir permanecer separados pero bajo un mismo techo, antes que duplicar los gastos del autofinanciamiento individual. Con esto, el *boom* de la libertad se veía ahora seriamente condicionado. Porque además (por diferentes factores, entre los que resalta la implementación de la llamada “flexibilidad laboral”) el valor real del ingreso *per capita* fue sufriendo una merma significativa. En algunos casos la limitación en los mismos condujo a que grupos familiares enteros vivieran en 2002 -al menos oficialmente- con los \$150 de un subsidio encubierto otorgado por el Estado (los famosos y controvertidos planes *Trabajar*, luego reemplazados y mejorados por el *Jefes y jefas*, y más recientemente, *Argentina Trabaja* y el subsidio universal por hijos), o incluso -cuando era factible- de la magra jubilación del abuelo.

Ahora bien. Si todo este proceso lo observamos procurando resaltar lo que tiene de positivo, percibimos que en términos generales se produce una revalorización del núcleo familiar, por más heterogéneo que éste haya devenido, sobre todo en esta última década. Aunque más no sea porque “no queda otro remedio”, los diferentes modos de convivencia familiar (núcleos primarios de la sociedad) fueron reorganizándose estratégicamente y recreando más libremente sus vínculos. Esto fue permitiendo que sus miembros adoptaran iniciativas complementarias que apuntalaran no sólo la subsistencia (por ejemplo, en torno a un microemprendimiento familiar) sino también la pertenencia y la autoestima de sus integrantes.

También en este contexto de “necesidad y urgencia”, en casi todos los barrios de ciudades y pueblos del país fueron surgiendo comedores destinados a ofrecer (al menos) un plato de comida al mediodía para los niños (y en algunos casos, también a los adultos indigentes). Las modalidades fueron muy variadas. Algunas nacieron por iniciativa política; otras -la mayoría- por gestión de *Caritas*, y luego recibieron (no en todos los casos y -cuando aconteció- generalmente de modo parcial) una subvención del Estado nacional o provincial. Por último, muchas de estas iniciativas surgieron por interés de juntas vecinales o -sobre todo- de los propios interesados. En todos los casos, los niños más indigentes tenían la oportunidad de recibir una ración más o menos sólida de comida.

En torno a estas iniciativas, fueron llegando donaciones de fideos, arroz, polenta, fruta, jugos, o incluso garrafas, etc. Quienes estando en una situación muchas veces “apretada” todavía no se sentían “ahogados” fueron contribuyendo solidariamente a que el comedor de su barrio tuviera lo indispensable como para seguir funcionando. Estas expresiones espontáneas de solidaridad fueron sirviendo de contrapeso a las tendencias estadísticas que sobre todo a partir del 2001 señalaban un incremento de los casos de desnutrición, y que por aquellos tiempos llegaban a convertirse en noticia mediática.

A estas experiencias se sumó un fuerte servicio de *voluntariado*, y en algunos casos, el de personas que percibían un ingreso por medio de planes sociales y debían prestar algún servicio público en contrapartida. Cuando los intereses partidarios o la acción de punteros políticos no obstaculizaron las iniciativas - cosa que en realidad frecuentemente sucedió, y en estos últimos

años llegó incluso a controlar la escena-, ni manipularon la situación de necesidad de la gente con apetencias mezquinas -oportunismo que siempre estuvo presente, cobrando un significativo porcentaje de la “gestión” de los planes-, los comedores tendieron a propiciar la consolidación de núcleos y redes de solidaridad en las comunidades.

En los casos en que estas experiencias prosperaron y maduraron más (gracias al compromiso y búsqueda solidaria de la misma gente), se añadieron al servicio básico de alimentación otros también necesarios (como por ejemplo, los de salud, atención psicológica, talleres de creatividad, asesoramiento jurídico, etc.), tendientes a paliar los efectos negativos de la crisis y a mejorar la precaria cobertura social de los más pobres con prestaciones que contribuyeran a una mejor calidad de vida. Al respecto, y a modo de ejemplo, es interesante el trabajo que vienen haciendo grupos de alumnos de la UCA en las villas 1-11-14 y en la 21, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Así, las necesidades impostergables de mucha gente fueron generando variadas expresiones de solidaridad y voluntariado en los barrios entre quienes se sentían capaces y dotados para ofrecer algo. Jóvenes, mujeres, adultos, jubilados, profesionales, artistas, ofrecieron su tiempo, capacidad y recursos para mejorar la situación sufrida por los sectores más deteriorados de la población. Los obispos hacían notar por entonces que “afloran de modo espontáneo, particularmente desde los sectores más pobres, muchas expresiones de solidaridad con raíces humanitarias y evangélicas, las que con un voluntariado audaz y sacrificado van extendiendo redes solidarias, verdaderos puentes de ayuda y

cercanía entre los que pueden y se conmueven, y los que necesitan y agradecen”.

A veces los voluntariados surgieron con ocasión de situaciones muy precisas: las más significativas y traumáticas fueron las originadas por las inundaciones en la provincia de Santa Fe o posteriormente en La Plata, que dejaron más de doscientos muertos en total y miles de familias sin casa ni pertenencias. Pero también otras situaciones extraordinarias (Cromagnon, explosión de gas en un edificio céntrico en la ciudad de Rosario, accidentes ferroviarios de la línea Sarmiento, etc.), o más cotidianas y menos promocionadas, pero que también fueron generando variadas iniciativas: los enfermos sin obra social (y aparecieron centros asistenciales improvisados o reconvertidos); los luctuosos acontecimientos de diciembre de 2001 (y aparecieron los consabidos movimientos reivindicatorios pidiendo justicia); la dificultad en el aprendizaje de los niños (en gran parte debido a la mala o escasa alimentación, lo que hizo que se multiplicaran los merenderos con apoyo escolar); la necesidad de organizarse barrialmente (y surgieron iniciativas de asesoramiento técnico, nuevas juntas vecinales y ONG's especializadas a respecto); la imperiosa demanda de contención humana y espiritual (ofrecida, por ejemplo, en muchas comunidades cristianas y movimientos), etc. En otros casos esto mismo generó variadas modalidades de intercambio de dones -como elocuentemente lo expresa en varias diócesis del país el desarrollo del plan COMPARTIR-, experiencias de trabajo solidario, e incluso el afianzamiento de cooperativas de trabajo y microemprendimientos mancomunados.

Pero las expresiones más significativas y aparentemente novedosas de intercambio en situación de “necesidad y urgencia”

(hoy ya claudicantes) fueron las vinculadas a las variadas modalidades de *trueque*. Y así, valiéndose de olvidadas posibilidades comerciales, surgieron en la sociedad civil los “clubes de trueque”, que llegaron a conformar toda un área en la economía (llamada) informal.

Si bien esta práctica de intercambio de bienes y servicios siempre existió en las clases populares (y esto de un modo espontáneo y sin demasiada planificación), en 2001 y 2002, con la agudización de la crisis el trueque terminó siendo practicado por la clase media “venida a menos”: bienes ahora ya no tan necesarios (o al menos de los que podía y debía prescindirse y desprenderse) se metamorfosearon en alimentos, ropa y otros artículos de primera necesidad. También el ingenio de lo que se sabía y podía hacerse fue ofrecido en este mercado de reciprocidades.

Imaginación e iniciativas laborales

Junto a los emergentes de urgencia se fue dando un segundo nivel de respuestas que apuntaban a recrear las posibilidades laborales. Habiendo hecho crisis el omnipotente Estado de bienestar, y superadas en parte algunas expresiones de protesta y violencia (que son casi siempre manifestaciones de impotencia), muchos comenzaron a advertir que había que recrear con imaginación las fuentes laborales. Habiendo implosionado por entonces -posteriormente advertimos que sólo de modo provisorio- algunos mecanismos del consuetudinario clientelismo político (sobre todo a partir del popular *slogan* “que se vayan todos”), parecía que ya no valía la pena alistarse detrás de las ilusorias

promesas de los caudillos o perder tiempo en las filas de “punteros”, que ahora ya no podían ofrecer (al fin y al cabo) gran cosa: no tenía sentido pasar los sábados por la tarde en una Unidad Básica ni hacer mérito aplaudiendo al político de turno. Comenzaba a gestarse la convicción de que dependía de uno (o incluso “de nosotros”) buscar o crear otras alternativas más dignas y convenientes. Fue una experiencia muy importante para nuestro crecimiento colectivo.

La iniciativa más elocuente fue la de los *cartoneros*. Sobre todo el microcentro porteño y las calles de las zonas residenciales comenzaron a llenarse de gente (a veces familias enteras) que diariamente se trasladaban desde la periferia para rebuscar en la basura en búsqueda de papel y cartón, pero también de otros artículos de descarte todavía (en realidad) utilizables o vendibles. Incluso, si se daba la oportunidad de encontrar algo, comida para llevar a la boca. Valiéndose muchas veces de los emblemáticos y significativos “changuitos de supermercados” (casualmente aparecidos en la escena pública desde aquél diciembre del 2001) y alentados por la mejor cotización del material reciclable y una cierta reactivación industrial, se comenzaba ahora una actividad más pacífica, segura y con cierta expectativa remunerativa.

Pronto la organización mejoró notablemente: ya no sólo se juntaba elementos reciclables para venderlos a los grandes acopiadores, sino que la gente se fue organizando y distribuyendo en equipos de trabajo y jurisdicciones, donde se valoraba, pesaba, cargaba, acopiaba y vendía lo recolectado. De este modo se iban evitando los intermediarios. Y soy testigo de que hasta se incluyeron momentos lúdicos, festivos y guitarreadas. Hoy los cartoneros siguen instalados y legitimados laboralmente en las

grandes ciudades de nuestro país. Y varios de ellos han visitado al Papa, vestidos con sus uniformes de trabajo, en Río de Janeiro...

A diferencia de los piqueteros, que con el tiempo empezaron a chocar con la oposición casi generalizada de la ciudadanía (que veía con fastidio cómo esta gente, cortando calles y puentes, y captando la atención mediática, conseguían incluso más que quienes religiosamente madrugaban día a día para concurrir a sus actividades), los cartoneros siempre merecieron el respeto de la ciudadanía, el cual se supieron granjear con su abnegado trabajo y respeto por la propiedad ajena.

Es cierto que hoy mucha gente se pregunta si no sería mejor que el reciclado de estos materiales estuviese a cargo de una empresa, que mejor organizada evitase además los consabidos riesgos de contaminación o infección a que se exponen quienes trabajan en condiciones muy precarias y faltas de higiene, ya que además esta propuesta contribuiría al orden y limpieza de la ciudad. Sin embargo también sería cierto que sólo un porcentaje pequeño de los actualmente diez mil cartoneros que recorren la Capital Federal lograrían encontrar en una empresa así un lugar de trabajo.

Por otra parte, así como el “uno a uno” terminó de destruir (prácticamente) a la pequeña y mediana industria, la devaluación alentó intentos e iniciativas por volver a sustituir importaciones (objetivo que había sido más que satisfactoriamente logrado hacia los años 60' con la por entonces floreciente “Industria Argentina”). Así, aprovechando muchas veces las antiguas matrices de máquinas casi herrumbradas, se incrementaron los *microemprendimientos* y se consolidaron pequeñas *cooperativas de trabajo*. En muchos casos a partir de vinculaciones de amistad o familiaridad. En otros se continuó o retomó la producción en

fábricas que habían cerrado sus puertas (por ejemplo, la por entonces polémica Brukman).

En términos generales, podría decirse que las políticas públicas favorecieron este tipo de iniciativas, si bien resultó muy difícil competir con un mercado internacional tan agresivo como, por ejemplo, el chino. Algunas estrategias de política aduanera favorecieron de hecho a estos emprendedores, si bien estas mismas prácticas tuvieron la contrapartida de dificultar el ingreso de insumos necesarios para desarrollar un mayor crecimiento. Una dificultad no pequeña fue y es la pérdida de habilidades en oficios técnicos. Estas habían sido adquiridas oportunamente por personas que al momento rondan los sesenta años, pero no por las más jóvenes, que no recibieron o no se ejercitaron por lo general en una formación y actividad industrial. Este fenómeno tuvo un triple origen: 1) la insana costumbre noventista de importarlo todo; 2) la reforma educativa que tendió a desestructurar por la base la capacitación técnica; 3) las excesivas políticas oficiales de subsidios, que aletargaron muchas iniciativas.

Otra dificultad con respecto a la reactivación de antiguas fábricas la constituyó la cuestión legal (y el derecho) de propiedad: me refiero a la licitud por parte de los trabajadores de tomar una unidad productiva desconociendo los derechos patronales a disponer libremente -indemnizados los obreros- del destino de sus bienes. Por otra parte es cierto que el trabajo legitima derechos, y que en una jerarquía de prioridades, éste puede ser más urgente y necesario que un bien de capital cuyo valor se hubiese ido amortizando (produciendo réditos) a lo largo del tiempo. Sobre todo sabiendo que, desde inicios del nuevo milenio, es casi imposible volver a encontrar una ocupación digna. En todo caso, habría que

encontrar modalidades intermedias, en donde ambos derechos (el de los trabajadores y el de los propietarios) fuesen salvados con equidad y justicia.

Finalmente, se hicieron todos los esfuerzos y manifestaciones posibles para evitar la venta o cierre de empresas de envergadura (por ejemplo, las Aerolíneas Argentina -después de su “trágica” asociación con Iberia- y Lapa -sobre todo después del conocido accidente protagonizado en Aeroparque). El fenómeno no es muy diferente al que se produjo con otras empresas que en su momento fueron privatizadas, con la diferencia que en esta última oportunidad las acciones fueron exitosas por parte de los empleados. Por otra parte, esta misma modalidad de resistencia se produce en otras regiones del mundo (como por ejemplo sucedió en España con la negativa de los obreros a aceptar la privatización de los astilleros navales). Si bien la recuperación económica se concentró en los rubros agrícola-ganaderos (único bastión tradicionalmente reconocido y protegido en la economía argentina), podría decirse que la calidad de los productos nacionales que volvieron a fabricarse fue en general progresivamente repuntando y que aumentaron las exportaciones incluso de pequeños productores y cooperativas (como por ejemplo, las vinculadas con la miel y las artesanías).

Pero el problema de los *commodities* es que, -sumamente redituables en el exterior-, no encuentran estímulo económico para una comercialización dentro de nuestras fronteras. Y esto en detrimento de quienes no exportando ni beneficiándose de las actuales reglas de juego, vieron decrecer el poder adquisitivo de su renta y se ven todavía obligados a pagar “a precio dólar” lo que a bajos costos es producido en el país. Tal vez bajo esta perspectiva

haya contribuido el dólar *blue* a que esta brecha comercial no fuese tan extrema, lo mismo que las retenciones aduaneras del 35%. Pero lo que posiblemente no se hizo bien, fue la organización de los mecanismos redistributivos, que fueron reemplazados por prácticas clientelares destinadas a perpetuar en el poder a los gobernantes de turno. Podríamos preguntarnos, ¿cómo optimizar los mecanismos redistributivos a partir de las vigentes retenciones aduaneras, para que sin quitar el estímulo de una mayor ganancia a quien exporta (lo que beneficia ciertamente al país con el aumento de sus divisas), se subsidie de un modo digno a quien no puede hacerlo, incluso por medio de trabajos económicamente no tan productivos pero sí necesarios? ¿No sería conveniente hacerlo con las pequeñas y medianas empresas que ocupan mano de obra creativamente, para que su actividad industrial y comercial resulte viable, conservando las fuentes de trabajo? El problema es que para un interés político pragmático, el trabajo digno “libera” del empeño clientelar, la vía más directa para garantizar reelecciones ilimitadas. Pero entonces se pierde o se malgasta el “viento de cola”, y una “década ganada” termina convirtiéndose en “década perdida”... (A modo de ejemplo, podríamos preguntarnos que resultó, al final, del anunciado *plan de infraestructura* por el entonces presidente de la Nación Néstor Kirchner).

Otra manifestación ingeniosa de iniciativa laboral fue la aparición de *puestos y artistas ambulantes*. Si bien es cierto que por una parte podía y puede caerse en las estereotipadas ofertas del “todo por \$5”, en otras se reflejaba un cierto espíritu de innovación y refinamiento (por ejemplo, en el subte ‘B’ o en el ‘D’, desde hace unos diez años a esta parte, fue siendo cada vez más común encontrarse con grupos musicales o solistas muy bien dotados en

su arte). En fin, incentivadas por la crisis, muchas personas (incluso de “tez blanca”) se animaron a tomar iniciativas y a emprender ideas que en condiciones normales jamás hubieran osado hacer. Estas expresiones fueron mostrando cómo lo que comenzó como salida de urgencia se fue haciendo habitual y perfeccionando. Muchos comerciantes informales fueron progresando, otros se asociaron (la Feria de *La Salada* se convirtió en el lugar más emblemático) y entonces transforman su oferta única en puestos ambulantes en los que venden por ejemplo ropa (y en general a precio conveniente). Tema aparte es la cuestión planteada por los comerciantes de la zona que tienen negocios en regla y pagan como corresponde sus impuestos a la AFIP, o también la cuestión de cómo se hace para proveer mercadería a precios tan competitivos sin contar con mano de obra barata, o incluso esclava. Los talleres clandestinos de costura parecen constituirse en socios inevitables de esta clase de comercio.

En esta misma línea, podría decirse que no todas las nuevas formas de creatividad laboral que fueron apareciendo en la primera década del milenio, y que hoy se ofrecen en el país a consecuencia de la reactivación económica posterior a la crisis, tienen siempre la capacidad de humanizar verdaderamente. Por ejemplo, el significativo y plausible aumento del turismo, que por una parte genera tantas posibilidades comerciales para la industria hotelera, gastronómica, del transporte y artesanal, incrementó concomitantemente el negocio de la prostitución (incluso infantil, por parte de pedófilos internacionales a quienes les resulta barato y “ameno” América Latina, y en concreto Argentina) y el tráfico de estupefacientes. El negocio de la prostitución aumentó significativamente la trata de personas, especialmente de mujeres

jóvenes provenientes del área cultural guaraní (Paraguay, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes e incluso Entre Ríos); mientras que la actividad de los narcotraficantes se fue instalando progresivamente en el área metropolitana, enriqueciéndose con caminos de la cocaína provenientes de Bolivia, y de la marihuana procedentes del Paraguay, y ambos del sur este brasileño. Es evidente que todo esto ha hecho mucho más violenta la vida en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. Sin la demanda europea y estadounidense en la ruta de la droga, o del turismo sexual, estas “industrias” no se habrían desarrollado (al menos tanto).

Por todo esto es importante que como ciudadanos estemos atentos a estos posibles manejos turbios o incluso “mafiosos” que el crecimiento económico puede indirectamente estar incentivando. El verdadero desarrollo debe ir acompañado de la ética, despliegue cultural, inserción socio-laboral, y de un horizonte trascendente en la vida. De otro modo, podría generar incluso mayor vacío e insatisfacción.

Perfilando un nuevo modelo de sociedad

De la mano de lo que acabo de decir, en este tercer nivel llegamos a los ámbitos más específicamente inéditos y creativos de la nueva emergencia solidaria. Se trata de instancias en las que han ido madurando -lentamente, con idas y vueltas- destellos de un nuevo modelo de sociedad, más participativo y plural. Es muy importante considerar esta dimensión tendiente a la transformación estructural del país (mediante la cual se procura enriquecer la

democracia representativa con instancias participativas de la población), ya que de otro modo se produciría una escisión entre la sociedad civil y las instituciones públicas y de gobierno. Pero también es importante que la clase política pueda y sepa interpretar los anhelos profundos de la ciudadanía y los acompañe: que la sirva más que servirse...

Y esto, porque en la Argentina actual no todo el mundo (o al menos no siempre) se siente reflejado y contenido en el tradicional “contrato social” objetivado en nuestra tradición jurídica, constitucional e institucional. Dan cuenta de ello las nuevas formas de reclamo social, que se iniciaron hace poco más de una década, por ejemplo, con la de los ex combatientes de Malvinas acampando en Plaza de Mayo, o con el modo de peticionar, por ejemplo, de Nito Artaza frente a Tribunales con lo del “corralito”, o Carlos Blumberg frente a la Plaza de los Dos Congresos exigiendo “seguridad”. Hoy los reclamos se han ido generalizando y la vida social y el tránsito en la vía pública entorpeciendo cada vez más.

Como las iniciativas son muy variadas, me voy a detener en dos expresiones bastante representativas. Me permitiría decir que la primera es de carácter más “dionisiaco”, ya que tiende a expresar las búsquedas e inquietudes, reclamos y necesidades “en bruto y sin anestesia”, visceralmente, tal como salen de las experiencias sentidas. La segunda, en cambio, tiene una impronta más “apolínea”, ya que procura el orden necesario a toda pacífica convivencia ciudadana. Y aclaro que una y otra no necesariamente se identifican con los llamados planteos de “izquierda” o “derecha” - aunque haya cierta convergencia y similitud-, sino más bien con el dinamismo de crecimiento y desarrollo de toda persona y sociedad.

La primera es la de los *foros sociales*. Inspirados en los de Porto Alegre desde hace unos quince años (cuya participación internacional aumentó geométricamente hasta llegar en su apogeo a las casi cien mil personas de todo el mundo), en nuestro país se han venido autoconvocando numerosos foros sociales para debatir diferentes cuestiones que hacen al bien público. Comenzaron en plena crisis con las asambleas barriales, y se continuaron en torno a preocupaciones más específicas: el “que se vayan todos” y la reforma política; el reclamo de la intangibilidad de los depósitos de los ahorristas y su inmediata devolución; el aumento del costo de los servicios básicos de agua, luz y gas; la cuestión educativa y sanitaria; el juicio político y remoción de miembros de la Suprema Corte; los problemas de “gatillo fácil” y su contrapartida en la cuestión de la inseguridad (el referido caso Blumberg), etc.

Algunas de estas iniciativas fueron más eficaces que otras: pero ahí está el hecho. Todas ellas expresaron un deseo de participación ciudadana no canalizable sólo a través de los cauces de representación política previstos en nuestra Constitución Nacional (ya que según su artículo 22º: “el pueblo no gobierna *ni delibera* sino por medio de sus representantes”). La dificultad con estos modos de expresión es que tienden a un cierto talante anárquico, y si prevalecen de modo unilateral exponencian la fragmentación y pueden llegar a producir un (¿“dionisíaco”?) caos social. En términos generales, los gobiernos populistas latinoamericanos se fueron haciendo eco de este estilo político, y canalizaron muchas de sus búsquedas, si bien no siempre de modo muy satisfactorio. El enriquecimiento ilícito, o al menos exponencial, de muchos y muchas de sus adalides, muestran que en ocasiones se utilizó una causa noble para gratificar intereses mezquinos.

El otro evento, es el del ya referido *Diálogo Argentino*, que priorizando la formulación de (¿“apolíneos”?) consensos básicos entre los diferentes sectores sociales ocupa un lugar destacado en el marco del debate sobre la Argentina posible. Convocado por el entonces gobierno de transición de E. Duhalde -como ya vimos-, con el asesoramiento de expertos en desarrollo de la ONU, y secundando un ofrecimiento hecho con anterioridad por el episcopado de la Iglesia Católica (que se ofrecía como instancia mediadora y “espacio espiritual”), se analizaron de un modo sistemático y organizado muchas de las cuestiones que por entonces se debatían (por lo general de un modo conflictivo) en la sociedad civil: lo socio-laboral-productivo, salud y educación, reforma judicial y política. Progresivamente y no sin dificultades, se arribó a propuestas cuyo seguimiento estuvo a cargo de mesas sectoriales, y que todavía hoy siguen trabajando en algunas de esas áreas específicas. En su momento, me había llamado la atención que en su discurso de toma de posesión el por aquel tiempo nuevo presidente N. Kirchner hubiera hecho referencia explícita a muchos de los puntos allí señalados como preocupantes y prioritarios. Sin embargo, él mismo no había participado en la instancia que le correspondía en esa misma instancia de diálogo antes de las elecciones que lo ungieron presidente (tampoco C. Menem), y su gobierno estuvo en la antípoda de una búsqueda de diálogo y consenso. Más bien se inspiró en el pensamiento de Ernesto Laclau, un politólogo argentino radicado en Londres...

Creo que las dos instancias, la de abajo y la de arriba, son complementarias. Como sucede con las personas, que en algún momento tienen que lograr expresar sus malestares y conflictos, para luego resolverlos de un modo más orgánico y racional.

También las sociedades necesitan manifestar (no reprimir) en una primera instancia sus cuestiones irresueltas: por una parte, para que no envenenen su vida y convivencia, pero sobre todo para que emerjan los *daimones* (literalmente, “demonios”, pero en el sentido de “espíritus” lúdicos y creativos) de su originalidad y anhelos. Pero así como una persona no puede quedarse “fijada” en su adolescencia elucubrando indefinidamente ideales o construyendo “castillos en el aire”, también las sociedades deben avanzar hacia proyectos políticos discernidos y consensuados racionalmente en el marco del diálogo ciudadano. De otro modo, la matriz telúrica de un pueblo muy atado a su sentimiento puede convertirse en un *boomerang* al momento de concretar objetivamente estrategias de crecimiento, desarrollo e inserción en el mundo global (que en la analogía sería el “mundo de los adultos”).

En Argentina, el kirchnerismo de Néstor y luego el de Cristina canalizaron aspiraciones setentistas de participación popular asociadas a un peronismo de izquierda. Pero la figura del líder opacó la institucionalidad de la República y avasalló las posibilidades reales de disenso. Tal vez en el próximo ciclo democrático haya que asumir, más decididamente, la mayoría de edad del electorado o la ciudadanía.

Resumiendo: la nación en búsqueda de sentido

En su conjunto, todas estas observaciones del camino recorrido fueron mostrando como efectivamente los tiempos más recientes de crisis argentinas se convirtieron en “una oportunidad para crecer como Nación”. Más allá de otras lecturas también

posibles, creo que la pérdida de muchas referencias hasta el momento aceptadas como válidas y adquiridas, se fue convirtiendo en un llamado a elevarnos hacia lo mejor de nosotros mismos, para recuperar y aprovechar las energías disponibles y subyacentes en nuestro haber individual y colectivo.

Se me ocurre iluminar esta experiencia colectiva con otra analogía tomada de la psicología individual de las personas, pero esta vez observada en el plano antropológico existencial por el fundador de la *logoterapia*. En efecto, decía V. Frankl que el mejor acicate que tenemos las personas para ponernos “a la búsqueda de sentido” es el sufrimiento. Y él hablaba a partir de su dramática experiencia como prisionero en el campo de concentración de Auschwitz, durante la segunda Guerra Mundial, donde constataba que sólo parecían sobrevivir al “holocausto” los que tenían un motivo real para seguir viviendo (y esperando), y que ese motivo nadie lo podía ofrecer a otro sino que era tarea de cada uno descubrirlo y asumirlo.

También los episodios que condujeron y emergieron a partir del emblemático 2001 se fueron convirtiendo en desafío para una “*búsqueda colectiva de sentido*” como nación. Nadie puede ofrecernos una razón para “seguir siendo” o “renacer” como tal, sino que debemos desentrañarlo y afrontarlo a partir de un doble discernimiento. Por una parte, de los nuevos desafíos que nos advienen de un mundo global en plena transformación, que atravesó y en cierto modo atraviesa una desconcertante crisis en y desde 2008, y que nos invitan a un serio discernimiento al momento de posicionarnos *ante* y *en* él. Los viejos mapas de un mundo euro-americano “ya fueron”, y el centro del mundo se desplazó del Atlántico al Pacífico. Por otra, renacer a partir del tesoro de nuestra

memoria y saberes; ya que somos lo que nos hemos ido haciendo y experimentando a lo largo del tiempo, en el entramado de sus adquisiciones y vicisitudes. Ante la crisis mundial, surgir desde lo propio parece más que prometedor.

Viene a iluminar esta fecunda tensión entre memoria y creatividad, fidelidad a la propia identidad y novedosa apertura a la alteridad, el acalorado debate entre Alejandro y Román en la reciente coproducción cinematográfica argentino-española *Luna de Avellaneda*. En efecto, de cara a la realidad de una institución envejecida -un club de Avellaneda-, con una fuerte deuda impositiva y muy venida a menos en el número de sus socios, aparece la propuesta que le viene ofrecida a Alejandro (un abogado emprendedor, socio de peso en la comisión directiva) de convertir el edificio en una especie de casino, en el cual el trabajo quedaría garantizado para unas doscientas familias, es decir, para la gente que habitualmente participaba en la vida del club.

Esta tentadora propuesta, presentada en una convocatoria abierta de socios, es rebatida por Román, el único socio vitalicio -nacido por esos avatares de la vida en el mismo club, en plena fiesta, varios años atrás-, muy comprometido y activo en el desarrollo de la institución. Él esgrime en contra de la propuesta de Alejandro de disolver el club, lo que éste significó y significa todavía hoy para mucha gente "con nombre y apellido" (y en la asamblea hay adultos que hablan y dan testimonios concretos). El más conmovedor es el de Dalma, una niña que había aparecido un día en el club con un cuadro de desnutrición, y que pertenecía a una familia recientemente asentada en una margen del Riachuelo. Había aprendido a bailar -muy discretamente-, y sentía que el club era su segundo hogar.

Para Román (que había “dejado su vida” en el club), el pragmatismo de Alejandro podía tirar por tierra los valores e ideales labrados en años. Pensaba que la solución para afrontar la deuda y hacer que el club recuperara el esplendor de antaño estaba en redoblar el esfuerzo y sacrificio por conquistar nuevos socios, aumentar la cuota mensual y -sobre todo- recobrar entre todos la mística (representada por la luna y encarnada en el viejo -y ya difunto- Atilio) que había dado origen al club. Para Alejandro, estas propuestas no eran más que ilusiones emotivas inconducentes, ya que la gente estaba necesitada de trabajo y esto terminaría prevaleciendo en la decisión final.

Podemos hacer la hipótesis de que el club es la Argentina, y que Román y Alejandro representan dos posibles proyectos de país no fácilmente conjugables -y que mantengo permanentemente en tensión como trasfondo de mi reflexión-, cada uno con sus pros y contras. La crisis argentina -como la del club- nos puso, y hoy nos puede volver a poner, en la encrucijada -como a los socios- de hacernos cargo de la elección. Es decir, del proyecto de país (y propuesta política) más conveniente. Con la diferencia de que por más que en las urnas tengamos que elegir entre Román y Alejandro, en la vida cotidiana podemos integrar de un modo más consensuado los beneficios de ambas propuestas, sin apostar todas las fichas (ideológicamente) al mismo color. Habrá que ver qué sucede de aquí en más hasta octubre del 2015... Hoy todos tenemos mayor experiencia y cultura política que hace diez años.

El final de la película sugiere, en el fondo, algo así: porque si bien en la elección de los socios ganó (por poco) la propuesta de Alejandro, Román -a punto de emigrar (resignado) a España con su familia (como en *El abrazo partido*, ¡de nuevo la tentación de

emigrar!)- encuentra el carnet de socio vitalicio que pensaba haber perdido, y con su amigo y socio Amadeo recuperan la ilusión de “refundar” el club. Es decir, descubren al club como camino hacia lo inédito, como espacio por construir.

VIII. Argentina: un futuro por construir

Los emergentes de una nueva Argentina que fuimos viendo surgir en los últimos años, con sus luces y sombras, tienen que ser asumidos de un modo orgánico y -en lo posible- institucional. De otro modo se produciría una escisión entre la sociedad civil (o tercer sector) y el gobierno; y se correría el riesgo de oponerlos a los ámbitos empresarial y de la producción. “Hay que reconciliar la política, las instituciones y el gobierno, con la sociedad”, decía el por entonces nuevo Presidente N. Kirchner en su *Primer mensaje como Jefe de Estado (25/05/03) [K]* -el cual citaré y comentaré en las siguientes páginas como expresión ideológico-referencial del actual ciclo político que aparentemente va concluyendo.

En este capítulo intento una sistematización propositiva que tienda al afianzamiento de un nuevo diseño de país en el que si bien muchas cosas “se están haciendo”, otras tantas quedan “por hacerse”. En mi relato voy a seguir niveles de profundidad y análisis que se corresponden con lo indicado en los capítulos III (en el que describía los rasgos de pobreza, exclusión y deterioro nacional) y VII (en el que me detenía en los emergentes ante las urgencias, nuevas expresiones de creatividad laboral y novedosa configuración o proyecto de sociedad).

Una primera actitud

Para iluminar las actitudes fundamentales que de cara a lo urgente deben animarnos a los argentinos me viene a la mente la imagen bíblica del *Buen Samaritano*. Elijo este relato porque podemos tomarlo no necesariamente con todas sus connotaciones e implicancias religiosas -como lo hizo, por ejemplo, el por entonces cardenal J. Bergoglio en el *Te Deum* del 25/05/03-, sino como paradigma básico que inspire actitudes profundamente humanas de compasión y solidaridad asequibles a cualquier persona de buena voluntad.

En efecto, en la actitud de este hombre extranjero que puso en riesgo el destino de su propia vida para socorrer a un moribundo injustamente atacado -porque cabe aclarar que los samaritanos eran enemigos naturales de los judíos, y que si el hombre herido moría posiblemente el acusado en tierra hebrea sería el extranjero-; y que lo hizo compadeciéndose, acercándose, vendando heridas, echando en ellas aceite y vino, montando al herido en su propia cabalgadura, llevándolo a una posada, cuidando de él, pagando por él y prometiendo retorno; en este “hombre” podemos inspirarnos como nación de cara a la situación actual.

Cada uno de nosotros y cada una de las instancias de la sociedad civil puede vivir inmerso en medio de una masa anónima de personas desconocidas y desfallecientes a las que sin embargo puede estar llamado a acercarse -de algún modo- con la misma actitud de humildad y disponibilidad que lo hizo el samaritano en el relato evangélico de Lucas. A superar la consabida lógica del “no te metás” y a entrelazar vínculos con tantos hombres y mujeres a la vera del camino de la vida. Antes que a dar cosas, a “encontrarnos”

y “reconocer” la dignidad de quien se halla en situación de postración, y tenderle una mano. Empezando por las personas con las que a diario nos encontramos, convivimos y trabajamos, aquéllas que tienen un “rostro” definido para nosotros, que son un “alguien” en nuestra vida.

Decía al comenzar que el buen samaritano ilumina fundamentalmente nuestras actitudes sociales *de cara a lo urgente*. El hombre del relato no estaba pensando en proyectos a largo plazo, sino respondiendo a una situación y necesidades que no esperan. Por eso este icono bíblico ilumina la actividad discreta y cotidiana de tantas hermanas y hermanos nuestros que desempeñan tareas gratuitas de voluntariado en variados ámbitos de contención social: en los comedores de *Caritas* o en los improvisados en muchos de nuestros barrios, en guarderías infantiles de gente que sale a “hacer changas”, o en los hogares para gente de la calle a cargo del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, en centros de rehabilitación para jóvenes adictos o en personas que de diferentes modos procuran la inclusión social de quienes han quedado como “caídos del mundo”.

La impronta del “buen samaritano” es la que se refleja también en la vida de los que en aquellos meses difíciles de hace unos diez años trabajaron con denuedo en Santa Fe, de cara a la situación de emergencia suscitada por las inundaciones *durante y después* de las mismas, o también en las de La Plata. En quienes socorrieron o colaboraron con las tareas de rescate en Rosario, luego de la explosión de gas en un edificio del centro de la ciudad; o con las víctimas de los accidentes ferroviarios de la línea Sarmiento. También en la de quienes se desempeñan en hogares que procuran dar un cierto clima de familia y reparo a los habitantes de la calle

(pienso, por ejemplo, en el *Hogar “San José”*, en el barrio de Once, a cargo de una Fundación regentada desde hace casi veinte años por un jesuita); o en las personas que visitan desinteresadamente enfermos en hospitales públicos o buscan acompañar a sus familiares en la adquisición de elementos básicos para los muchas veces costosos tratamientos (conozco ejemplos en los Hospitales Independencia y Regional de Santiago del Estero, y Ramos Mejía y Muñiz de la Capital Federal).

El buen samaritano está presente en quienes visitan a personas detenidas y les ayudan a gestionar una pena menos rigurosa o incluso condiciones de detención más justas (y conocí jóvenes que sistemáticamente visitaban el Penal de menores en Santiago y a dos mujeres que lo hacían en el de Batán, en Mar del Plata), o la posterior reinserción laboral. También en quienes “apadrinan” con su presencia y dinero a personas de bajísimos recursos en la resolución de situaciones puntuales; en las personas que se detienen a conversar con quienes piden en la calle (por necesidad, vagancia u oportunismo, en este caso no importa), duermen en las estaciones de subte, o deambulan sin rumbo fijo: porque de este modo “sacan del anonimato” a quienes para la ciudad “no son”, etc.

En ocasiones se ha opuesto la *asistencia social* a la *promoción*. El riesgo de contribuir a eternizar los males siempre está, ya que puede crearse el hábito de “esperar que me ayuden” o la convicción del “me tienen que dar”: y esto sería nefasto en la vida de la sociedad, ya que aniquilaría la capacidad de emprendimiento y empantanaría las iniciativas. Pero tampoco puede dejar de responderse a lo urgente en tanto realidades de este tipo se van presentando. Refiriéndose a este desafío dice Jesús en el

Evangelio: “tuve hambre y me dieron de comer, sed y me dieron de beber, etc.”. Porque las necesidades básicas y urgentes no esperan.

En los ejemplos esbozados quedan representadas algunas de esas necesidades humanas fundamentales ilustradas por el texto evangélico de *Mateo 25, 31-46*, y que en nuestra vida cotidiana pueden diversificarse en infinidad de rostros, situaciones e iniciativas. No podía dejar de reseñar casos concretos en que muchas personas se dejan interpelar por la situación social de “necesidad y urgencia” con que se encuentran y emprenden iniciativas personales o mancomunadas más o menos eficaces.

Recuperar la cultura del trabajo

Sin embargo creo que es importante rastrear cómo se genera nuestra situación actual de postración en Argentina para poder pensar también caminos propositivos a respecto, que vayan al fondo de la cuestión y no se conviertan en meros paliativos momentáneos (ya que con toda seguridad se transformarán en crónicamente necesarios, y esto ya lo vamos percibiendo hoy en muchos barrios, con generaciones de niños, padres y abuelos que nunca tuvieron trabajo formal). La dádiva sin reflexión acaba generando “vicios” sociales y clientelares que desfiguran la dignidad de las personas y corroen el entramado social. Y en este sentido, me da la impresión que una culpa no menor tiene la cultura populista y simultáneamente caudillezca que comenzó a gestarse en nuestro país en los años 40'-50', y que minó por la base la cultura del trabajo años antes tan promovida por los inmigrantes

Europeos radicados principalmente en el litoral de nuestro país. Y no sé si en parte esta praxis “precarimente social” no acabó siendo legitimada religiosamente por prácticas análogas de algunas comunidades eclesiales.

El clientelismo caudillesco (promovido en los años 30’ por gobiernos liberales ansiosos de captar los nuevos votos de la flamante *Ley Saenz Peña*, pero “perfeccionado” con generosidad en las décadas siguientes por el peronismo) hizo que los argentinos termináramos “esperando de arriba” que nos lloviera todo como por “arte de magia” de un Estado paternalista que todo lo podía y a quien todo podía exigirse (C. Giaquinta): desde un puesto de trabajo hasta la resolución de cualquier necesidad material o humana. Esta mentalidad coincidió con el desarrollo de la social-democracia en los países centrales, en los cuales también se cultivaba la imagen de un Estado fuerte y monopolizador. Pero en la Argentina de Perón esta idiosincrasia pareció exacerbarse.

Por eso, si bien “es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y una mejor y más justa distribución del ingreso” (K), no ha de esperarse que cada uno de esos puestos de trabajo vengan ofrecidos por el mismo gobierno. “Prometerlo” para todos de un modo directo (“¿solidario?”) no constituiría más que un burdo discurso populista; “propiciarlo” indirectamente mediante sabias medidas de gobierno que estimulen inversiones de capital es lo que corresponde a un gobierno eficaz (“subsidiario”), solícito del bien común.

La otra causa significativa, que va más allá de nuestras posibilidades de incidencia de un modo directo (a no ser parcialmente mediante oportunas medidas de incentivo a la

producción y el comercio), es la *coyuntura mundial* de desempleo estructural, agravado significativamente en Occidente desde el 2008. El desarrollo científico, tecnológico, robótico e informático concentró enormemente la producción y los servicios en empresas multinacionales que mes a mes desplazan del mercado laboral a cientos de miles de trabajadores en todo el mundo. Donde la oferta laboral no encuentra protección estatal subsidiada, o donde no tiene la misma cualificación profesional o hábito de laboriosidad, es prontamente desplazada por la mano de obra de algún otro rincón de la tierra. Este mismo libro que estoy escribiendo será publicado en Alemania porque en Argentina las editoriales no están en condiciones de hacerlo, y menos de difundirlo internacionalmente con proyección y eficiencia análoga a Dictus, que me permite, a su vez, disponer del *e-book* para subirlo a repositorios digitales gratuitos.

La información instantánea posibilita al gerenciamiento de las grandes empresas internacionales detectar rápidamente estos “paraísos laborales” (es decir, dónde se realiza un trabajo eficaz, dentro de todo calificado, y a bajo costo, como por ejemplo en el sudeste asiático). A ellos se añaden -en el marco de empresas “buitre”- los “paraísos fiscales” (a saber, los que permiten manejos especulativos de capital con importantes réditos financieros, como sucedió en Rusia con la espectacular implosión de la Unión Soviética, o en la Argentina del uno a uno): estos erosionaron y devastaron el entramado social de muchos países -como el nuestro- en la década de los 90’.

Volviendo al hilo de la reflexión, me parece que *por no haber trabajado* por conseguir las cosas -como le puede suceder a muchos “hijos de ricos” que lo tienen todo por el mero hecho de

convertirse en naturales herederos- tampoco las hemos terminado valorando y defendiendo con ahínco. En el marco mundial de un “capitalismo salvaje” al que recientemente hemos asistido y que todavía (tal vez con algunos decibeles menos) persiste “furioso”, Argentina fue expoliada por los oportunistas de turno (¡muchos de ellos curiosamente argentinos!: me sorprendió en más de una ocasión como algunas personas nacidas en mi país defendían el pago generoso de los bonos de la deuda. Luego advertí que era porque habían comprado una buena cantidad de esos mismos bonos...).

Por todo esto me parece oportuno que reflexionemos sobre el *sentido humano del trabajo*. Éste está llamado a ser fuente de dignificación, más que por su producto “objetivo” (ganancia y producción) por su dimensión “subjetiva” (humanización de quien lo realiza en beneficio propio y del entorno social) [Juan Pablo II]. Creo que tenemos que (re)descubrir el gusto “por las cosas bien hechas”, a conciencia, con responsabilidad e idoneidad. Tenemos mucho que caminar para superar una mentalidad ya bastante arraigada entre nosotros de obrar a lo “chanta”, y que fácilmente deriva en oportunismo y corrupción. Cuando se escinde lo producido del productor, el trabajo tiende a deshumanizarse y el lucro a buscarse por sí mismo al margen de toda normativa ética y de toda referencia humana.

Porque en realidad, este carácter humano y humanizante del trabajo proviene del hecho que el hombre está llamado a ser partícipe de la construcción de la historia mediante su afán, y de que es en el marco de esta historia (humana) que construye en el que se va encontrando con la dimensión trascendente de su vida, que lo asocia a sus congéneres, lo convierte en respetuoso señor

de la naturaleza, y lo hace entrar en el descanso de Dios. Desde esta perspectiva, el trabajo tendría que “espiritualizar” la materia del mundo, los entornos laborales y al mismo hombre en cuanto trabajador, es decir, en cuanto “sujeto de un trabajo humano”. Y tal vez porque no se trabaja de forma tan humana que parezca casi “un acto religioso” sea que nos cueste tanto reconocer y celebrar el señorío del Dios de la vida un día a la semana (sobre todo a los cristianos, por ejemplo el domingo).

Hoy asistimos al surgimiento *en la sociedad civil* de movimientos e instituciones que estimulan la organización de bolsas de trabajo (por ejemplo, en San Cayetano de Liniers), promueven microemprendimientos rurales (por ejemplo, en torno a los cursos de capacitación para la creación de huertas familiares que ofrece el INTA), o apoyan iniciativas laborales en las ciudades (por ejemplo, a través de los microprestamos de ONG’S, siguiendo la idea de A. Yunus, como lo hace PROTAGONIZAR en barrios de San Miguel y Córdoba, u HORIZONTE en Quilmes). Pero también en las villas de emergencia de Buenos Aires, incentivados estos emprendimientos por una pastoral de la Iglesia inserta en medios pobres. En estos últimos años todo esto adquirió mayor visibilidad mediática, en gran parte gracias a la labor del actual Papa Francisco y los denominados “curas villeros” (Pepe De Paola, Gustavo Carrara, etc.). Esto mismo hizo que se encontraran ecos en instituciones de orden público y privado, como por ejemplo, la misma Universidad Católica Argentina.

También es notorio el abanico de posibilidades de capacitación laboral y estrategias para pequeños emprendedores que se van ofreciendo en el medio, si bien no siempre bien aprovechadas. Estas iniciativas, asociadas normalmente a otras

provenientes de instituciones gubernamentales (cuando no están excesivamente politizadas), planes nacionales de desarrollo (como por ejemplo el todavía aguardado *Plan de infraestructura* cuya concreción brilló en la década kirchnerista casi por su ausencia), y demás acciones de carácter preferentemente subsidiarios, pueden contribuir mucho a seguir forjando redes, cultivando sentimientos de dignidad (porque nada más dignificante que el consabido “pude”), e incentivando muy positivamente la gestación de un nuevo entramado social solidario.

En la medida que estas iniciativas se consolidan se van abriendo también al mundo; de modo que “de una manera realista”, nuestro país vaya estando “dispuesto a competir en el marco de políticas de preferencia regional (...) y de políticas cambiarias flexibles acordes a nuestras productividades relativas y a las circunstancias del contexto internacional” (K). Porque parafraseando un conocido canto entonado frecuentemente por las comunidades eclesiales de base de nuestro país, también la producción y el intercambio “crecen desde el pie”. La razón está en que el principal capital necesario para reactivar una (micro)economía es el humano.

Redescubrirnos como ciudadanos

Lo dicho con respecto al trabajo se relaciona con lo que diré sobre una “nueva ciudadanía” y con lo que oportunamente esbocé (en el capítulo VI) sobre el valor de la cotidianidad. Mediante el trabajo los hombres (y mujeres) se unen en un sentir y empresa común, acaban por asumir como propio el espacio y actividad que

los convoca, entablan vínculos significativos y maduran una progresiva responsabilidad hacia los otros. Podríamos decir que la comunidad de personas se ve fuertemente afianzada por el trabajo realizado de modo plenamente humano. La laboriosidad cooperativa tiende necesariamente a generar “concordia”. Y lo que decimos para un entorno micro (por ejemplo, para una PYME) vale también para un espectro macro, como es el de la nación.

La *pertenencia ciudadana* se experimenta cuando se sabe que lo de todos es también lo mío porque “participé” (y éste era uno de los ideales cooperativos de antaño). Cuando no se tiene experiencia de “haber participado”, el bien común es bien ajeno y extraño, y el otro es un “ninguno” o incluso un potencial enemigo. Nada raro, entonces, que la res-publica acabe siendo “tierra de nadie” donde el “vivo” de turno se termine llevando para su propio bolsillo (prepotentemente y con el descaro propio de la indignidad) todo lo que pueda. En esta lógica las instituciones se debilitan y colapsan, la economía se hunde, y los vínculos humanos se deterioran por completo (ya que se instala la desconfianza “por principio” como cultura).

La falta de experiencia ciudadana destruye la comunidad de personas y fragmenta el tejido social: hace aflorar la violencia, promueve las mafias, o -por lo menos- genera sectores corporativos con intereses contrapuestos que presionan irresponsablemente para conseguir satisfacer sus mezquinas ambiciones (por ejemplo y como ya lo referí, grupos económicos versus partidos políticos, o movimientos piqueteros). Al respecto era grave la denuncia del por entonces presidente, cuando decía que “en lo penal, en lo impositivo, en lo económico, en lo político, y hasta en lo verbal, hay impunidad en la Argentina”, y que “en nuestro país, cumplir la ley no

tiene premio ni reconocimiento social” (el problema es que, una década después, probablemente debería decir lo mismo o “peor”). Porque convalida el *Cambalache* en aquello de que “da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de basto, caradura o polizón”, y señala una de las piedras más grandes y molestas que tenemos que quitar de “nuestros zapatos” los argentinos. Me pregunto, a su vez, si la remoción (inducida o voluntaria) y reemplazo de varios jueces en la Corte Suprema logró avanzar en esta dirección: en la reforma de las instituciones de justicia para atacar la consuetudinaria impunidad pública que padecemos, y que genera una sensación generalizada de inseguridad. Por lo visto, parecería que no.

La experiencia de ciudadanía se construye a partir de la *experiencia básica de socialización* y genera equidad, confianza y pertenencia. En cambio, “una sociedad con elevados índices de desigualdad, empobrecimiento, desintegración familiar, falta de fe y horizontes para la juventud, con impunidad e irresponsabilidad, siempre será escenario de altos niveles de inseguridad y violencia” (K). El problema es que la desintegración familiar hoy es mayor, que el por entonces cardenal J. Bergoglio tenía que decir una y otra vez a los jóvenes: “No se dejen robar la esperanza”, que la opinión pública no piensa que la corrupción en las altas esferas o la violencia hayan disminuido (aunque H. Magnetto también lo diga y Clarín a veces exagere).

Ante esta convicción, se hace necesario y evidente remarcar que los ámbitos privilegiados para realizar esta experiencia de socialización primaria y crecimiento en responsabilidad ciudadana son la familia y secundariamente las instituciones educativas. Pero también -cada uno a su modo- las Iglesias y grupos religiosos, los

clubes sociales y deportivos, las sociedades de fomento, las juntas vecinales, etc. Incluso deberían serlo las diferentes instancias de la administración pública (sin avasallar las anteriores), que no podrían “servir” al bien común de la nación si las mismas personas que en ellas trabajan no hacen experiencia de crecimiento y maduración ciudadana en sus quehaceres cotidianos (lo cual no es esperable si todo depende de un alineamiento político “X”).

En todos estos ámbitos es importante que los beneficiados sean cada vez más los mismos protagonistas, y que la acción del Estado sea prevalentemente subsidiaria y restringida a lo conveniente y necesario. Porque la pedagogía ciudadana va alcanzando niveles de madurez significativos cuando la gente empieza a gestionar sola sus propios asuntos de modo asociado y solidario. Estas personas son entonces como “levadura en la masa” en medio del entramado social endeble, y son capaces de pedir cuentas a los representantes de sus actos (manejos distorsionados u omisiones) de gobierno, sin dejarse tentar por la opción “facilista y rastrera” de entrar en una solapada, mezquina y cómplice negociación (“te voto para que me des”), no del todo ajena al turbio “chantaje” entre político y demagógico.

Tampoco se puede descuidar la formación de los que en otra época se llamaban “*constructores de la sociedad*” (digo en otra época, porque la sociedad la construimos entre todos, y en ocasiones, especialmente quienes no son oficialmente “constructores”). Me refiero a quienes probablemente terminan ocupando cargos dirigenciales. Podemos pensar en algunos colegios y universidades de renombre a lo largo y ancho de la geografía de nuestro país. En concreto, cómo logran educar - además de en cuestiones específicas que hagan a un determinado

campo profesional- en una cosmovisión humana, trascendente y solidaria que no transija con el modelo preponderantemente economicista y excluyente al que hasta hace muy poco hemos asistido tan dramáticamente y que tal vez no podría haber sido viable en nuestro país sin la colaboración de gente formada en estas mismas instituciones.

Además, después de nuestra experiencia de los 90' se impone como exigencia para todos una formación socio-económico-política más amplia, crítica y contextualizada, abierta al pluralismo y a los variados intereses de todos los ciudadanos. En función de esta propuesta debemos pensar mejor espacios curriculares como educación cívica y ciudadana (o doctrina social de la Iglesia, en el caso de los colegios y universidades católicas), y hacerlo de un modo "aterizado" (en la jerga eclesial diríamos "inculturado") en la presente realidad argentina y mundial.

Promover el diálogo social

Una nueva ciudadanía sólo es posible si existe diálogo social. El diálogo se aprende y cultiva *desde la familia*, en la medida en que sus miembros se sienten recíprocamente reconocidos y valorados, sobre todo en su condición irreplicable de personas (que para los creyentes son además imágenes y hijos de Dios). A su vez, la familia es un entorno privilegiado para las actitudes de encuentro interpersonal y comunitario, que suponen un marco cordial de intercambio y respeto que luego se ampliará en los sucesivos núcleos concéntricos de socialización (escuela, comunidad, etc.). Es sobre todo en la familia, pero también en la escuela, donde debe

aprenderse que sin un reconocimiento recíproco de los interlocutores, interés sincero por el otro, escucha atenta y generosa, confianza y disponibilidad altruista, no puede existir un diálogo auténtico.

Sin embargo, pienso que no fue (sobre todo) en muchos de estos *entornos educativos* (hasta hace unas décadas generalmente autoritarios) donde más se cultivó este diálogo, ni tampoco (siempre) al resguardo de instituciones enmarcadas dentro del cuadro “civilizatorio” de la modernidad: a veces prevaleció la intolerancia y el fundamentalismo ideológico (por ejemplo, la famosa disyuntiva entre enseñanza “laica” o “religiosa”). Muchas veces existió una cierta escisión entre los valores civiles proclamados (y enseñados como ideales) y los vividos (o transmitidos mediante un imaginario simbólico intolerante). Ni qué decir en los espacios políticos, o incluso en las mismas cámaras legislativas.

Incluso la Iglesia no siempre formó en actitudes verdaderamente cívicas, sino generalmente de un modo yuxtapuesto al ordenamiento social estigmatizado como laicista. Esto respondía al modo de concebir la eclesiología a fines del siglo XIX y principios del XX (herencia lejana del temprano medioevo) como *Societas perfecta*, que debía redimir a este mundo moderno y turbulento (entre otras cosas) mediante la creación de sociedades menores “también perfectas”. Gracias a Dios, hoy las cosas han cambiado mucho, y tal vez hasta suceda en gran parte al revés: como pudimos constatarlo a lo largo del capítulo V es principalmente la Iglesia y sus instituciones las que se ofrecen como espacio espiritual para el tan necesario diálogo argentino. También hoy el Episcopado intenta establecer un diálogo más fluido con los

diferentes sectores y agentes de la vida social, procurando no quedar enredado en intereses de parte.

Cuando la tentación de variados sectores sociales es la de mirar solamente a sus propios intereses corporativos, las personas, instituciones y asociaciones inherentes a la democracia tenemos que propiciar una mirada más amplia hacia el *bien común* que trascienda las doctrinas, posicionamientos y perspectivas definidas ideológica o mezquinamente *a priori*, y que no contribuyan a una mayor justicia y equidad social. Desde esta perspectiva sería deseable que haya quedado atrás “el tiempo de los líderes predestinados, los fundamentalistas, los mesiánicos” (K!), y que el debate y diálogo social se realice de un modo sincero y respetuoso desde una previa aceptación de las legítimas diferencias de criterios y perspectivas.

Estoy convencido que esta actitud es responsabilidad, por una parte individual de cada persona de buena voluntad, pero también comunitaria de cada grupo, que debe crear en su seno esta “habitud” dialógica. Porque sin verdadero diálogo no existe verdadera comunión; e incluso aunque se definan, acepten y ejecuten lineamientos conjuntos faltará la indispensable y preciada “concordia”. Pero para dialogar sin atrincherarnos en el *bunker* de los propios temores y superar los posibles sentimientos de amenaza contra el propio *ghetto* (umbilical y regresivamente materno, partidario y despótico), es preciso recrear una necesaria “confianza de base” (A. Cencini): como para creer en lo mejor de nosotros mismos y vivir desde allí con firme convencimiento y agraciada soldadura. De esto toca hablar ahora.

Crear en lo mejor de nosotros mismos

Insinuamos en el capítulo II que *desde una perspectiva cultural*, no obstante poder descubrir un “argentino tipo” con rasgos y talante comunes, nuestro país es rico en regiones e identidades. Entre estos modelos sobresalen dos: el acuñado a partir del crisol ibérico-aborigen y que tendió a prevalecer y afianzarse culturalmente en el interior-federal (luego progresivamente desplazado hacia el gran Buenos Aires), y el que surgió del fuerte movimiento inmigratorio y de su vinculación con las élites dirigentes de finales del siglo XIX y principios del XX, más propio del litoral.

Ahora ahondemos un poco. Cada uno de estos modelos tuvo evidentemente sus luces y sus sombras. El interior tendió a mostrarse con mayores niveles de gratuidad en la percepción de la vida, espíritu comunitario y dialógico, notoria capacidad contemplativa y simbólica, y por todo esto, más naturalmente religioso. En la capital prevaleció el espíritu de iniciativa y progreso de un mundo moderno en transformación, la valoración del individuo (como persona) y las leyes (como fundamento necesario para una convivencia ciudadana civilizada), la creatividad y empeño laboral (fuentes de progreso), y las plasmaciones artístico-culturales (a veces originales, pero en general “importadas” o recicladas de Europa).

En contrapartida, una mirada a lo oscuro de nuestro *ethos* indicaría que en el interior se cultivó el caudillismo y la obsecuencia como expresiones tipológicas de inmadurez social, la pasividad y resignación ante lo adverso (que no podía ni debía cambiarse a causa de misteriosos “tabúes” y leyendas ancestrales), la falta de creatividad e iniciativa (para salir del eterno retorno de lo que

siempre se hizo). Todo ello contribuyó al populismo y amiguismo (hermanos mayores de la miseria y el subdesarrollo). Por su parte, en el litoral se impuso el individualismo materialista casi sin anestesia (“importo yo y mis necesidades”), la codicia y la corrupción (o el desafío de “tener o conseguir a cualquier costo”), el usufructo de las leyes en beneficio propio (gracias a una ingente sobreabundancia de letrados y abogados) y la explotación de los recursos materiales y humanos del interior (“todo lo que se pudo”, instaurando así la cultura nacional del “cobro de peaje”). Estas realidades “oscuras” (de aquí y de allende la General Paz) subyacen al deterioro, inequidad e inseguridad social que hoy padecemos. De ambos modelos culturales surgió también la generalizada corrupción y la violencia como estilos de vida lamentablemente muy arraigados en nuestro medio, y afianzado por el tráfico de drogas, sobre todo en el conurbano (que es donde convergen).

Pero dado que -como decían los obispos argentinos- “el momento de gran humillación de un pueblo, puede convertirse en el comienzo de su surgimiento”, o en “una *ocasión providencial para crecer como nación*”, creo que es el momento de elevarnos a lo mejor de nosotros mismos, procurando potenciar nuestros “talentos” y no enterrándolos; de aunar iniciativas de modo solidario, reconociéndonos todos partícipes de un mismo destino histórico como nación, todos peregrinos hacia un futuro de plenitud (y desde un sentido religioso, con carácter escatológico). Cuando “las viejas antinomias” reaparecieron se hace urgente recordar que la unidad no tiene que ser sinónimo de una uniformidad monolítica: pese a tener muchos comunes denominadores, la comunidad nacional la construimos desde identidades y estilos parcialmente diversos (ya

que “de esta simbiosis histórica” tenemos que “encontrar el país que nos merecemos los argentinos” [K]). Por lo dicho, este desafío es particularmente imperioso en los sectores de la sociedad con mayor desplazamiento humano y en los cuales se va generando una nueva cultura: principalmente el cordón suburbano de las grandes ciudades (especialmente de Buenos Aires) y en las villas.

La presencia capilar de instituciones como la Iglesia Católica a través de sus numerosas comunidades contribuye muy positivamente a sumar y exponenciar recursos humanos, ya que profesa ser ante todo una comunidad de hermanos reunidos *en y a partir de* la vida y relaciones trinitarias. En este sentido, también es interesante resaltar en ella toda una historia -coincidente con la de nuestro pueblo desde los tiempos del virreinato en que se “diluía o confundía” en un marco de cristiandad, hasta los de la actual república de la que institucionalmente se “diferencia y distingue” desde los tiempos rivadavianos- de acompañamiento al afianzamiento de regiones culturales y expresiones autóctonas con características propias; como así también a la progresiva incorporación de lo advenido con carácter “inérito” desde fuera, sobre todo de Europa (porque no hay que olvidar que tanto los primeros misioneros de los siglos XVI-XVII como muchos de los que llegaron en los XIX-XX provinieron del “viejo mundo” pero trajeron “nuevas ideas”...).

Integrarnos sabiamente al mundo

El último tema tiene que ver con nuestra mejor integración a la comunidad de naciones y organismos internacionales, también

desde una perspectiva económica. Hace algunos años se discutía qué era mejor, si el MERCOSUR o el ALCA. Particularmente me inclinaba a pensar (junto al *grupo de reflexión social “Gerardo Farrell”*) que una instancia menor es -al menos en un primer momento- una mejor plataforma de lanzamiento al mundo. A respecto decían los obispos argentinos que “de acuerdo al principio de subsidiariedad, las entidades mayores no deben quitar espacio a las menores”, y que por lo mismo, “el ALCA no debe hacerse en detrimento del MERCOSUR y de otros organismos que promueven importantes valores, como por ejemplo, el Pacto Andino, el Centroamericano, y los distintos pactos bilaterales”.

Por eso coincido con la conveniente afirmación del presidente de que “no debe esperarse de nosotros alineamientos automáticos sino relaciones serias, maduras y racionales que respeten las dignidades que los países tienen”, y que “el MERCOSUR y la integración latinoamericana deben ser parte de un verdadero proyecto político regional”. Porque de otro modo se correría el riesgo de quedar diluidos y absorbidos por los “peces gordos” del sistema neoliberal vigente, en detrimento de las posibilidades y capacitaciones laborales de muchos de nuestros conciudadanos y en beneficio sólo de un sector muy reducido de la población. Es lo que afirma el episcopado uruguayo cuando dice que “la excesiva desproporción de las capacidades competitivas entre nuestros países, algunos con economías muy fuertes y desarrolladas, otros muy débiles, y el desequilibrio de intereses y poderes, podrían traer consecuencias muy graves, especialmente en relación con la identidad cultural, los puestos de trabajo y la misma subsistencia de las economías más frágiles”.

Por otra parte, esto *no debe entenderse como una cerrazón* a otros modos de participación, colaboración e intercambio: “una relación seria, amplia y madura con los Estados Unidos de América y los Estados que componen la Unión Europea es lo que debe esperarse de nosotros”, o también “el estrechamiento de vínculos con otras naciones desarrolladas y con grandes naciones en desarrollo del Oriente Lejano” (K). En todo caso lo que habría que evitar es el modelo único. El primer decenio del milenio ha puesto de manifiesto cómo hoy la economía mundial se ha desplazado del Atlántico al Pacífico, y cómo América Latina parecería tener un nuevo lugar en el mundo, muy promisorio. Diversificar los intercambios partiendo de lo que se tiene, parecería constituir una muy buena estrategia.

Pienso que también *instituciones y comunidades* como la Iglesia pueden contribuir mucho a esta integración regional y a la apertura mundial. No sólo coordinando y acordando estrategias en el marco de la región de acuerdo a sus fines específicos, sino también promoviendo encuentros por afinidad de intereses y una mayor convergencia socio-cultural. Pienso, por ejemplo, en el intercambio entre Argentina y Brasil, o en el que naturalmente se dio con Uruguay y Chile con los permanentes “cruces del charco o cordillera” originados recíproca y cordialmente desde ambas partes. O también en los efectos de la inmigración paraguaya, boliviana y peruana: si bien todo esto fue muchas veces origen de dificultades y xenofobias relativas, la Iglesia y otro tipo de organizaciones afines contribuyeron a una mejor integración o al menos convivencia con los nativos, incentivando un “intercambio de dones”. Pero también la vida de los discípulos misioneros de Jesús está llamada a una apertura continental mayor, e incluso global. De hecho, este último

decenio ha visto partir muchos misioneros y misioneras de origen argentino hacia otras regiones del continente y del mundo. Al respecto, nuestro país se ha convertido en un gran exportador...

En esta línea de apertura nacional, es importante cultivar relaciones en un *espectro internacional*. Por ejemplo, siempre existieron intercambios de estudiantes, profesores e investigadores entre universidades. En la época del “uno a uno” -cuando era relativamente más factible viajar al exterior- muchos tuvimos la posibilidad de capacitarnos en centros de estudio con tradiciones académicas afianzadas a lo largo de siglos. Y eso enriqueció nuestras vidas y amplió nuestra mirada de las cosas: incluso la percepción de nuestro propio país. No sólo por los contenidos de las asignaturas cursadas y la experiencia de profesores de los más diversos confines del planeta, sino también y sobre todo, por la misma convivencia e intercambio con personas procedentes de otras culturas, con diferentes lenguas e idiosincrasias. Más recientemente, tuve la posibilidad de realizar el Camino de Santiago, y también en esta ocasión mi vida se vio enriquecida con múltiples y ocasionales intercambios.

Hoy tal vez se dé la contrapartida (o reverso) de esta experiencia, la cual pienso tenemos que aprender a aprovechar: es en nuestro propio país que podemos y estamos recibiendo personas (que traen ideas) procedentes de otros horizontes culturales. Personalmente nunca escuché a tantos conferencistas extranjeros como en estos últimos años en Buenos Aires. Y esto para hablar de uno de los dos rubros que más conozco. El otro es el eclesial. Aquí la tradición de intercambios es mucho más antigua. Hoy, por ejemplo, se fomenta mucho los encuentros regionales e internacionales en los Institutos religiosos, como así también la

interculturalidad de las comunidades con respecto al origen de sus miembros. En los años que llevo de religioso me tocó convivir con latinoamericanos, europeos, asiáticos y africanos. Pero algo similar ocurre también en otras instancias de la vida eclesial. Cada fin de semana, me encuentro con numerosos peregrinos extranjeros en nuestro Santuario Nacional de Luján.

Doy por descontado que un proceso análogo se va dando también en otras áreas de la vida social y de la sociedad civil (por ejemplo, en el marco de ONG's, o de acuerdo a intereses particulares, ya que en el primer decenio del milenio aumentaron exponencialmente los encuentros internacionales que se realizan en Argentina: hoy, a causa del cambio y la crisis mundial, se redujeron un poco). En la medida que podamos abrirnos a estas alternativas que muy positivamente nos ofrece (hoy y aquí) el mundo global, podremos enriquecernos con las experiencias de otros y comunicar las propias con provecho recíproco. Y esto inevitablemente contribuirá a seguir enriqueciendo nuestro *ethos* nacional y regional, nuestras posibilidades de desarrollo político y económico, una más amplia red de comunicación e iniciativa en la sociedad intermedia, y una más nutrida y rica experiencia de la trascendencia.

IX. Algunas prioridades y acciones concretas

Volviendo a la parábola del buen samaritano anteriormente referida, observamos que el texto bíblico pone en boca de Jesús una propuesta amplia, abierta, insinuante, ejemplar. Esto queda puesto de relieve por el hecho de que en el pasaje no hay indicaciones únicas: las acciones del samaritano se diversifican en la medida que así lo va requiriendo su “prójimo”. Estas van desde lo urgente (la aplicación del vino y el aceite) hasta en cierto modo lo mediato (llevarlo a la posada y regresar al día siguiente). Por eso éste es el icono evangélico tal vez más significativo para expresar la disponibilidad humana y social que hoy estamos llamados a vivir en relación a nuestros conciudadanos y hermanos -a decir de Juan Pablo II- “concretos, históricos y reales”. Porque en realidad, la recomposición social sólo es posible y se afianza desde la disponibilidad generosa y la fidelidad sincera hacia quienes tenemos delante.

Con el trasfondo de estas premisas, como respondiendo a las preocupaciones y desafíos prioritarios que aglutinaba y presentaba al comienzo de la Segunda parte, y en continuidad con lo desarrollado en el capítulo VIII, en este último eslabón de mi reflexión voy a perfilar algunos caminos concretos a través de los cuales “ir poniendo manos a la obra”. El talante parenético de los títulos que propongo tiene por intención contribuir a renovar el fervor y el compromiso autoimplicativo de cada uno de nosotros (porque las propuestas son -efectivamente- para ser internalizadas). Por último -y por ser cristiano-, a medida que avance en el relato

quisiera irle dando a mi redacción una tonalidad teológico-pastoral, ilustrando lo que voy diciendo con iniciativas por las que también van transitando muchas comunidades eclesiales.

Hacia una cultura con valores

Decían los obispos en 2003 que las manifestaciones de la crisis se revelan en la desaparición del pleno empleo, la violencia diaria, la disgregación del núcleo familiar, la banalidad y frivolidad de programaciones y abordajes de los medios de comunicación social [=Mcs], y la dificultad para encontrar hombres y mujeres con pasión por el bien común. Puesto que estos fenómenos están muy relacionados con la experiencia de transición epocal, que genera fragmentación y dificultad para encontrar los resortes configuradores de una nueva cultura -dado que “sabemos lo que termina pero no lo que comienza”-, es preciso estimularnos recíprocamente en el descubrimiento, transmisión y construcción de sentido. Quisiera contribuir a esta reflexión con tono propositivo y esperanzador, y no con aire de profeta de calamidades. Porque es Jesús, el Señor de la historia, quien tiene siempre la última palabra.

Cuando los valores e ideales de vida tradicionales se deterioran perceptiblemente, y a las generaciones más adultas se les hace notablemente difícil transmitirlos a las más jóvenes de un modo significativo y eficaz, pienso que podemos detenernos en el abordaje de tres caminos inherentes a esta preocupación englobante, que por esta misma característica parecería merecer consideración prioritaria al momento de establecer proposiciones: a) los jóvenes, b) la educación y c) los Mcs.

a) En efecto, la crisis de civilización parece afectar de un modo particular a los *adolescentes y jóvenes*, sobre todo en nuestro subcontinente donde aún pervive la pobreza y donde con los niños son mayoría, y en un mundo en el que no les resulta fácil encontrar su norte. Les cuesta insertarse en el mundo de los adultos, por ejemplo, ingresar en el mercado laboral, y están permanentemente expuestos a las tentaciones del sexo, el alcohol y las drogas. Esta trilogía de posibilidades va deteriorando progresivamente en ellos la capacidad de elevación a lo mejor de sí mismos, e inhibe con un sopor narcotizante sus mejores energías e ideales.

De cara a este fenómeno, las propuestas (generalmente informales) de acompañamiento suelen pasar por el ofrecimiento de espacios de contención comunitaria donde puedan ir transitando la adolescencia con una comunidad de referencia, y también donde vayan discerniendo paulatinamente lo que harán de sus vidas. Creo que en estas instancias hay que priorizar el diálogo. Para los jóvenes constituye un modo privilegiado de ir encontrando sentido y caminos. Podemos pensar aquí en el diálogo que se establece entre pares en un entorno de compañeros y amigos, pero también el que puede establecerse de un modo sistemático con acompañantes de mayor edad y específicamente capacitados al respecto: padres, docentes, tutores, psicólogos, ministros de una determinada confesión religiosa, etc.

Desde una perspectiva humana, este diálogo objetivador contribuirá a afianzar las convicciones de la chica o el muchacho, su personalidad y sentido solidario y de trascendencia, porque el mismo dinamismo del diálogo conlleva un llamado a autotranscenderse en la escucha e intercambio con el interlocutor. Y en un marco específicamente pastoral, favorecerá una más

consistente apertura a la fe, que es en esencia el fundamento último de un itinerario consciente de autotranscendencia teológica. En este sentido, el mejor aporte que (tal vez) puedan hacer las Iglesias sea el de contribuir a una consistente maduración vocacional de los jóvenes: a partir del descubrimiento del propio centro espiritual y teologal en sus vidas, y del llamado a vivirlo en comunidad y de un modo útil a otras personas del entorno social, con audacia.

Sin negar la necesidad y conveniencia de instancias de apoyo y/o recuperación (psicológica y psiquiátrica, ocupacional y social) para aquellas personas cuyas vidas hayan quedado seriamente condicionadas en su desarrollo desde una edad temprana -y sin desconocer lo meritorio del trabajo de tantas mujeres y hombres que dedican su vida a este servicio de promoción y humanización, por ejemplo, ayudando a la rehabilitación de jóvenes afectados por las adicciones-, sigue siendo válido el adagio popular de que “más vale prevenir que curar”. El gesto y la palabra oportuna pueden muchas veces evitar largos procesos, tiempos y costos (humanos y económicos) de recuperación. Las instancias ordinarias son muchas veces más eficaces -en cuanto a resultados posibles- que las extraordinarias.

b) Por eso hay que apostar a la *educación*, que es el marco en el que habitualmente se desarrollan estos procesos de acompañamiento y formación de personas. Si bien podemos distinguir instancias informales, formales y no formales en vista a una progresiva educación integral, aquí me concentraré sobre todo en la actividad de las instituciones educativas formales clásicas: básicamente, colegios y universidades. El motivo es que soy más afecto a propuestas sistemáticas e integrales que a los “parches” improvisados u ocasionales; sin que deje de afirmar, por otra parte,

que en situaciones concretas estos sean convenientes e incluso necesarios. Pero prefiero sostener su carácter de excepcionalidad: porque la racionalidad organizativa parece tener siempre efectos más profundos y contundentes que la emotividad carismática, por mejor intencionada y valiosa que esta sea, sobre todo para los cristianos como expresión concreta e inconfundible de la misericordia de Dios.

Por el mismo hecho de procurar ser comunidades, la perspectiva de incidencia de los institutos de educación formal en la vida de sus miembros debe tender a ser integral. Una “comunidad educativa” -así podemos denominarla- debe ser una comunidad generadora de vida, sentido e iniciativas innovadoras. Esto significa que tanto los alumnos, como los docentes, los directivos, los padres, la comunidad religiosa -si la hubiere-, el personal administrativo y de maestranza, quedan de algún modo involucrados en el dinamismo formativo, según el cual todos y cada uno son -a partir de sus roles específicos- sujetos y destinatarios de un proceso de maduración y crecimiento humano, intelectual y espiritual, en la lógica de un fecundo intercambio de dones.

Y por eso un objetivo específico de toda comunidad educativa es que en la currícula de estudios pueda verse explícita y orgánicamente reflejada esta cosmovisión integral en diálogo con las corrientes culturales contemporáneas, y abierta a un horizonte trascendente de la existencia, a través de lo poético y artístico, filosófico y religioso.

Siendo la educación privada muy significativa en nuestro país, y dentro de este sector las *instituciones confesionales* (sobre todo católicas, evangélicas y judías), y en orden a respetar derechos constitucionales como son la libertad de conciencia y de asociación,

puedo aclarar aquí algo que también será válido para lo que diré después. Me refiero a lo que podemos llamar un planteo pastoral explícito de tipo religioso confesional. Sabemos que existen legislaciones inspiradas en el modelo francés, como por ejemplo la uruguaya, que separan totalmente lo que es educación y religión. En nuestro país, las provincias tienen libertad constitucional de hacer lo que mejor les parezca dentro de las instituciones de gestión pública en sus territorios. Si esta libertad es bien utilizada, los resultados tendrían que ser interesantes, dado que podría adecuarse la educación formal a las condiciones religiosas (al menos prevalecientes) del entorno.

En general y al respecto, se puede decir que existen dos tipos de instituciones educativas. Unas son las de carácter confesional, que intentan promover (a veces un poco artificialmente) microclimas religiosos, haciendo casi inevitablemente que quienes no viven o comparten esa fe o creencia, o que no están muy involucrados en su dinamismo intrínseco, terminen sintiendo que se les está imponiendo cosas (oficios religiosos, charlas, actividades, encuentros). Por eso en estos casos habría que asegurarse previamente que quienes pretendan participar de algún modo en la vida de este tipo de comunidades tengan una adhesión mínima a esa religión: esto será saludable para todos y nadie se sentirá violentado.

El otro tipo de institución es la *aconfesional*. En este caso se les abre a los creyentes el desafío de una misión a partir de lo humano implícito y el testimonio, del gesto y la palabra oportuna. Este modelo se presta más para un trabajo en diálogo a partir de los valores más fundamentales (y socialmente reconocidos) presentes en sus tradiciones religiosas (Iglesias, etc.). Aquí el límite

aparecería al tratar de dar el paso explícito hacia la confesionalidad. Habría que evitar -dentro de una pacífica convivencia democrática- toda actitud proselitista (y más aún fundamentalista) en ámbitos abiertamente reconocidos como plurales.

c) La tercera preocupación en relación a la crisis de civilización se refiere a los *Mcs*. Por un lado percibimos el ofrecimiento de programaciones de carácter cultural o documental, de análisis político o económico, de información general, etc., que contribuyen positivamente en la formación de la opinión pública, y a que los lectores, audiencia, telespectadores o cibernautas vayan abriéndose al mundo desde variados ángulos y perspectivas. En este sentido, también existen producciones mediáticas en donde los planteos religiosos o teologales están implícitos, o sugeridos de modo indirecto, o que se ven propiciados porque se ahonda de un modo serio y responsable en cuestiones que atañen a lo humano; y que por eso tienen buena recepción no sólo entre los creyentes, sino también entre las personas de buena voluntad con inquietudes (al menos intelectuales) por esos tópicos.

Pero por otra parte no deja también de ser notorio el nivel de superficialidad, banalidad o procacidad que respiran otras muchas emisiones y expresiones mediáticas, con significativos niveles de obscenidad morbosa y falta de respeto por la dignidad y buena fama de las personas, incluso en horarios y lugares poco controlados y reglamentados. Por eso es preciso formar en sentido crítico para el uso de estos medios, pero también establecer algunas pautas acordadas en general por la ciudadanía que contribuyan a humanizarlos.

Si bien es cierto que el último responsable de que prosperen este tipo de programas y espectáculos es la misma persona que los

consume -y esto es bueno decirlo para no caer en críticas lindantes con la hipocresía-, también es cierto que en franjas etarias donde el desarrollo psicológico no se ha completado todavía lo suficiente, y dado el impacto cultural que hoy tiene la imagen, el influjo de los medios puede llegar a ser alarmantemente negativo. Y esto tiene que constituirse en motivo de preocupación pública: el discernimiento no puede quedar librado a fuertes e inescrupulosos intereses empresariales privados ni a la libre oferta y demanda chequeada *on-line* por el *rating* de las programaciones.

Hoy la cultura mediática abarca todas las posibilidades de la Web 2.0, los *i-phones* y demás computadoras portátiles. La interacción es permanente, y el mismo uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación [=TIC's] van configurando un estilo de pensamiento y actitud. En este sentido, es importante irse habituando a participar en la cultura digital como "discípulos misioneros", buscando discernir los valores presentes en esta nueva cultura, y "acompañar en la noche" a tantos cibernautas del cambio de época. Miradas desde una perspectiva positiva, las TIC's ofrecen excelentes posibilidades para una Nueva Evangelización.

Con perfil místico

El tema anterior nos conecta explícitamente con el de la búsqueda de Dios. Si bien es cierto que la dimensión religiosa de nuestra cultura siempre estuvo presente en la vida de la gente - sobre todo en los contextos rurales o del interior- hoy parecen perfilarse nuevos estilos místicos a los que sería importante

prestarles atención. Lo demuestra empíricamente el surgimiento de nuevas señales de cable que abordan estas cuestiones (como la ya conocida *Infinito*), o el éxito que han tenido obras cinematográficas como *La Pasión* o incluso *El Señor de los Anillos*. Y desde una perspectiva más infantil y mágica, el inusitado fenómeno novelístico de *Harry Potter*, que superó con creces a la serie cinematográfica (anteriormente seguida por adolescentes) *La guerra de las galaxias*, o incluso *E. T.* -que fácilmente podríamos vincular al crecimiento de la “ufología” y a la preocupación pseudomística por el espacio sideral.

Pero también el resurgimiento de antiguos mitos occidentales (como por ejemplo en las novelas de Umberto Eco o en *El código Da Vinci*), u orientales (como en *El último Samurai*, o *El último Emperador*), donde lo (pseu)religioso se confunde con lo épico, creando una atmósfera de nostalgia colectiva por lo que de un modo trágicamente irremediable “ya fue”. Así, el resurgimiento de lo místico es concomitante con la crisis del metarrelato, sobre todo en contextos culturales del primer mundo donde la batalla se entabla contra la creciente “desesperanza”.

Entre nosotros -latinos, americanos y argentinos- parecen resurgir *modalidades arcaicas de religiosidad* (como en los países nórdicos de Europa retornan las divinidades paganas, como por ejemplo Thör, o la música celta). Así observamos que se recrea en nuestro medio la religiosidad popular clásica, de origen católico-medieval, centrada en la fiesta patronal. El *patrono* era el que convocaba y protegía a una determinada comunidad o zona (por ejemplo, a un pueblo). El santo o la santa se convertían casi en un icono visible de la providencia de Dios. A veces estaba más clara y otras veces un poco menos la referencia cristológica de los

mediadores, tal como la entiende la religión católica oficial. Esto podía (y puede) suceder incluso con las advocaciones marianas (mezcladas a veces, por ejemplo, con el culto a la Pachamama).

Durante la fiesta del patrono, igual que hoy en el caso de los santuarios, era y es muy importante para los fieles el tocar para recibir gracia. El santo se convierte entonces en un sacramental. Además el carácter comunitario de las celebraciones muestra de un modo inequívoco el arraigo de la fe católica -con sus variadas manifestaciones y estilos- como expresión colectiva de nuestro pueblo. Una última observación es que la fiesta patronal tiene normalmente un componente local: se celebra en el lugar y con gente que se conoce.

Los *santuarios*⁸, en cambio, parecerían responder más bien a la mentalidad urbana moderna. Suponen movilidad, y por eso la imagen tan elocuente de la peregrinación (en la fiesta patronal a lo sumo hay procesión). Los santuarios convocan a multitudes de personas que no se conocen entre sí. Cada uno va con su promesa, lo que indica un estilo más individual y subjetivo de vivir y celebrar la fe. El aspecto festivo se ve reducido a lo personal, no se socializa ni se manifiesta hacia fuera (a no ser a través de los ritos litúrgicos oficiales o en el marco de los pequeños grupos de peregrinos), porque es más difícil celebrar con desconocidos -por más que se generen las lógicas simpatías de quienes comparten una misma fe.

La peregrinación tiene la ventaja de mostrar un mundo en movimiento, a la Iglesia en camino hacia el santuario definitivo, que según los católicos es el seno trinitario de Dios. Una expresión hoy por hoy muy significativa son las que anualmente realizan (sobre

⁸ Ver el "Epílogo" de mi *Trilogía "Teología del cambio de época"*, (Vol.3: Lectio pastoral y epílogo), Credo, Saarbrücken, 2013.

todo) los jóvenes al santuario de Luján, durante el mes de octubre. Pero también las masivas convocatorias mensuales, los días siete, en San Cayetano de Liniers.

Ambas modalidades -las fiestas patronales y la vida de los santuarios- son expresión del sentido de fe de los fieles y revelan a un pueblo creyente. Ayudan a personalizar la fe a quienes habitualmente pueden no participar en las periódicas celebraciones dominicales. Además, al resaltarse en ellas los signos de fe (agua, estampas, velas, imágenes, medallas, rosarios, oraciones) se logra encausar mediante el recurso a estos sacramentales el aspecto sensitivo del dinamismo teologal, contribuyendo a que se reduzcan otras prácticas alternativas -también presentes en la religiosidad del pueblo- como ser las vinculadas a la superstición, magia y adivinación, que en realidad no humanizan ni ayudan a crecer o resolver en serio las dificultades de la vida, sino que incluso las empeoran.

Hoy todos los santuarios del país (sobre todo, Luján, San Cayetano, San Pantaleón, la Medalla Milagrosa, Virgen del Valle, Itatí, de los Milagros, el Señor de Mailín, etc.) parecerían tener organizada una adecuada atención pastoral. Sin embargo nuestra cultura ha cambiado y se ha diversificado mucho al respecto. La sed de nuevas experiencias y búsquedas religiosas no sólo pueden traer las tradicionales desviaciones anteriormente referidas, sino también consecuencias notoriamente deshumanizantes; como por ejemplo, las propiciadas por algunos grupos religiosos ingresados en el país en la década de los 80' que practicaban el "lavado de cerebro".

No cabe duda, que la mayor sorpresa que no solo los argentinos, sino una significativa parte de los católicos, cristianos,

creyentes de otras confesiones y hasta personas de buena voluntad de todo el mundo han tenido en este último tiempo, fue la elección de Francisco como obispo de Roma.⁹ Llama la atención lo que dio en llamarse “fenómeno Francisco”, como catalizador de muchas expectativas de renovación en la vida de la Iglesia; de una sed de Dios que parecía no visibilizarse suficientemente a través de la que está llamada a ser “sacramento universal de salvación” y “de la íntima vinculación de los hombres entre sí y con Dios” (ver LG 1 y 58). La insistencia pastoral con actitudes, gestos y palabras en torno a la temática de la misericordia; la exhortación a los sacerdotes a ser “pastores con olor a oveja”; el entender la vida pastoral de la Iglesia como el ejercicio de su maternidad; la denuncia de la idolatría del dinero y la percepción de María como icono de la fe; la efectividad de su propuesta de orar por la paz; la simplicidad de su predicación y la elocuencia de sus gestos de cercanía y simpatía; su empeño por animar un discipulado misionero descentrado, orientado hacia las periferias existenciales, etc., ha encontrado en general muy buena acogida y acompañamiento por parte del pueblo creyente, e incluso en los medios de comunicación social.

Volviendo del argentino a la Argentina, si bien también aquí rige la moral de mínimos -mediante la cual es conveniente no prohibir lo que no afecte claramente al bien común de los ciudadanos- es preciso que toda la sociedad se ejercite en el *discernimiento* de las consecuencias que un campo tan particular como es el religioso puede tener en la vida de la gente cuando no es bien encauzado, o cuando se convierte en ocasión de lucro indiscriminado y engaño. Hoy en nuestro país las leyes son

⁹ Ver mi libro *Francisco, obispo de Roma en el Año de la Fe*, Credo, Saarbrücken, 2013.

benignas con cualquier asociación que declare tener fines religiosos, si bien esto no siempre es fácilmente constatable luego en la práctica. Y el recaudo que sugiero tener hacia las nuevas modalidades religiosas, creo que vale también -no podría ser diferente en un marco republicano- para las más clásicas y arraigadas. El Papa actual es el primero en adoptar un tono crítico frente al vaticano-centrismo, el afán exagerado de certeza dogmática, el “eticismo sin bondad”, etc.

En cuanto a *la Iglesia*, me da la impresión que así como hace unas décadas volcaba sus principales energías en el campo educativo, en este último tiempo lo hizo en relación a la promoción humana (por ejemplo, a través de *Caritas*, comunidades religiosas insertas, comedores, educación popular, etc.). Hoy tal vez se le pida -en el marco de un reconocimiento institucional explícito en el artículo 2° de nuestra Constitución Nacional, pero sobre todo del significativo y paradigmático *Documento de Aparecida* (2007)- saciar más explícitamente la emergente sed de Dios, presentando el mensaje cristiano como “buena noticia”. Porque tal vez en muy pocos momentos de la historia hayan existido posibilidades tan claras y variadas de contribuir al enriquecimiento de auténticas experiencias y vivencias religiosas como las que se nos ofrecen en estos primeros años del nuevo milenio.

Algunos recursos significativos para ello pueden ser la palabra (oral o impresa) y el diálogo informal, la presencia y cercanía en los momentos claves de la vida, los cursos y retiros, el cine y el arte en general, la convivencia y el trabajo, y sobre todo el testimonio personal de una sólida experiencia de fe que incluya la variable ética de un modo comprometido y solidario. Son todos elementos

que busqué utilizar y desplegar en los tres volúmenes de mi *Trilogía “Teología del cambio de época”*, poco antes citada.¹⁰

Anticipando una “tierra sin males”

La precarización del empleo -debido en gran parte al desarrollo tecnológico-, la concentración y especulación de los capitales financieros en el mundo global, la falta de formación y calificación en la oferta de mano de obra, la insuficiente creatividad para imaginar nuevas alternativas o emprendimientos, la corrupción de los gobiernos y el deterioro ético, el clientelismo político y las nuevas lacras del narcotráfico y la violencia son algunos de los factores que contribuyen -como ya señalé en diferentes oportunidades- a la actual situación de inequidad.

De cara a esta situación, y deseando que sea un poco más cierto el ideal guaraní perfilado en el título un poco “utópico” de este párrafo, podemos considerar aquí tres prioridades concomitantes: a) la necesidad de formar y alentar una dirigencia empresarial de excelencia, lo cual supone también un desarrollo del conocimiento; b) la preocupación por la salud y vivienda, la realidad carcelaria (muchas veces contra cara de la inseguridad) y la inmigración; y c) la cuestión social en general.

a) Desde hace algún tiempo va siendo notorio en nuestro país la *crisis dirigencial*. Esto es sumamente notorio en política, donde el consuetudinario clientelismo “amiguista” fue minando la credibilidad en la función pública. La convicción reinante en la población es que

¹⁰ Vol.1: Historia y contextos; Vol.2: Imaginarios y evangelización; Vol.3: Lectio pastoral y epílogo. Casi 1800 páginas en total...

el que está arriba no vela por el bien común, sino que más bien procura “sacar el máximo de tajada”. Así, la crisis de la política es crisis de la representatividad. Hoy es difícil que la gente se sienta representada por delegados: el descrédito político ha llevado a que casi todos quieran estar ellos mismos en la escena de los hechos, en los areópagos públicos, y que la desconfianza se convierta en el común denominador de la “convivencia democrática” (¿?). El fenómeno más notorio al respecto es la permanente convocatoria y protestas de grupos sociales en la Plaza de Mayo o de los Dos Congresos, los cortes de rutas y calles, los paros y demás medidas de fuerza propuestas por los sindicatos, y las permanentes “internas” del justicialismo trasladadas a la vida política del país.

Pero además de esta percepción ética, creo que nunca nos hemos caracterizado demasiado por tener un espíritu emprendedor asociado y serio. A diferencia de lo que ocurre con algunos países nórdicos, hoy nos hace falta líderes, no sólo sociales y políticos, sino también empresariales. Las inversiones son necesarias para el desarrollo, pero es preciso (también y a la par) que haya personas capaces no sólo de propiciarlas o de promover un retorno de capitales argentinos en el extranjero, sino también dotadas con la suficiente creatividad y competencia como para imaginar nuevas industrias y empresas -sobre todo pequeñas y medianas- y poder llevarlas a cabo exitosamente. Especialmente aquéllas verdaderamente factibles, lucrativas y capaces de absorber importante cantidad de mano de obra, que a su vez tengan en cuenta el desarrollo sustentable y un relativo cuidado del medioambiente.

Para esto hace falta, además, “pasión por el bien común”; ya que los fríos números de la economía buscan normalmente

maximizar las ganancias, muchas veces en detrimento del capital humano y la ecología. Porque los indicadores meramente económicos dicen que es mejor equiparse con mayor tecnología - competitiva y de punta-, a emplear más gente en planta permanente que “puede traer problemas” (o incluso más sencillo e irónico: para algunos inversores parece más redituable dejar la plata en algún banco de Suiza, las islas Caimán o las Seychelles). Por todo esto, y entonces con mayor razón, en Argentina no nos podemos dar el lujo de despreciar el capital humano, o el de “ningunear” de modo particular el que más pueda contribuir al bien común.

Si bien hoy, en tiempos de flexibilización, terciarización y precarización laboral, no son esperables tasas de “pleno empleo”, una factible reactivación industrial contribuiría a disminuir el número de pobres, y a mejorar las condiciones de vida de muchas personas. Sin embargo, es preciso lidiar con otra dificultad: la de un imaginario colectivo que tiende a ver con malos ojos al que prospera, y que lo convierte automáticamente en “culpable” o sospechado por el mero hecho de haber sido un emprendedor exitoso. Este espíritu hipercrítico que hoy nos embarga puede convertirse en un factor disuasivo al momento de animarse a comenzar una actividad que en realidad podría ayudar a que otras muchas personas (y familias) vivan mejor.

Una consideración anexa a la anterior es la de la imperiosa necesidad de *desarrollo científico y tecnológico* que tenemos en nuestro país. Porque lo que hoy da valor agregado a la producción es el “conocimiento”. En el *Diálogo Argentino* se propuso avanzar en un programa compartido con empresas de modo tal que los investigadores desarrollen estudios tecnológicos en empresas nacionales. Esto de hecho se ha ido dando en convenios con varias

universidades del país (generalmente privadas). Pero además, en el *DA* se alentó a regionalizar y federalizar la implementación de la política científica, impulsar programas y proyectos estratégicos en áreas problema del país (salud, competitividad productiva, calidad de vida, etc.), incrementar significativamente la labor de extensión universitaria, restablecer el Consejo Nacional de Educación y Trabajo y otorgar al CONICET y a los demás organismos nacionales de Ciencia y Tecnología autonomía presupuestaria, igual que a las universidades. Esto último fue efectivamente alentado por el último gobierno, y ha sido en verdad notorio el aumento del número y calidad de los nuevos investigadores. Pero también es cierto que muchas universidades nacionales se convirtieron en mediadoras para una derivación de fondos fuera de presupuesto hacia los municipios...

Sin un desarrollo serio de la investigación tecnológica, tanto en el sentido de las ciencias duras como las sociales, es casi imposible ir más allá de la estrategia del “parche” y la provisoriedad. Los esfuerzos que puedan realizarse serán siempre de corto efecto, y el país no se desarrollará de un modo orgánico y sistemático. Tenemos que recuperar esas utopías de crecimiento que forjaron otrora personas de la talla de M. Bunge, B. Houssay, L. Leloir o R. Favaloro (entre otros), y minimizar lo más posible el efecto (a la larga) socio-culturalmente devastador que ha ido teniendo desde los años 70’ la “fuga de cerebros” hacia países desarrollados (donde se los reconoce y premia). Por ejemplo, capitalizando su regreso: muchas personas que han trabajado durante décadas en el exterior, en algún momento acabaron regresando al país con un capital intelectual y experiencial de inmenso valor para desarrollar posteriores actividades en nuestro medio.

En el ámbito de lo tecnológico una particular importancia hay que seguirle otorgando al *campo*. Dado que históricamente es nuestro piso fuerte al momento de competir en los mercados internacionales, y que es de las retenciones que se practican en relación a estas exportaciones como principalmente ingresan divisas a nuestro país, el interés por esta fuente primaria de producción es evidente. Tal vez sea el único ámbito en donde sistemáticamente se haya procurado invertir y aplicar insumos y tecnología de punta. Mientras que otras áreas de la investigación son posibles o remotas, esta está a la mano y puede seguirse desarrollando. El campo año a año mejora su rendimiento, tanto en lo agrícola (hoy en expansión gracias a la creciente demanda de soja) como en lo ganadero (ya que la cría de animales al aire libre parece ofrecer mejores rendimientos). Sin embargo, en esta última década las políticas oficiales fueron muy cuestionadas por la gente del campo, y tanto la actividad agropecuaria como la de algunos cultivos (ej., trigo) pareció estancarse o sufrir incluso significativos retrocesos.

b) La *salud* apareció claramente destacada en la mesa del *Diálogo Argentino*. Entre otras cosas se propuso asegurar más y mejor salud para el conjunto de la población, sostener y mejorar las actividades del sistema sanitario tendientes a evitar un impacto de la crisis socioeconómica en el sector y promover acciones destinadas a mejorar la accesibilidad a los servicios de salud y al Programa Médico Obligatorio. Para eso se propuso lograr una mayor racionalidad económica y social en el ámbito de la salud, y establecer una Comisión Permanente de Enlace entre prestadores y financiadores, recursos humanos, medicamentos, insumos y tecnología, y financiamiento y gasto en salud con el Ministerio

homónimo. En general, lo más significativo del desarrollo sanitario en estos últimos años provino del sector privado, al que se fue desplazando gran parte de los pacientes que años atrás asistían a los establecimientos de gestión pública. En estos últimos, aumentó significativamente la cantidad de personas procedentes de países limítrofes o latinoamericanos, que valorando la calidad de la medicina en nuestro país y los bajos o nulos costos que tiene la atención sanitaria pública, aprovechan especialmente para realizarse intervenciones quirúrgicas.

Más allá de estas propuestas y observaciones técnicas, es preciso detenerse en el plano humano de la vida y la enfermedad. Hoy la primera está siendo muy manipulada: se la prolonga indefinidamente cuando todos los signos vitales dicen “basta”, o se la niega impunemente cuando se rechaza el derecho a la vida y se promueve el aborto. A los veinte años muchas mujeres hacen lo imposible para no quedar embarazadas, y a los cuarenta todo lo contrario para concebir. Si hay dinero de por medio, siempre habrá algo más para hacer o hacerse para lucir jóvenes, saludables y bello/as (pensemos en las industrias asociadas a la estética), y si no hay dinero, ni las prácticas más elementales parecerían estar al alcance de la mano. Con el eufemismo de *Ley de salud reproductiva* se socializa un estilo informativo que no se condice con la dignidad profunda de la persona humana. En el fondo, se desvaloriza toda vida humana frágil que no esté en condiciones de expresarse o defenderse. Imperceptiblemente, también a través de la manipulación genética nos deslizamos por el camino de la “selección natural”, la “ley del más fuerte”, antesala del nazismo. Para pensar...

En contrapartida, la enfermedad reduce notablemente las posibilidades sociales de la persona, y muchas veces es incluso consecuencia de una marginación y limitación previas (ambiental, alimentaria, urbanística). En sí misma, es la experiencia de finitud por excelencia de la persona humana, porque la enfermedad deteriora las fuerzas psico-físicas y muchas veces destruye la esperanza. El enfermo siente la soledad, la pérdida de amistades y bienes, y la precariedad de la existencia. Sobre todo cuando el sufrimiento se prolonga en el tiempo y el pronóstico deja de ser alentador.

La solidaridad social pasa también por procurar acompañar a quien en estas circunstancias ve su calidad de vida deteriorada y su futuro amenazado. Comenzando por el empeño de los mismos familiares y amigos más allegados, que en realidad tal vez transiten más concientemente que el paciente por un período de angustia y desconcierto. El desafío de acercamiento es mucho más acuciante cuando se trata de gente que ha tenido que trasladarse de su habitual lugar de residencia (por ejemplo, en alguna provincia) para hacerse atender en centros especializados. En ocasiones se trata de personas de bajos recursos.

Las Iglesias y numerosos grupos religiosos tienden a hacerse presentes en estas circunstancias. La *pastoral de la salud* pasa en gran parte por la presencia. Estar -el sacerdote, el ministro de la eucaristía, el pastor, la religiosa, el rabino, el imán, la comunidad- es un signo elocuente de que Dios no nos abandona. Sobre todo cuando después de una inicial negación del diagnóstico de la enfermedad comienzan a surgir los “por qué”. En todo caso, el “estar” es la mejor estrategia para acompañar un proceso de resignación y abandono confiado en las manos del Padre -cuando

se trate de una enfermedad irreversible-, o para poder experimentar la acción de gracias a medida que la persona se va reestableciendo.

Un tema aparte lo constituyen las personas adictas o en recuperación. Si el alcohol fue un problema clásico, hoy se suman nuevas adicciones: a los fármacos innecesarios, la ludopatía de los bingos, los ciberadictos, los adictos a las compras, etc. Pero sobre todo, los adictos a estupeficientes. La marihuana y el paco, la cocaína y el éxtasis: hay drogas para todos los bolsillos. Pero salir de esta situación no es tan sencillo, dado que la persona en recuperación volverá probablemente a encontrarse con el mismo entorno y situaciones que por primera vez lo condujeron a la tóxicodependencia. Los centros de rehabilitación, los hogares y granjas, son iniciativas loables, en muchos casos llevadas adelante por personas que transitaban por el que para muchos es “camino sin vuelta”. La pastoral villera ha desplegado al respecto los *Hogares de Cristo*.

Un segundo motivo de preocupación en este inciso es el tema de la *vivienda*. La variada gama de complejos habitacionales se torna hoy insuficiente para una población que creció mucho más rápidamente que la capacidad de contención edilicia. Se calcula que nada más que en el Gran Buenos Aires harían falta unas 300.000 viviendas más que las actualmente existentes. Y las villas en nuestro país siguen creciendo: hoy se calcula su número en aproximadamente setecientas cincuenta.

Es cierto que una gran cuota de responsabilidad en todo esto la tuvo la masa de trabajadores golondrina de países vecinos que de a poco se fueron radicando en nuestro país: el 85% de los habitantes de las villas del área metropolitana tienen esta

procedencia. Pero también hay que decir que en todo esto hubo bastante imprevisión por parte de los sucesivos gobiernos. El *Diálogo Argentino* constituyó una *Mesa de vivienda y emergencia habitacional*, que hizo énfasis “tanto en el mejoramiento del hábitat comunitario e individual como en la generación de nuevos puestos de trabajo a través de la reactivación de la construcción”.

El hogar es el ámbito primario de crecimiento y socialización de las personas, y éste difícilmente se constituye cuando el ámbito de convivencia diario mantiene niveles elevados de precariedad. El *Plan de Infraestructura* anunciado por el entonces Presidente de la Nación Néstor Kirchner, al asumir su mandato en mayo del 2003, parecía una prioridad impostergable. En términos de conjunto, daría la impresión que fue muy poco lo realizado al respecto: los ferrocarriles no parecen estar mejor equipados o funcionar mejor que entonces (¡hubo cuatro accidentes graves en la misma línea en poco más de un año!), la red vial no fue ampliada ni mejorada de modo significativo, tampoco puede decirse que hayan mejorado los sistemas de cloacas y drenajes (basta con chequear las recurrentes inundaciones en las ciudades y el campo), el tendido eléctrico, el suministro de combustibles y la red de agua potable tampoco parecen haber mejorado significativamente, sino que por el contrario, en ocasiones hay escasez, desabastecimiento y es preciso recurrir a la importación de gas. O también, en un país con importantísimas reservas de agua potable en acuíferos, lagos, ríos y glaciares, hay “hambre de agua (potable)”.

Es cierto que se construyó mucho, pero más bien por iniciativa privada, y preferentemente para quienes tienen posición económica medio-alta. También es cierto que en el plano habitacional algo se hizo para los sectores populares. Pero por más que la situación

habitacional sea hoy levemente mejor que en el 2002-2003, podemos constatar el hecho de que casi tres millones de personas viven en condiciones de hacinamiento en villas de emergencia en las principales ciudades de nuestro país, las cuales hoy son más inseguras que por entonces. Por otra parte, la escasez edilicia ha conducido muchas veces al ilícito de la “toma de casas”, o a la ocupación de predios públicos o privados por parte de nuevos asentamientos.

Organizar una solución para la cuestión habitacional no quiere decir de ninguna manera ceder a presiones o estrategias intolerables para una convivencia ciudadana como las anteriormente referidas, ni tampoco se convierte automáticamente en una propuesta de “regalar casas” o aprovechar para lavar dinero. La idea es que cada familia mediante su trabajo (por ejemplo, organizado de modo cooperativo, y -en todo caso- con asesoramiento y respaldo institucional del Ministerio de gobierno correspondiente) pueda aspirar a hacerse acreedora de su propia vivienda, construida con el esfuerzo propio, sin los clásicos y turbios manejos clientelares que caracterizan a nuestra política.

Otro ámbito privilegiado de interés tendría que ser la *realidad carcelaria*. Si por un lado quien está detenido se halla acusado de algún ilícito que en su momento atentó contra el bien común de la sociedad -por ejemplo, hoy tenemos que soportar la violación de derechos humanos con el auge de los secuestros extorsivos o *express*, muchas veces desarrollados bajo el “paraguas” complaciente o cómplice de efectivos policiales-, la compasión humana nos lleva a comprender que la privación de la libertad es una de las experiencias más difíciles de sobrellevar. Incluso cuando

fuera asumida como expiación o tiempo de recuperación de una falta o de una trasgresión social importante.

A esta situación básica, clásica y común, se añade la censura social, el abandono probable de muchos familiares, la violencia carcelaria cotidiana -entre internos y con el personal a cargo-, las demoras judiciales (y a veces injusticias), la superpoblación y promiscuidad de los penales, las drogas y el Hiv, y finalmente la quasi-certeza de que lo más probable será la posterior y definitiva exclusión social: “nadie” toma para trabajar a una persona que estuvo presa.

También a esta realidad procuran acercarse las Iglesias. La *pastoral carcelaria* intenta paliar algunos de estos males, y acompañar al interno -en la medida que esto va siendo posible- en la recuperación de su dignidad y autoestima. Haber caído bajo puede convertirse en trampolín para una recuperación decisiva, sobre todo cuando el sufrimiento va acrisolando la fe. Esta es la apuesta de quienes procuran acompañar a los internos y a sus familiares. Por eso una preocupación importante es la de la reinserción: ofrecer una oportunidad al ex convicto de reintegración a la vida social cuando termine de cumplir la pena establecida para su delito.

No obstante, como en otras cuestiones que voy abordando, las iniciativas no pueden dejarse libradas a la buena voluntad de la sociedad civil. Hace falta mejorar la infraestructura carcelaria, como así también la capacitación del personal a cargo (que debe ser especializado) y los planes de reeducación y reinserción social. Cuestiones evidentemente complejas, ya que muchos mecanismos de talante mafioso se mezclan en la vida de estas instituciones y de

sus internos, exponenciados cada vez más a causa del narcotráfico y la trata de personas.

Otra de las más comunes formas de marginación es la del *migrante*. Podemos distinguir dos tipos de inmigración: la interna y la externa. Son diversos modos de movilidad humana. En ambos casos se experimenta el desarraigo, la dificultad por integrarse (social, laboral y culturalmente) al nuevo lugar, el riesgo de ser instrumentalizado, y la lejanía de la familia -al menos en parte. Pero en el segundo caso se pueden añadir la discriminación y el riesgo de estar muchas veces indocumentado. En nuestro país tenemos muchos paraguayos, bolivianos, peruanos, coreanos y chinos -y un poco menos de colombianos, uruguayos y chilenos-, que residen ilegalmente. Esto los expone a los abusos (laborales, sexuales, económicos), ya que no disponen de la herramienta básica para defender sus derechos, que es la documentación en regla. Pero también esta misma situación de precariedad los convierte en potenciales usurpadores de viviendas, generadores de violencia, o tráfico ilegal. Por eso es loable la reciente legislación sobre migraciones promulgada a finales del 2003 que, entre otras cosas, procura agilizar los procedimientos para normalizar el estatus de ilegalidad de muchos migrantes clandestinos.

La pastoral de la movilidad humana procura ayudar a las personas a encontrar una comunidad de referencia -especialmente entre connacionales-, con asesoramiento legal y un lugar de residencia digno mientras dure su permanencia en el país. Además contribuye al mantenimiento de sus tradiciones y fiestas religiosas, que permiten aglutinar a la colectividad y mantener su identidad en contextos muchas veces hostiles. Una iniciativa que lleva ya varios años en ejercicio es la del Equipo paraguayo de pastoral (=EPPA),

que cada verano organiza una misión entre los paraguayos residentes en Argentina.

c) Por último, y casi recapitulando la respuesta a muchas situaciones a las que fui aludiendo a lo largo de este ensayo, podemos considerar la *cuestión social* de un modo general. Frente a un entramado social deteriorado, con índices de pobreza e indigencia todavía alarmantes, y donde la *inseguridad* parecería desbocarse -inseguridad en muchos órdenes, como la describe el *Informe del PNUD* de 1994-, la sociedad civil no puede dejar de promover, articular y apoyar iniciativas que respondan de un modo ágil a las necesidades básicas insatisfechas y a una recomposición de su propio tejido. La Iglesia se ha sumado y ha hecho punta en muchas de estas iniciativas. Así, por ejemplo, gran parte de la actividad desplegada por *Caritas* en los comedores apuntó y apunta a este objetivo.

Pero además, es importante que trabajemos en un plano más profundo de *promoción humana*. Para ello es indispensable la presencia subsidiaria del Estado. En nuestro país oscilamos entre un intervencionismo asfixiante e inhibitor de iniciativas sociales, y un ausentismo dramático para aquellos que salieron más perjudicados por los ajustes estructurales globales, y en los que no se hizo presente la acción solidaria del Estado. En consideración de las iniciativas que la sociedad civil vaya implementando, el Estado debe intervenir con políticas redistributivas, y estrategias orgánicas que favorezcan la inclusión socio-económica de los diferentes sectores y actores sociales. Esto no puede quedar librado a los oscilantes vaivenes del mercado y los “humores”. El Estado debe prever y planificar con seriedad y responsabilidad, ya que de otro modo fomentará su autodestrucción, el imperio de fuertes *lobbies* e

intereses económicos, la polarización social e inseguridad concomitante, y los crecientes niveles de anarquía en la vida cotidiana.

Las comunidades cristianas -la misma Iglesia- intentan apoyar el orden institucional del país. La experiencia del *Diálogo Argentino* lo muestra claramente y también la actitud conciliadora de los obispos de cara al momento presente. Pero el pueblo de Dios procura también poner manos a la obra acompañando y alentando estrategias de desarrollo tanto en lo micro (por ejemplo, en los barrios) como en lo macro (por ejemplo, en los foros, mesas de negociaciones, espacios parlamentarios, periodísticos y universitarios, a través de laicos comprometidos). Así, sobre todo en relación a las primeras, fueron surgiendo en estos últimos años cooperativas, mutuales, entidades de microprestamos, instancias de capacitación, talleres, tecnicaturas. Pero también secretariados para la defensa de los derechos humanos, escuelas de formación política y ciudadana, de liderazgo comunitario, centros de educación popular (por ejemplo, *Incupo*), Fm's comunitarias, etc. Muchas de estas iniciativas fueron coordinadas con organismos oficiales y ONG's, contribuyendo a afianzar una más sólida sociedad civil o tercer sector en nuestro país -como oportunamente lo describí.

Todo este variado y diversificado entramado hace a la *pastoral social*. La clave estará en la capacidad que tenga un equipo de animación destinado a este fin de ayudar a detectar dificultades, articular iniciativas y trabajar en redes con diferentes organismos que converjan en esa misma intención. El trasfondo teológico último de esta pastoral será la convicción de la dignidad de la persona humana como imagen e hijo/a de Dios, como así también la de que esta dignidad resplandece mucho más

acabadamente en instancias de comunión fraterna, y de que son éstas las que propician que la vida social sea cada vez más reflejo del Reino ya presente en este mundo (especialmente entre los pobres).

Recreando la familia

Éste y el siguiente párrafo hacen más explícitamente a la subjetividad de la vida social. Por eso no aparecen reflejados demasiado explícitamente en las preocupaciones más destacadas del *Diálogo Argentino* como tales; si bien indirectamente podrían leerse estas preocupaciones en las prioridades y propuestas que se relacionan con una mejor calidad de vida de las familias y del entramado social.

Dijimos anteriormente que el deterioro ético y la fragmentación socio-cultural inciden de un modo evidente en la estructura familiar, que tampoco parece ir encontrando nuevos cauces de recomposición, y que también la creciente pobreza y exclusión la afectan de un modo hasta el momento inédito. A esto hemos añadido los efectos negativos que pudo haber tenido la *Ley de divorcio* de 1987 para la estabilidad matrimonial, y el surgimiento de nuevas y variadas concepciones de un amor más libre y “con menos premisas” y convenciones. Por eso, este cuarto desafío nos conduce a los variados modos de ayuda a la familia, hoy sumamente fragmentada en modelos ensamblados, monoparentales, divorciados, en segundas nupcias, juntados o “concubinados” (de momento o para siempre), etc. Pero también a las posibles uniones civiles de varones o mujeres entre sí, opciones

de vida transexual, etc. Desde una perspectiva pastoral, siempre podrá expresarse un gesto y palabra oportunas, reveladoras de la cercanía y misericordia de Dios.

Además de las consabidas instancias de apoyo psicológico disponibles en instituciones públicas y privadas (por ejemplo, asesorías matrimoniales), también en la Iglesia se desarrollan hoy experiencias análogas desde una perspectiva humano-espiritual. Destaco en primer lugar la vida de algunos movimientos dedicados a esta prioridad: el *Movimiento familiar cristiano*, *Cursillos de cristiandad*, *Encuentros matrimoniales*. Pero además muchas parroquias han ido implementado servicios de acompañamiento a matrimonios en crisis, y numerosas instituciones de inspiración religiosa se ocupan de ayudar a miembros de familias desavenidas. La praxis de la misericordia invita al acompañamiento, a sostener en las dificultades, a “maximizar el bien y minimizar el mal”. En lo referente al acompañamiento de los núcleos familiares, también tiene un efecto benéfico (aunque limitado) la catequesis -tanto en parroquias como en colegios-, o los movimientos juveniles, que a través de retiros y posteriores encuentros en “círculos” o pequeñas comunidades van abordando -entre otras- la temática de la formación para el amor.

Es evidente que la presión que ejercen sobre la familia la situación económica, la movilidad urbana y los Mcs, hace que no siempre les resulte fácil a los esposos responder satisfactoriamente a las exigencias familiares. Además aparecen los nuevos modos de convivencia, la precariedad marital, los hijos de diferentes parejas, el manejo poco claro que se hace de la cuestión de género, la legitimación de uniones homosexuales, etc., que requieren nuevos y más sutiles modos de atención (pastoral).

El referido documento *Navega mar adentro* proponía recuperar el fundamento trinitario del matrimonio, abierto por naturaleza a una proyección fecunda. A su vez, recordaba a la familia su contribución específica en la pedagogía de la fe y el amor, a fin de que la Iglesia pueda llegar a ser, cada vez más, “casa y escuela de comunión”. Hoy el Papa está convocando para el 2014 un Sínodo para la Familia, y ha hecho llegar a las diócesis de todo el mundo un profuso cuestionario sobre las temáticas más variadas y concretas al respecto. Evidentemente, es una de las prioridades pastorales más significativas en la pastoral de la Iglesia.

Hacia formas de mayor comunión

En una sociedad pluralista, es una prioridad recapituladora de las anteriores, a la par que un empeño y desafío para todos. No hay vida comunitaria sin aspirar a una convivencia justa, pacífica y solidaria, en la cual toda posible diferencia se integre en una unidad social superior (y más rica) de pertenencia. En el ejercicio de la ciudadanía, es necesario acostumbrarnos a “sumar” y no a “dividir”: a crear formas altas de unidad aprendiendo a resignar, si fuera necesario, intereses propios, sectoriales o corporativos.

También los cristianos podemos recuperar e integrar las diversas pastorales anteriormente referidas, a partir de la eclesiología de comunión. Cuando reaparecen en la sociedad las viejas antinomias, las diferentes y complementarias instancias pastorales de la Iglesia deben contribuir a afianzar una mejor convivencia entre los argentinos. Un aporte clave -si bien hoy insuficiente- es el de la pastoral parroquial, concebida como

comunidad de comunidades y ministerios, donde la experiencia teologal de los cristianos haga descubrir vínculos más fuertes que las posibles diferencias de criterios e intereses. Análogamente, los decanatos, organismos diocesanos, asambleas y -de ser factible- sínodos diocesanos.

Esta red, teológicamente articulada, en diálogo con otras Iglesias y grupos religiosos, en actitud de servicio a la sociedad civil y simultáneamente retroalimentada por ella, abierta a experiencias de integración de carácter nacional, regional e incluso internacional, puede contribuir notablemente a establecer puentes para el intercambio de dones y servicios entre diferentes. Un ejemplo de ello es el *Plan Compartir*, que propicia el intercambio de bienes, agentes de pastoral y talentos. Pero también lo son las variadas instancias de reflexión conjunta (por ejemplo, a nivel MERCOSUR, donde la Iglesia es tal vez la institución no gubernamental con más posibilidades de contribuir a una progresiva integración regional socio-político-cultural) y otras iniciativas que permiten hacer entrar en diálogo la catolicidad de la Iglesia con las exigencias y búsquedas del mundo globalizado, llamado a transparentar -pese a lo que en contrario digan algunos “escépticos”- la misteriosa presencia y reinado de Dios.

A modo de conclusión: esperanza y solidaridad

“Canta y camina”, decía San Agustín de Hipona en los siglos IV-V, y lo repite la *Oración por la Patria* que propusieron los obispos argentinos a mediados del 2001, cuando se iba haciendo casi inevitable la eclosión de la crisis y posterior conmoción social.

Cantar y caminar. Porque por una parte, el canto expresa esperanza y trascendencia, abre espacio interior y eleva el espíritu, mueve ideales e invita a mirar lejos: el canto expande el corazón y los vínculos. El camino, en cambio, expresa compromiso y solidaridad, concreción y empeño, esfuerzo abnegado y trabajo cotidiano, seriedad y austeridad responsable.

Canto y camino son los dos polos de una misma experiencia y quehacer, y están llamados a fecundarse recíprocamente en la hora presente de nuestra nación: no puede existir realmente uno sin el otro. Porque la utopía exige sendas inéditas pero concretas, y el sacrificio no tiene incentivo si le falta sentido y horizonte. Se podría expresar esto mismo con tres conocidos adagios: “caminante no hay camino, se hace camino al andar” (A. Machado), “a camino largo, paso corto” (Popular), “qué bien sé yo la fonte do mana y corre, aunque es de noche” (San Juan de la Cruz).

Pero además, tanto el canto como el camino unen a los que cantan caminando (o caminan cantando). Es una experiencia que hemos hecho, por ejemplo, los que en algunas oportunidades fuimos peregrinando al santuario de Luján. El mejor canto es el que integra, y el mejor camino es el que se recorre con otros. El canto y el camino son entonces metáforas de los insumos que nutren una

nación con esperanza, capaz de avizorar un lugar de plena convocación y encuentro más allá de la posible oscuridad de su presente. El luminoso santuario de una “tierra sin males”, que inevitablemente tendrá como fundamento un trasfondo religioso y una meta escatológica (futura).

Para los cristianos, este fundamento es el misterio trinitario de Dios, ya que es la comunión de la Trinidad (el misterio trascendente de Dios) la que inspira un modelo comunitario de convivencia social: un canto “con-corde” con “quereres” convergentes en un proyecto político directriz, traducción histórica (siempre opinable) de esa unidad plural que está llamada a ir entretejiendo toda nación en camino e integrada al mundo.

La Trinidad acaba siendo el verdadero espacio desde donde un pueblo puede devenir sí mismo a partir de lo mejor de sus recursos materiales, humanos y espirituales, en convivencia ciudadana y en la valoración de su tradición y patrimonio colectivo; pero también en recíproco intercambio de dones con otros pueblos del mundo dotados de sus respectivas originalidades. El pueblo de Dios tiene por vocación recrear la música y melodía de esos variados senderos de mutualidad e integración (para que nuestra misma Argentina llegue a ser “casa y escuela de comunión”).

El camino hacia la comunión trinitaria nos lo ha dado a conocer históricamente Jesucristo. Por el misterio de su encarnación él mismo se ha convertido en camino convocante e inspirador de una Patria de hermanos. Como buen samaritano, su fidelidad al hombre en los pasos cotidianos del camino nos indica el itinerario concreto de una factible grandeza como nación. No significa esto buscar reflotar grotescamente el “mito de la nación católica” en detrimento de un sano pluralismo religioso (ya que por

analogía todo lo que digo es aplicable a otras Iglesias y tradiciones espirituales presentes en nuestro medio), sino de enriquecer nuestra vida y convivencia diaria con los valores auténticamente humanos y trascendentes que anidan *en* y potencian *el* acervo cultural de nuestro pueblo.

Hoy más que nunca todos en Argentina tenemos que intentar ser, unos para con los otros, iconos auténticos de una solidaridad esperante: particularmente los que creemos en Dios. En las presentes circunstancias por las que atravesamos, nuestro testimonio y credibilidad pasará principalmente por el ejercicio de la caridad: no una caridad voluntarista ni caricaturizada en el recurso a dádivas impersonales que inhiben lo mejor de la creatividad y esfuerzo personal; sino la que natural y gozosamente surge de una fe esperanzada, la que nace del reconocimiento de Cristo en el hermano pobre, la que personaliza a partir de la misteriosa experiencia de la transfiguración del Hijo de Dios en la aparente desfiguración de quien “se siente explotado y deprimido” (como dice en la Liturgia una plegaria eucarística), la que es capaz de despertar las mejores energías a veces aletargadas por una insalubre inercia de años.

Y todo esto para que al fin y al cabo, todas y todos caminemos como nación, en el concierto de las naciones del mundo, “con la frente erguida” y con dignidad, hacia la luz sin caso.

Índice

Pinceladas iniciales en tiempos de encrucijada	1
PRIMERA PARTE: EL DIAGNÓSTICO DE UNA MUERTE ANUNCIADA	7
I. Radiografía de los argentinos	11
“Importa lo que importa”: las personas	11
Nuestra “ciclotimia” emotiva: los sentimientos	14
Nuestras reflexiones y plasmaciones culturales	17
Entre lo profano y lo sagrado	21
II. La curiosa gestación de una idiosincrasia	27
El flujo inmigratorio	27
La movilidad humana interna y regional	33
Un intento interpretativo	38
Las razones foráneas	44
III. Los efectos colaterales de esa idiosincrasia	49
Tipificación del problema	51
Las caras del desempleo	53
El dramatismo de la exclusión	61
Una vida que puede irse deteriorando	71
SEGUNDA PARTE: EL DISCERNIMIENTO DE UN ESTILO DE PAÍS	77
IV. Los interrogantes de nuestro presente	81
El cambio de época	83

	Un nuevo sentido de lo religioso	88
	Pobreza, exclusión, droga y trata de personas	92
	Nuevos modelos de convivencia	96
	El desafío de una mayor comunión	99
	“El abrazo partido” (D. Burman)	101
V.	¿A partir de qué convicciones refundar la Argentina?	105
	En busca de convicciones y anhelos fundamentales	105
	Significado del “Diálogo Argentino”	107
	El fundamento ético de las “Bases para la Reforma”	109
	Una sociedad más equitativa	116
	Estado, ciudadanía y democracia	118
	Economía, persona e integración	121
VI.	Algunos criterios para seguir articulando un proyecto de país	125
	La recomposición del entramado social	125
	Elevarnos hacia lo mejor de nosotros mismos	129
	Valorarnos más e integrarnos mejor	132
	Apostar al mediano y largo plazo	138
	TERCERA PARTE: LA PROYECCIÓN DE UN PAÍS CON FUTURO	141
VII.	Los emergentes de una incipiente reconstrucción	145
	Saliendo al paso de las urgencias	146
	Imaginación e iniciativas laborales	151
	Perfilando un nuevo modelo de sociedad	158
	Resumiendo: la nación en búsqueda de sentido	162
VIII.	Argentina: un espacio por construir	167

Una primera actitud	168
Recuperar la cultura del trabajo	171
Redescubrirnos como ciudadanos	176
Promover el diálogo social	180
Creer en lo mejor de nosotros mismos	183
Integrarnos sabiamente al mundo	185
IX. Algunas prioridades y acciones concretas	191
Hacia una nueva civilización	192
Con perfil místico	198
Anticipando una “tierra sin males”	204
Recreando la familia	217
Hacia formas de mayor comunión	219
A modo de conclusión: esperanza y solidaridad	223
Índice	227
Bibliografía	231

Bibliografía

- AGUINIS, M., *¿Qué hacer? Bases para el renacimiento argentino*, Planeta, Buenos Aires, 2005; *El atroz encanto de ser argentino*, Planeta, Buenos Aires, 2001.
- AMEIGEIRAS, A., *Religiosidad popular. Creencias religiosas populares en la sociedad argentina*, UNGS, Buenos Aires, 2008.
- AVENATTI DE PALUMBO, C. (Coord.), *Miradas desde el Bicentenario*, Educa, Buenos Aires, 2011.
- AZCUY, V. R. – SCHICKENDANTZ, C. – SILVA, E., *Teología de los signos de los tiempos latinoamericanos*, Ediciones UAH, Santiago de Chile, 2013.
- BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002; *Amor líquido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, ¹²2009.
- BENEDICTO XVI, *Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Herder, Buenos Aires, 2010.
- BERGMAN, S., *Manifiesto Cívico Argentino. Virtudes ciudadanas*, Ediciones B, Buenos Aires, 2007.
- BERGOGLIO, J. M., “No tenemos derecho a la indiferencia”, *Criterio* 2283 (2003) 275-278; “Memoria, coraje y captación del presente”, *Criterio* 2285 (2003) 434-435; “¿Hace falta que más sangre corra al río? Homilía en el Tedeum del 25 de mayo”, *Consudec* 932 (2002).

- BERGOGLIO, J. M. – SÖDING, G. – GALLI, C. M., *Dios en la ciudad*, San Pablo, Buenos Aires, 2012.
- BESTARD COMAS, J., *Globalización, Tercer mundo y solidaridad*, BAC, Madrid, 2003.
- BINDÉ, J., *¿Hacia dónde se dirigen los valores?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- BOTANA, N., *Poder y hegemonía. El régimen político después de la crisis*, Emecé, Buenos Aires, 2006.
- CAMBOURS DE DONINI, A. M.- DONINI, A., “La gestión universitaria en el siglo XXI”, *Cias* 526 (2003) 388-400.
- CANSINO, C., *La muerte de la Ciencia Política*, La Nación – Sudamericana, Buenos Aires, 2008.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Iglesia y Comunidad Nacional*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1981; *Navega mar adentro*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 2003; “Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad” (96ª Asamblea Plenaria), Buenos Aires, 2008.
- CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y EL CARIBE, *Aparecida. Documento Conclusivo*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 2007.
- CORAGGIO, J. L., “Sobrevivencia y otras estrategias en Latinoamérica y el Caribe”, *Cias* 526 (2003) 401-417.
- CORTINA, A., “Del intercambio infinito al reconocimiento compasivo”, *Stromata* 62 (2006) 71-84.
- DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN INSTITUCIONAL (UCA), *Barómetro de la Deuda Social Argentina* (Informes anuales), Buenos Aires, 2004-2013.

- DI STÉFANO, R. – SÁBATO, H. – ROMERO, L. A. – MORENO, J. L., *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina*, Buenos Aires, 2002.
- DI STÉFANO, R. – ZANATTA, L., *Historia de la Iglesia Argentina*, Mondadori, Buenos Aires, 2000.
- DOMÍNGUEZ MORANO, C., *El psicoanálisis freudiano de la religión*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1991.
- DURÁN, J. G. (Org.), *Congreso: Hacia el Bicentenario (2010-2016)*, Educa, Buenos Aires, 2010.
- ELIADE, M., *Mito y realidad*, Labor, Bogotá, 1994.
- EQUIPO DE SACERDOTES PARA LAS VILLAS DE EMERGENCIA, “La droga en las Villas despenalizada de hecho” (25/03/09).
- EROLE, C., “Significación e importancia del diálogo como modalidad de construcción social”, *Cias* 524 (2003) 285-294.
- FABBRI, E., “¿Qué pedirle a la familia?”, *Criterio* 2284 (2003) 342-347.
- FARELL, G., *Manual de doctrina Social de la Iglesia*, Encuentro, Buenos Aires, 1998.
- FERNÁNDEZ, V. M., *Valores argentinos*, Bouquet, Buenos Aires, 2006.
- FERNÁNDEZ, V. M. – C. M. GALLI (DIRS.), *Comentario a 'Navega mar adentro'. Profundización teológica y perspectivas pastorales*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 2005.
- FINK, A., “La cultura como punto de partida para la comprensión de los problemas políticos de América Latina”, *Colección* 15 (2004) 97-124.

- FLORIA, C. – GARCÍA BELSUNCE, C., *Historia de los argentinos* (2 vol.), Larousse, Buenos Aires, 1992.
- FORNI, F. – MALLIMACI, F. – CÁRDENAS, L. (Eds.), *Guía de la diversidad religiosa de Buenos Aires*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- GALLI, C., *Dios vive en la ciudad*, Ágape Libros, Buenos Aires 2011; “Discernimiento teológico-pastoral de los signos de los tiempos”, *Boletín Osar* (sept. 2000) 24-29.
- GARCÍA DELGADO, D., “Desarrollo local y reconstrucción del país”, *Cias* 525 (2003) 359-368.
- GAZZOTTI, A., “Informe sobre los desafíos de la realidad”, *Boletín Osar* 16 (2001) 22-27.
- GERA, L., “Desafíos de la nueva evangelización en vísperas del tercer milenio”, *Boletín Osar* 4 (1996), 15ss.
- GHIO, J. M., *La Iglesia Católica en la política argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- GIAQUINTA, C., “Hoy la Patria requiere algo inédito”, *Aica-Doc* 555 (1/8/2001).
- GONZÁLEZ, M., “Algunos aspectos de la Iglesia católica en la Argentina entre el retorno de la democracia (1983) y el fin del milenio. Esbozo histórico-pastoral”, en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *Iglesia Universal. Iglesias particulares*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 2000, 191-346.
- GORGAL, D., “La cuestión criminal y las áreas sin Estado. El caso argentino”, *Diálogo Político* 3 (2003) 53-94.
- GRUPO ‘GERARDO FARRELL’, *¿Hacia dónde? Debates, consensos y estrategias para la Argentina bicentenario*, La Crujía, Buenos

Aires, 2010; *Crisis y reconstrucción* (2 vol), San Pablo, Buenos Aires, 2003; *Argentina: Alternativas frente a la globalización*, San Pablo, Buenos Aires, 1999.

HERNÁNDEZ PICO, J., “¿Dónde está Dios en el ALCA?”, *Cias* 528 (2003) 520-538.

HÜNERMANN, P.- SCANNONE, J. C., *Reflexiones epistemológicas sobre la doctrina social de la Iglesia*, Paulinas, Buenos Aires, desde 1992. (Cf. volúmenes siguientes de la misma colección).

INSTITUTO DE CULTURA Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA (UCA), *La libertad humana y su dimensión social*, Educa, Buenos Aires, 2007.

KIRCHNER, N., “Primer Mensaje como Jefe de Estado”, *La Nación* 26/05/03, 10-11.

KLIKSBERG, B., *Más ética, más desarrollo*, Temas, Buenos Aires, 2004.

KOVADLOFF, S., *El miedo a la política*, Emecé, Buenos Aires, 2010.

KUMAR SEN, A., *La idea de justicia*, Taurus, Buenos Aires, 2012.

LANATA, J., *Argentinos* (t. 2), Ediciones B, Buenos Aires, 2003.

LÓPEZ AZPITARTE, E., *Amor, Sexualidad, Matrimonio*, San Benito, Buenos Aires, ⁸2008.

LÓPEZ, B.- DE GENNARO, V.- HUERGO, J., “Organizaciones sociales y construcción de poder en Argentina”, *Nueva Tierra* 14 (2002) 13-18.

LUNA, F., “El país inestable”, en *Lo mejor de Todo es Historia* (v.5), Taurus, Buenos Aires, 2002.

MALLIMACI, F. (Dir.), *Primera encuesta sobre creencias y actitudes religiosas en Argentina*, Conicet, Buenos Aires, 2008.

- MASSUH, V., “La cultura argentina, un intento de síntesis”, *Universitas 2* (2006) 137-144.
- MEALLA, E., “‘Fe y alegría’: movimiento de educación popular y promoción social”, *Vida Pastoral 237* (2002) 37-41.
- METHOL FERRÉ, A., “La Iglesia en América Latina. La historia contemporánea”, *Nexo 10* (1986) 43-73.
- MESA DEL DIÁLOGO ARGENTINO, *Construir la transición. Boletines informativos* (feb. 2002); *Bases para las Reformas. Principales consensos* (jul. 2002).
- MINA, C., *Tango*, La Nación – Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
- MORELLO, G., *Cristianismo y revolución*, EDUCC, Córdoba, 2003.
- ORTEGA, F., “Teología y contexto epocal: una mirada recíproca”, *Teología 102* (2010) 131-144.
- PONTIFICIA COMISIÓN “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, Oficina del Libro, Buenos Aires, 2005;
- RAMOS, G., *Francisco, obispo de Roma en el Año de la Fe*, Credo, Saatbrücken, 2013; *Trilogía “Teología del cambio de época”* (3 vol.), Credo, Saatbrücken 2012-2013; *Claves para caminar hacia una nueva Argentina*, Guadalupe, Buenos Aires, 2005.
- REVISTA DEL ENCUENTRO. 7 (2003): *Las políticas públicas. Gestión, Administración y control*; 6 (2003): *El mundo en su laberinto. ¿Hacia un nuevo (des)orden?*
- RICOEUR, P., *La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- ROMERO, L. A., *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, ³2012.

- SANTOS, H., "La desocupación: un enfoque desde la psicología pastoral", *Cuadernos de teología* 20 (2001) 211-234.
- SCANNONE, J. C., *Religión y nuevo pensamiento*, Anthropos, Barcelona, 2005.
- SCHICKENDANTZ, C. (Ed.), *Religión, género y sexualidad. Análisis interdisciplinarios*, EDUCC, Córdoba, 2004.
- SECRETARIADO NACIONAL DE LA PASTORAL PENITENCIARIA ARGENTINA, "Cárceles inadmisibles", *Pastores* 36 (2006) 50-52.
- SEIBOLD, J., "Foro educativo y nueva ciudadanía", *Cias* 525 (2003) 369-375.
- SEOANE, M., *Argentina*, Crítica, Buenos Aires, 2004.
- SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *Diálogo con la cultura y compromiso en la vida pública*, San Benito, Buenos Aires, 2009; *Gratuidad, justicia y reciprocidad*, San Benito, Buenos Aires, 2005; *La crisis argentina: ensayos de interpretación y discernimiento a la luz de la fe*, San Benito, Buenos Aires, 2004.
- STIGLITZ, J., *¿Cómo hacer que funcione la globalización?*, Taurus, Buenos Aires, 2006; *El malestar en la globalización*, Taurus, Buenos Aires, 2002.
- TRIGO, P., "Interpretación teológica de los últimos cuarenta años de la Iglesia en América Latina", *Christus* (Jul.-Ago. 1998) 8-19.
- YÁNEZ, M. (ED.), *El cristiano ante la responsabilidad ciudadana*, San Benito, Buenos Aires, 2005; *De la solidaridad a la justicia*, San Benito, Buenos Aires, 2004.
- YVORRA, E., "Voluntariado en Caritas", *Communio* (arg) 7 (2000) 24-30.

ZAMAGNI, S., “Desarrollo sustentable, la lucha contra la pobreza y las nuevas estructuras de gobierno en la era de la globalización”, *Valores* 60 (2004) 16-35.

ZIZEK, S., *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Paidós, Buenos Aires – Barcelona – México, 2009.